

Yukio Mishima

El rumor del oleaje

Traducido del japonés por Keiko
Takahashi y Jordi Fibla

El libro de bolsillo

TÍTULO ORIGINAL: *Shiosai*

Primera edición en «Alianza Literaria»: 2003

Segunda reimpresión: 2003

Primera edición en «Área de conocimiento: Literatura»: 2004 (mayo)

Primera reimpresión: 2004 (junio)

Diseño de cubierta: Alianza Editorial

Ilustración: Hiroshige: *Vista del monte Fuji*. ©

Christie's / CORVIS

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© 1954, The heirs of Yukio Mishima © de la

traducción: Jordi Fibla Feito © Alianza

Editorial, S. A., Madrid, 2003,2004

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15; 28027 Madrid; teléf. 91 393 88 88

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 84-206-5721-2

Depósito Legal: 25.344-2004

Composición: Grupo Anaya

Nota de los traductores

En la transcripción de palabras como Tokyo, Kyoto y shintoísta, nos hemos regido por el sistema más ampliamente utilizado en la mayor parte de las lenguas occidentales, que acerca en la medida de lo posible el alfabeto latino a la fonética japonesa.

Capítulo 1

L /a isla de Utajima sólo tiene unos mil cuatrocientos habitantes, y el perímetro de su costa no llega a los cinco kilómetros.

En dos lugares de la isla los paisajes son de belleza insuperable. Uno es el santuario de Yashino, que está encajado al noroeste y se alza cerca del punto más elevado de la isla. Desde el santuario se abarca un panorama ininterrumpido de la amplia bahía de Ise, y la isla se encuentra en el estrecho que enlaza la bahía con el océano Pacífico. La península de Chita avanza desde el norte, mientras que la península de Atsumi se extiende al nordeste. Al oeste se atisba la línea costera de Tsu, entre los puertos de Uji-Yamada y Yokkaichi.

Si uno sube los doscientos escalones de piedra que conducen al santuario y mira hacia atrás desde el *torii* con un león guardián de piedra a cada lado, tiene una visión privilegiada de la bahía de Ise y las costas lejanas que la rodean. En el pasado se alzaban ahí dos pinos cuyas ra-

mas habían sido dobladas y entrelazadas hasta darles la forma de un *toril*, y proporcionaban al paisaje un curioso marco, pero los árboles murieron hace unos años.

En estos momentos el color de las agujas de los pinos circundantes es aún el verde apagado del invierno, pero ya las algas primaverales tiñen de color rojo las aguas cercanas a la orilla del mar. El monzón del noroeste sopla continuamente procedente de Tsu, por lo que todavía hace demasiado frío para disfrutar del panorama.

El santuario de Yashiro está consagrado a Watatsumi-no-Mikoto, el dios del mar. Es ésta una isla de pescadores, y nada más natural que sus habitantes sean fieles devotos de ese dios. Siempre le rezan para que el mar esté sereno, y cuando se salvan de algún peligro en el mar lo primero que hacen una vez en tierra es una ofrenda votiva en el santuario del dios marino.

El santuario posee un tesoro formado por sesenta y seis espejos de bronce. Uno de ellos, del siglo VIII, está decorado con un grabado de granos de uva. Otro es una copia antigua de un espejo chino del período de las Seis Dinastías, de los que no existen más de quince o dieciséis ejemplares en todo Japón; los ciervos y ardillas grabados en el reverso debieron de surgir hace siglos de algún bosque persa, y recorrieron la mitad de la tierra, a través de anchos continentes y mares interminables, hasta que finalmente llegaron aquí, a Utajima, y se quedaron para siempre.

El segundo paisaje más hermoso de la isla es el que se abarca desde el faro, cerca de la cima del monte Higashi, que forma un acantilado en cuya base la corriente del canal de Iroko produce un estrépito incesante. En los días

de la península de Atsumi se proyecta a través del canal, y en su costa rocosa y desolada se alza el pequeño faro, deshabitado, del cabo Irako. Desde el faro de Utajima, en dirección sudeste, se ve el Pacífico, y al nordeste, al otro lado de la bahía de Atsumi y más allá de las cadenas montañosas, a veces se vislumbra el monte Fuji, por ejemplo al amanecer, cuando el viento del oeste sopla con fuerza.

Cuando un vapor procedente de Nagoya o Yokkaichi, o con rumbo a esas poblaciones, navegaba por el canal de Irako, abriéndose paso entre los innumerables pesqueros diseminados a lo largo del canal entre la bahía y el mar abierto, el farero podía leer fácilmente su nombre valiéndose de los prismáticos. El *Tokachi-maru*¹, un carguero de la Línea Mitsui, de mil novecientas toneladas, acababa de entrar en su campo visual. El farero veía dos marineros vestidos con mono de faena gris, que hablaban y pisoteaban la cubierta. Poco después, un carguero inglés, el *Talismán*, apareció en el canal, rumbo a puerto. El farero veía a los diminutos marineros con claridad, mientras jugaban al tejo en la cubierta.

El farero se sentó ante la mesa en la caseta de vigilancia y, en un libro con una etiqueta en la tapa que decía «Registro de movimientos marítimos», anotó los nombres de los barcos, sus distintivos, los derroteros y la hora. Entonces envió esta información por telégrafo, advirtiendo a los propietarios de la carga en los puertos de destino para que iniciaran sus preparativos.

2. En Japón, y desde tiempo inmemorial, todos los barcos, excepto los de guerra, llevan el sufijo *maru* unido a su nombre. Esta palabra significa

Al atardecer, el sol se había ocultado tras el monte Higashi y la zona que circundaba el faro estaba sumida en las sombras. Un halcón trazaba círculos en el cielo brillante por encima del mar. Allá en lo alto, el halcón inclinaba un ala y luego la otra, como si las pusiera a prueba, y, en el preciso momento en que parecía a punto de lanzarse hacia abajo, de repente retrocedía en el aire y entonces volvía a ascender con las alas inmóviles.

El sol se había puesto por completo cuando un joven pescador subía apresuradamente por el sendero de montaña que conducía desde la aldea hasta más allá del faro. De una mano le pendía un pescado de gran tamaño.

El muchacho sólo tenía dieciocho años, y el año anterior había terminado la enseñanza secundaria. Era alto y fornido para su edad, y únicamente sus facciones revelaban su juventud. Su piel estaba tan tostada como sólo el sol es capaz de tostar una epidermis, tenía esa nariz bien formada tan característica de los habitantes de su isla y los labios resecos y agrietados. Sus ojos eran oscuros y diáfanos, pero no desprendían la claridad del intelecto, sino ese don que el mar concede a quienes se ganan en él su sustento. A decir verdad, sus calificaciones escolares habían dejado mucho que desear. Aún llevaba la misma ropa con la que salía de pesca a diario, unos pantalones heredados de su difunto padre y una camiseta de lienzo basto.

El joven cruzó el campo de juegos de la escuela elemental, ya desierto, y ascendió a la colina que se alzaba junto al molino de agua. Subió los escalones de piedra y siguió avanzando por detrás del santuario de Yashiro. Los melocotoneros florecían en el iardín del santuario.

El sendero que conducía al faro era peligrosamente empinado y serpenteante, hasta tal punto que quien no lo conociera bien sin duda habría perdido pie incluso en pleno día. Pero aunque el muchacho cerrara los ojos, sus pies habrían avanzado sin equivocarse entre las piedras y las raíces de pino sobresalientes. Ni siquiera ahora, sumido como estaba en sus pensamientos, tropezó una sola vez.

Poco antes, cuando aún quedaba un resto de luz, el barco en el que el joven trabajaba había regresado a su puerto base de Utajima. Como todos los días, el muchacho había salido a pescar en el *Taihei-maru*, un pequeño barco a motor, junto con su propietario y otro joven. Al regresar a puerto transportaron sus capturas al barco de la cooperativa y acto seguido tiraron de su embarcación hasta dejarla varada en la playa. Entonces el muchacho se encaminó a su casa, con el mero que poco después llevaría al faro. Mientras caminaba por la playa, en la atmósfera crepuscular vibraban todavía los gritos de los pescadores que tiraban de sus embarcaciones hasta sacarlas del agua.

Apoyada en un rimero de pesados bastidores de madera, a los que por su forma llamaban «abacos» y que estaban sobre la arena, había una joven desconocida. Por medio de un torno tiraban de los pesqueros, con la proa hacia delante, hasta la playa, y colocaban aquellos bastidores bajo las quillas para que los barcos se deslizaran con suavidad encima de ellos. Al parecer, la joven acababa de echar una mano para transportar los bastidores, y

chica parecía agradarle, pues volvía la cara enrojecida por el esfuerzo hacia el viento y dejaba que éste ondease su cabello. Llevaba una chaqueta sin mangas con acolchado de algodón, pantalones de faena femeninos ceñidos a los tobillos y unos sucios guantes. El saludable color de su piel no se diferenciaba del de las demás muchachas de la isla, pero sus ojos tenían una expresión de euforia y el dibujo de sus cejas reflejaba serenidad. Miraba fijamente el cielo por encima del mar, hacia el oeste, donde un fragmento de sol carmesí se hundía entre densas nubes negras.

El muchacho no recordaba haber visto nunca a aquella chica hasta entonces, y no había una sola cara en Utajima que no hubiera reconocido. A primera vista la tomó por una forastera, aunque en cualquier caso el atuendo de la chica no era el que nevaban las gentes procedentes de otros lugares. Sólo en su manera de mantenerse apartada, contemplando el mar, se diferenciaba de las vivaces jóvenes isleñas.

El muchacho pasó a propósito por delante de ella, y de la misma manera en que los niños se quedan mirando un objeto extraño, se detuvo y la miró a la cara.

La chica juntó ligeramente las cejas, pero siguió contemplando el mar sin volver los ojos hacia el pescador.

El finalizó su silencioso examen y se apresuró a proseguir su camino.

En aquel momento tan sólo experimentó el vago placer de la curiosidad satisfecha, y ahora, transcurrido un buen rato, cuando subía por el sendero que llevaba al faro, se dio cuenta de lo grosera que había sido su inspección. La vereüenza le coloreó las mejillas.

trante, que ahora, antes de que saliera la luna, eran totalmente negras. Al tomar la curva alrededor de la llamada Pendiente de la Mujer, donde decían que a veces se aparecía el fantasma de una mujer de elevada estatura, tuvo el primer atisbo de las ventanas brillantemente iluminadas del faro, todavía a considerable altura. La intensidad de la luz le deslumhró por un instante, pues el generador de la aldea llevaba largo tiempo averiado y el muchacho estaba acostumbrado a la luz mortecina de las lámparas de petróleo con que se alumbraban los lugareños.

A menudo el joven llevaba pescado al faro, pues se sentía en deuda de gratitud con el farero. El curso anterior había suspendido los exámenes finales, y en principio su graduación debería haberse retrasado un año, pero su madre, que pasaba con frecuencia ante el faro cuando iba a recoger leña al monte que se alzaba más allá, había trabado amistad con la señora del farero y le pidió ayuda, explicándole que no le sería posible seguir manteniendo a la familia si la graduación de su hijo se retrasaba. Así pues, la esposa del farero habló con su marido, y éste visitó a su buen amigo, el director de la escuela. Gracias a esta intervención amistosa, el muchacho pudo por fin graduarse sin repetir el curso.

En cuanto finalizó los estudios de secundaria, el chico se hizo pescador, y desde entonces de vez en cuando llevaba al faro una porción de la captura del día. También realizaba pequeños recados para el matrimonio, y tanto el farero como su esposa le tenían en alta estima.

T o x r ^ M ^ n r l a A (A f a r e r n s e h a l l a b a a l l a d o d e u n t r a m o d e

Al aproximarse, el muchacho distinguió la sombra de la mujer que se movía en la puerta de vidrio de la cocina. Era evidente que estaba preparando la cena.

El muchacho anunció su llegada desde el exterior, y la esposa abrió la puerta.

-Ah, eres tú, Shinji-san -le dijo.

El joven le ofreció el pescado sin decirle una sola palabra.

La mujer aceptó el presente y, volviendo la cabeza por encima del hombro, hacia el interior de la casa, dijo:

-*Otoosan*\ Kubo-san nos ha traído un pescado.

Se había referido al chico por su apellido. Desde otra habitación, la voz del farero respondió en un tono bonachón y familiar:

-Gracias, muchas gracias. Anda, Shinji, muchacho, pasa un momento.

El joven seguía en pie, vacilante, en la entrada de la cocina. La mujer ya había depositado el mero en una bandeja esmaltada de blanco, donde yacía boqueando débilmente, con la sangre rezumándole de las agallas y deslizándose por la piel suave y blanca.

3. *Otoosan* significa «padre». Es habitual que una mujer casada y con

Capítulo 2

Alai

La mañana siguiente, Shinji subió a bordo del barco de su patrono como de costumbre y zarparon para pasar el día pescando. Al amanecer el cielo estaba cubierto y se reflejaba en un mar calmado. Tardarían alrededor de una hora en llegar al caladero.

Shinji llevaba un delantal de goma negro que le cubría desde la pechera de la camiseta hasta la parte superior de las altas botas de goma y unos largos guantes también de goma. De pie en la proa de la embarcación, mirando adelante, hacia su lugar de destino en el Pacífico, muy mar adentro bajo el ceniciento cielo matutino, Shinji recordaba la noche anterior, el tiempo transcurrido desde que abandonó el faro hasta que se acostó.

La madre y el hermano de Shinji habían aguardado su regreso en la pequeña habitación iluminada por una lámpara de luz tenue que pendía sobre el fogón. El hermano sólo tenía doce años. Desde el último año de la guerra,

mayor para trabajar, la madre había mantenido a la familia sin más recursos que sus ganancias como buceadora.

-¿Estaba contento el farero?

-Sí -respondió el muchacho-. Me pidió que entrara y me ofreció una bebida que se llama cacao.

-¿Cacao? ¿Qué es eso?

-Parecía una especie de sopa de *miso* extranjera.

La madre no sabía nada de cocina. Servía el pescado en *sashimi* o *sushi*, a la parrilla o hervido; en este último caso sin desechar primero la cabeza, la cola y las espinas. Y, como nunca lo lavaba bien primero, a menudo no sólo masticaban carne de pescado, sino también granos de arena.

Durante la cena, Shinji aguardó esperanzado a que su madre le dijese algo sobre la chica desconocida; pero si bien la mujer no era dada a quejarse, tampoco tendía a chismorrear ociosamente.

Después de cenar, Shinji y su hermano se encaminaron al baño público, y una vez más pensó en obtener de allí alguna información acerca de la muchacha. Ya era tarde; la sala del baño aparecía casi vacía, y el agua de la piscina central estaba sucia. El director de la cooperativa de pescadores y el administrador de correos estaban de pie dentro de la piscina, con el agua hasta la cintura. Discutían de política, y sus voces retumbantes y ampulosas reverberaban en el techo. Los hermanos les saludaron en silencio, con inclinaciones de cabeza, y se encaminaron a una esquina para sacar agua caliente de la piscina⁴.

4. El baño público japonés ha sido tradicionalmente tanto un establecimiento higiénico como un lugar de relación social. El lavado se realiza

Shinji esperaba, aguzando el oído, pero los hombres no se desviaban de la política para hablar de la chica. Entretanto su hermano, con el apresuramiento que le caracterizaba, había terminado de bañarse y ya estaba en el exterior. El joven pescador le siguió y, una vez fuera, le preguntó por el motivo de las prisas. Hiroshi, como se llamaba el hermano, le explicó que aquel día él y sus amigos habían jugado a la guerra, y que él había hecho llorar al hijo del director de la cooperativa al golpearle en la cabeza con su espada de madera.

Shinji nunca tenía dificultad para conciliar el sueño, pero la noche anterior había sufrido la singular experiencia de permanecer despierto durante mucho tiempo. No recordaba haber estado enfermo un solo día de su vida, y yació preguntándose qué le ocurría, temeroso de que aquello pudiera ser lo que la gente llamaba estar enfermo.

Por la mañana, aquella extraña inquietud aún no había desaparecido, pero el vasto océano se extendía desde la proa, donde el muchacho permanecía en pie; gradualmente la visión del mar le iba insuflando la energía de la tarea familiar, cotidiana, y, sin darse cuenta siquiera, volvía a sentirse en paz. Las vibraciones del motor hacían que el barco se estremeciera ligeramente, y el frío viento matinal azotaba las mejillas de Shinji.

En lo alto del acantilado, a estribor, la luz del faro ya se había apagado. En la orilla, bajo las ramas de pino, de color pardusco a comienzos de la primavera, rompían las olas del canal de Irako, blancas y brillantes en el nublado ambiente matutino. Sumergidos en el canal,
dos i í ó c o n s t a n t e .

gracias a la pericia con que el patrón singaba, navegó suavemente a través de la corriente arremolinada. La profundidad del agua en el canal oscilaba entre dieciocho y cien brazas, pero por encima de los arrecifes tan sólo era de trece a veinte brazas. A partir de ese punto, unas boyas señalaban el corredor que se internaba en el Pacífico y en el que estaban sumergidos los innumerables potes para capturar pulpos.

El ochenta por ciento del total de capturas anuales en Utajima era de pulpos. La temporada del pulpo, que empezaba en noviembre, estaba a punto de terminar, y con la llegada de la primavera comenzaría la temporada del calamar. Estaban al final de la temporada, la última oportunidad para que los potes se llenasen con los llamados «pulpos en fuga», que se trasladaban a las profundidades del Pacífico huyendo de las frías aguas de la bahía de Ise.

Los patrones de pesca estaban habituados a las irregularidades del fondo en las aguas someras del lado de la isla abierto al Pacífico; las conocían con tanta precisión como los huertos de sus casas, y siempre decían: «Sólo un ciego sería incapaz de ver el fondo del mar». Sabían su rumbo gracias a la aguja de marear, y mediante la observación del cambiante perfil de las montañas en los lejanos cabos siempre podían determinar su posición exacta. Una vez establecida su demora, conocían con certeza la topografía del fondo oceánico por debajo de la embarcación.

Habían tendido metódicamente innumerables cuerdas en el fondo marino, a cada una de las cuales estaban atados más de un centenar de potes, y las diferencias de nivel al subir y bajar la marea sacudían bruscamente los

flotaHnrpQ fiiiiHoc ct lac /-i-i^tviae ТНТI £»1 KiryA Aa, CUI*-44 ™-«

tenían que hacer era poner a disposición de tan pesada tarea su fortaleza física.

El patrón de pesca Jukichi Oyama, propietario del *Tai-hei-maryu* tenía el rostro curtido y muy bronceado por los vientos marinos. Las mugrientas arrugas de sus manos eran indistinguibles de las viejas cicatrices de pescador, quemadas por el sol hasta lo más profundo. Era un hombre que no solía reír, pero que siempre estaba tranquilo y de buen humor, y aunque cuando daba órdenes alzaba la voz, no lo hacía nunca encolerizado. Durante la faena, apenas abandonaba su lugar en la plataforma de popa desde la que singaba, y sólo de vez en cuando soltaba el remo para regular el motor.

Cuando llegaron al caladero, vieron reunidos allí a numerosos pesqueros, que hasta entonces les habían pasado desapercibidos, e intercambiaron saludos con ellos. Una vez en su zona de pesca, Jukichi redujo la velocidad del motor e hizo una seña a Shinji para que enlazara una correa del motor al rodillo de eje que estaba sobre la borda.

Este rodillo hacía girar una polea que sobresalía de la borda. Una de las cuerdas a las que estaban fijados los potes de los pulpos se colocaba en la polea, y la embarcación seguía lentamente la cuerda a medida que la polea sacaba un extremo del mar y dejaba que el otro cayera de nuevo al agua. Los dos muchachos se turnaban para tirar de la cuerda, porque a menudo el cáñamo empapado pesaba demasiado para que la polea pudiera moverlo por sí sola, y también porque la cuerda se deslizaba fuera de la rueda a menos que la guiaran con cuidado.

En el horizonte, detrás de las nubes, se ocultaba un sol

atrás, hacia Utajima, se veían los acantilados meridionales, de un blanco intenso, reluciente, cubiertos por los excrementos de innumerables bandadas de cormoranes.

Soplaba un viento gélido, pero mientras tiraba de la primera cuerda hacia la polea, Shinji contemplaba el mar de color añil y sentía bullir en su interior la energía necesaria para realizar la dura tarea que no tardaría en hacerle sudar. La polea empezó a girar, y la cuerda, empapada, pesada, se alzó del mar. Sus manos, enfundadas en unos guantes delgados, aferraron la cuerda gruesa y helada. En contacto con la polea, la cuerda desprendía una rociada de agua marina con aspecto de aguanieve.

Pronto afloraron a la superficie los potes de los pulpos, cuyo color era el de la arcilla roja. Ryuji permanecía a la espera junto a la polea. Si un pote estaba vacío, se apresuraba a verter el agua que contenía y, evitando que golpeará la polea, lo dejaba pendiente de la cuerda que enseguida volvía a hundirse en el mar.

Shinji mantenía las piernas muy abiertas, con un pie apoyado en la proa, y proseguía su interminable tira y afloja con las fuerzas submarinas. Tirón a tirón la cuerda iba emergiendo, y el muchacho se imponía, pero el mar no se daba por vencido y, como si se burlara de él, todos los potes que salían a la superficie estaban vacíos.

Ya habían sacado del agua más de veinte potes, colocados a distancias de entre siete y diez metros a lo largo de la cuerda, de la que Shinji tiraba mientras Ryuji vaciaba el agua de los recipientes. Jukichi, con una mano en el remo y la expresión de su rostro inalterable, observaba en silencio la actividad de los muchachos.

El sudor se iba extendiendo por la espalda de Shinii v

recio el sol entre las nubes, arrojando pálidas sombras a los pies de los jóvenes, que se movían con rapidez.

Ryuji no miraba el mar, sino el interior del barco. Puso boca abajo el pote que acababa de emerger, y Jukichi tiró de una palanca para soltar la polea. Entonces, por primera vez, la mirada de Shinji se posó en la polea.

Ryuji hurgó dentro del pote con un palo. Como una persona a la que acabaran de despertar de una larga siesta, un pulpo se deslizó fuera de la vasija y se agazapó en la cubierta. El muchacho se apresuró a levantar la tapa de una gran nasa de bambú que estaba junto al cuarto de máquinas y la primera captura de la jornada fue a parar al fondo del cilindro con un ruido apagado.

Los tripulantes del *Taihei-maru* se pasaron la mayor parte de la mañana pescando pulpos, y su magra captura se redujo a cinco piezas. Cesó el viento y el sol brilló en todo su esplendor. Luego el pesquero cruzó el canal Irako y se internó de nuevo en la bahía de Ise para pescar un poco «a la rastra», clandestinamente, pues la pesca estaba prohibida en aquellas aguas.

Confeccionaron la rastra con varios anzuelos y sedales anudados a un travesano que, a su vez, ataron a un robusto cable de remolque. Entonces pusieron el motor en marcha y arrastraron el improvisado arte de pesca por el fondo de la bahía, como si fuese un rastrillo. Al cabo de un rato lo alzaron, y emergió del agua junto con cuatro *kochi*⁵ y tres lenguados aleteantes.

Shinji se quitó los guantes y liberó de los anzuelos las piezas cobradas. En los lenguados negros y mojados, con sus ojillos hundidos en los pliegues de la piel, se reflejaba el azul del cielo.

Llegó la hora del almuerzo. Jukichi limpió los *kochi* sobre la escotilla del cuarto de máquinas y los cortó en pequeñas porciones que repartieron entre los tres, las colocaron sobre las tapas de las fiambreras de aluminio y las aderezaron vertiéndoles encima un botellín de salsa de soja. Entonces tomaron las fiambreras, que contenían una mezcla de arroz y cebada hervidos y, apelonadas en un ángulo, unas pocas rodajas de rábano encurtido. Dejaron que el barco se meciera en el suave oleaje.

-Eh, muchachos, ¿qué os parece eso de que el viejo tío Teru Miyata haya traído de vuelta a su hija? -les preguntó Jukichi de improviso.

-No sabía que tuviera una hija.

-Yo tampoco.

Los dos jóvenes hicieron gestos negativos con la cabeza, y Jukichi les resumió la historia de aquella familia.

-El tío Teru tuvo cuatro hijas y un hijo. Dijo que estaba harto de tantas chicas, así que casó a tres de ellas y dio a la otra en adopción. Se llamaba Hatsue, y la adoptó una familia de buceadoras que vivían en Oizaki, en Shima. Pero entonces, quién lo iba a decir, el año pasado su único hijo, Matsu, se muere de una enfermedad pulmonar. Como es viudo, el tío Teru empieza a sentirse solo, y pide a Hatsue que vuelva, la empadrona de nuevo como miembro de su familia y decide adoptar un marido para ella, de modo que su apellido se perpetúe... Hatsue se ha hecho adulta y es una auténtica belleza. Habrá muchos jóvenes deseosos de casarse con ella... ¿Y vosotros, eh? ¿Qué decís?

Shinji y Ryuji intercambiaron miradas y se echaron a reír. Era de suponer que ambos se habían ruborizado, pero el bronceado de su piel era demasiado intenso para

La conversación acerca de aquella muchacha y la imagen de la chica que vio el día anterior en la playa se fusionaron de inmediato en la mente de Shinji. Al mismo tiempo recordó con desánimo su condición humilde, y la muchacha a la que el día anterior había mirado fijamente le pareció ahora muy lejana, pues sabía que su padre era Terukichi Miyata, el rico propietario de dos cargueros de cabotaje fletados a Transportes Yamagata, el *Utajima-maru*, de ciento ochenta y cinco toneladas, y el *Harukaze-maru*, de noventa y cinco, y un notable cascarrias, cuyo blanco cabello se agitaba como los bigotes de un león cuando montaba en cólera.

Shinji había sido siempre muy discreto y comprendía que, a los dieciocho años, era demasiado pronto para pensar en las mujeres. Al contrario de lo que ocurría en la ciudad, rebosante de diversiones para los jóvenes, en Utajima no había ni siquiera un salón de *pachinko*⁶, ni un bar ni una sola camarera, y el sencillo sueño de aquel muchacho no era más que el de poseer algún día un barco con motor y dedicarse al negocio del cabotaje con su hermano menor.

A pesar de vivir rodeado por el ancho mar, Shinji no albergaba sueños imposibles de grandes aventuras marinas. Tenía un concepto del mar propio del pescador, muy parecido al del agricultor con respecto a su tierra. El mar era el lugar donde se ganaba la vida, un campo ondulante en el que, en lugar de espigas de trigo mecidas por la brisa, la blanca y amorfa cosecha de olas ondeaba

6. Por todo Japón hay infinidad de salones de *pachinko*, juego consistente en una máquina tragaperras con un circuito por el que impulsan

eternamente por encima del azul uniforme de un suelo delicado y productivo.

Con todo, cuando la jornada de pesca casi había concluido, la contemplación de un blanco carguero que navegaba contra el fondo de nubes que cubrían el horizonte en el crepúsculo llenó de extrañas emociones el pecho del joven. El mundo se acercaba a él velozmente, desde muy lejos, con una magnitud en la que hasta entonces no había reparado. La percepción de ese mundo desconocido fue para él como un trueno distante, que retumbaba en la lejanía y se disolvía en la nada.

Una pequeña estrella de mar se había secado en la cubierta de proa, donde el muchacho estaba sentado con una toalla de tela basta atada alrededor de la cabeza. Desvió la mirada de las nubes crepusculares y sacudió ligeramente la cabeza.

Capítulo 3

A

aquella noche Shinji asistió a la reunión ordinaria de la Asociación de Jóvenes. Tal era el nombre que ahora daban a lo que en el pasado se llamaba la «casa de dormir», entonces una residencia para los jóvenes solteros de la isla. Incluso ahora muchos jóvenes preferían dormir en la adusta cabana de la Asociación antes que en sus propias casas. Allí los jóvenes debatían apasionadamente sobre cuestiones como la escolarización y la salud, los métodos para recuperar barcos hundidos y efectuar rescates en alta mar, así como las danzas del León y la organización del *O-bon*, el Festival de Todas las Almas, actividades de las que se encargaban los jóvenes del pueblo desde tiempo inmemorial. De esta manera se sentían parte de la vida comunitaria, y cargar con las preocupaciones y deberes de los adultos era para ellos un placer.

Los postigos crujían azotados por el viento marino, que hacía oscilar la lámpara, de luz ora mortecina, ora súbitamente intensa. La orilla del mar estaba muy cerca-

que proyectaba la lámpara se deslizaban por los alegres rostros de los jóvenes.

Cuando Shinji entró en la cabana, un muchacho estaba en cuclillas bajo la lámpara, y un amigo le cortaba el pelo con unas tijeras algo oxidadas. Shinji sonrió y se sentó en el suelo, con la espalda apoyada en la pared y las manos en las rodillas. Como era habitual en él, permaneció silencioso, escuchando lo que decían los demás.

Los muchachos intercambiaban fanfarronadas sobre la pesca del día, se reían ruidosamente y no escatimaban los insultos. Uno de los chicos, muy aficionado a la lectura, estaba concentrado en una de las revistas atrasadas de las que estaba surtida la cabana. Otro permanecía enfrascado en un tebeo con no menos entusiasmo. Los nudillos de los dedos que mantenían las páginas abiertas mostraban una deformación que no era propia de su edad. Examinaba algunas páginas durante dos o tres minutos antes de comprender el significado de lo que leía, y entonces soltaba una carcajada.

Allí, y por segunda vez, Shinji oyó hablar de la muchacha recién llegada a la isla. Captó a medias una frase pronunciada por un chico de dientes prominentes que abrió su boca para reírse y después dijo:

-Esa Hatsue es...

Shinji no captó el resto de la frase por culpa de una conmoción repentina en otro lugar de la sala que se mezcló con las risas del grupo que rodeaba al muchacho de dientes prominentes.

Shinji no era en absoluto proclive a meditar, pero aquel nombre, como un incitador rompecabezas, no dejaba de acosar su mente. Nada más oírlo, se ruborizó y el

ees sólo había experimentado cuando estaba entregado a las duras faenas de la pesca, le producía una extraña sensación.

Se llevó la palma de la mano a la mejilla, y le pareció que la piel caliente era la de un completo desconocido. Percatarse de que en su interior ocurrían cosas que ni siquiera había sospechado era un golpe a su orgullo, y el enojo creciente hizo que las mejillas se le calentaran todavía más.

Los jóvenes aguardaban la llegada de su presidente, Yasuo Kawamoto. Aunque Yasuo, hijo de una familia principal del pueblo, sólo contaba diecinueve años, era capaz de conseguir que los demás le siguieran. Pese a su juventud, conocía ya el secreto de darse aires, y siempre llegaba tarde a las reuniones.

Yasuo abrió bruscamente la puerta y entró en la sala. Era muy grueso y había heredado de su padre, gran bebedor, la tez de color rojizo. Su expresión era del todo ingenua, pero las delgadas cejas le daban un aire astuto. Tenía facilidad de palabra y en su acento no había vestigios del dialecto hablado en la isla.

-Perdón por el retraso... Bueno, no perdamos tiempo. Hay que determinar con precisión los proyectos para el mes que viene.

Dicho esto, se sentó ante la mesa y abrió un cuaderno de notas. Era evidente que algo le apremiaba.

-Tal como se decidió en la última reunión, tenemos pendiente convocar a la Asociación del Respeto a los Ancianos, y también transportar piedras para la reparación de las carreteras. Luego está la cuestión de la limpieza de alcantarillas para acabar con las ratas, un encargo de la

dan salir a faenar. Por suerte, atrapar ratas puede hacerse independientemente del tiempo que haga, y no creo que la policía nos persiga si matamos a unas cuantas fieras de las alcantarillas.

Todos se echaron a reír y lanzaron gritos.

A continuación se propuso pedir al médico de la escuela que les diera una charla sobre higiene, así como celebrar un concurso de oratoria. Pero hacía poco que se había celebrado el Año Nuevo, según el antiguo calendario lunar, y los jóvenes estaban tan hartos de reuniones que recibieron con tibieza ambas propuestas.

Así pues, constituyeron un solo comité para todos los asuntos y entonces se dedicaron a juzgar críticamente los méritos de su boletín mimeografiado, *La isla solitaria*. El muchacho al que le gustaban tanto los libros había citado, al final de un ensayo publicado en el último número, una composición poética de Verlaine a la que llamaba cuarteta, y sus compañeros tomaron ahora los versos como blanco de sus pullas:

*No sé por qué mi triste
corazón sobrevuela el mar
aleteando desasosegado...*

-¿Desasosegado? ¿Qué significa «desasosegado» en este verso?

-Pues significa eso: desasosegado. Está claro.

-A lo mejor es un error y lo que debe decir es «despavorido».

-¡Exacto! «Aleteando despavorido.» Esto sí que tiene

-¡Cómo! ¡Es uno de los poetas franceses más famosos!
-¿Y qué sabes tú de poetas franceses, me lo quieres explicar? Probablemente lo has sacado todo de alguna canción popular.

Como de costumbre, la reunión terminó como ya era habitual, con un toma y daca de insultos.

A Shinji le intrigaba la razón por la que Yasuo, el presidente, había tenido tanta prisa por marcharse, así que detuvo a uno de sus amigos y se lo preguntó.

-¿No lo sabías? -replicó el amigo-. Está invitado a la fiesta que da el tío Teru Miyata para celebrar el regreso de su hija.

Normalmente, Shinji habría recorrido en compañía de sus amigos, que charlaban y reían, el camino de regreso a casa, pero ahora, tras enterarse de la fiesta a la que de ninguna manera le habrían invitado, no tardó en separarse de ellos y anduvo solo por la playa, hacia los escalones de piedra que conducían al santuario de Yashiro.

Alzó la cabeza para mirar las casas del pueblo, construidas unas encima de las otras en una empinada cuesta, y distinguió las brillantes luces del domicilio de Miyata. Todas las luces del pueblo procedían de las mismas lámparas de petróleo, pero, por alguna razón, aquéllas parecían un tanto diferentes, más resplandecientes. Aunque Shinji no podía ver la sala del banquete, imaginaba con nitidez las sombras oscilantes que las luces de las lámparas debían de proyectar sobre las mejillas de la muchacha desde sus serenas cejas y sus

las sombras de las ramas de pino. Empezó a subir, y sus *geta*⁷ produjeron un sonido seco y agudo. No había nadie en los alrededores del santuario, en cuyo edificio las luces estaban apagadas.

A pesar de que había subido velozmente los doscientos escalones, Shinji llegó al santuario sin que su ancho pecho se agitara lo más mínimo a causa del esfuerzo, y se detuvo ante la fachada con una actitud de acendrada veneración.

Echó una moneda de diez yenes en el cajón de ofrendas, se quedó un momento pensativo y poco después echó diez yenes más. Batió palmas para llamar la atención de los dioses, y el sonido reverberó en el jardín del santuario. Entonces Shinji rezó con profunda reverencia:

-Dios del mar, te pido que el mar esté sereno, que la pesca abunde y que nuestro pueblo sea cada vez más próspero. Todavía soy joven, pero con el tiempo llegaré a ser un pescador más. Permíteme tener un gran conocimiento de las cosas del mar, de los peces, los barcos, los fenómenos atmosféricos... de todo. Dótame de una habilidad superior en todo... Por favor, protege a mi bondadosa madre y a mi hermano, que todavía es un niño. Cuando llegue la temporada del buceo y mi madre se sumerja, te ruego que la protejas de los numerosos peligros... Y ahora me gustaría hacerte una petición diferente... Concede algún día, incluso a una persona como yo, una novia hermosa y de buen corazón... Digamos una chica como la hija de Terukichi Miyata, que acaba de volver...

7. *Geta* es un tipo tradicional de calzado que consta de una plataforma de madera con dos travesanos en la suela y unas correas rígidas que se

Una ráfaga de viento agitó con estrépito las ramas de los pinos y despertó solemnes ecos incluso en el interior del santuario. Tal vez era el dios del mar, que aceptaba la plegaria del muchacho.

Shinji contempló el cielo cuajado de estrellas y aspiró hondo. Entonces pensó: «¿Pero no podría el dios castigarme por dirigirle una plegaria tan egoísta?».

Capítulo 4

H

abían transcurrido cuatro o cinco días, y el viento soplaba con fuerza. Las altas olas rompían contra el malecón del puerto de Utajima y lo cubrían. El mar se mostraba agitado y lleno de cabrillas en toda su extensión.

Aunque el cielo estaba despejado, debido al fuerte viento ni un solo pesquero había salido a faenar.

La madre de Shinji le había pedido un favor. Las mujeres del pueblo recogían leña en la montaña y la almacenaban en la parte superior de una antigua torre de observación militar. La mujer había señalado su montón de leña con un trapo rojo. Puesto que a mediodía el muchacho había finalizado la tarea encargada por la Asociación de Jóvenes, consistente en acarrear piedras para reparar la carretera, su madre le pidió que recogiera la leña en la torre y la llevara a casa.

Shinji se echó al hombro el bastidor de madera que servía para carear la leña y partió. El sendero pasaba jun-

La residencia del farero estaba tan silenciosa como si durmiera profundamente la siesta. Shinji vio la espalda de un vigía que estaba sentado a la mesa de la caseta de vigilancia. Se oía la música que emitía una radio a todo volumen.

Mientras subía por la cuesta del pinar, detrás del faro, Shinji empezó a sudar.

Reinaba un silencio absoluto en el monte. No se veía un alma, y ni siquiera merodeaba un perro vagabundo. De hecho, y debido a un tabú de la deidad guardiana de la isla, no había en toda la extensión de ésta un solo perro vagabundo, y no digamos un perro doméstico. Y como en la isla todo eran cuevas y la tierra escaseaba, tampoco había caballos ni vacas que sirvieran como animales de tiro. Los únicos animales domésticos eran los gatos, que se acercaban arrastrando por el suelo las puntas de sus colas, a través de las sombras irregulares arrojadas con nítido relieve en las callejas escalonadas y pavimentadas con adoquines, siempre en pendiente, entre las hileras de casas del pueblo.

El muchacho subió a la cima de la colina. Aquél era el lugar más elevado de Utajima, pero estaba tan cubierto de vegetación, de *sakaki*, la planta utilizada en las ceremonias shintoístas, eleagno y altas hierbas, que el panorama quedaba oculto. No había más sonido que el del mar, el del rugido de las olas a través de la vegetación. En la vertiente meridional, el camino de descenso prácticamente había desaparecido bajo arbustos y hierbajos, y era preciso dar un rodeo considerable para llegar a la torre de observación.

Poco después, más allá de un pinar de suelo arenoso.

to misterioso en aquel escenario desierto donde reinaba el silencio.

En el pasado, los soldados se habían situado en el balcón del segundo piso, para mirar a través de prismáticos y verificar la puntería de los cañones instalados en el monte Konaka, en el extremo del cabo Irako, que hacían prácticas de tiro. Los oficiales daban voces dentro de la torre para saber dónde habían caído los obuses, y los soldados les respondían informándoles de las distancias. Este sistema se prolongó hasta mediada la guerra, y los soldados siempre culparon a cierto castor fantasmal de la misteriosa escasez de provisiones.

El muchacho llegó a la planta baja de la torre y echó un vistazo al interior. Había allí una montaña de hojarasca y ramas de pino secas atadas en haces. Era evidente que aquel espacio había sido usado como almacén, y sus ventanas eran muy pequeñas. Algunas incluso conservaban los cristales intactos. El muchacho entró y, a la débil luz que penetraba por las ventanas, no tardó en descubrir el distintivo de su madre, unos trapos rojos atados a varios haces y el nombre «Tomi Kubo» escrito en ellos con ideogramas de trazo infantil.

Shinji se quitó el bastidor de la espalda y ató en él los haces de hojarasca y ramas secas. Había transcurrido mucho tiempo desde la última vez que visitara la torre, y ahora se sentía reacio a marcharse tan pronto. Dejó la carga en el suelo y se dispuso a subir los escalones de hormigón.

En aquel momento oyó un débil sonido procedente de arriba, como de piedra que golpeará madera. El chico aguzó el oído, pero el sonido cesó. Debía de haber sido

anchas ventanas, que carecían tanto de vidrios como de marco. Incluso la barandilla de hierro del balcón había desaparecido. Aún se veían en las paredes grises vestigios de los garabatos trazados con tiza.

Shinji reanudó el ascenso por la escalera. Se detuvo para mirar el fragmento de asta de bandera que sobresalía de una ventana del tercer piso, y esta vez tuvo la seguridad de haber oído los sollozos de alguien. Sobresaltado, se apresuró a subir hasta la azotea. Sus pies, calzados con zapatos de suela de goma, no producían ruido alguno.

Quien se sobresaltó de veras fue la muchacha que estaba en la azotea cuando vio al joven ante ella, como salido de la nada y sin que le hubiera precedido el sonido de sus pasos. La chica, que calzaba *geta*, estaba llorando, pero sus sollozos cesaron y permaneció inmóvil, atemorizada. Era Hatsue.

En cuanto al muchacho, no se le había pasado por la imaginación la posibilidad de un encuentro tan afortunado, y no podía dar crédito a sus ojos.

Ambos permanecieron en pie, sorprendidos, como animales que de improviso se encuentran cara a cara en el bosque, mirándose mutuamente a los ojos, y sus emociones oscilaban entre la cautela y la curiosidad.

Finalmente, Shinji se dirigió a ella.

-Eres Hatsue-san, ¿no es cierto?

Hatsue asintió de manera automática, y entonces pareció sorprendida de que él supiera su nombre. Pero los ojos negros y de expresión seria de aquel muchacho que tanto se esforzaba por parecer audaz le recordaban un rostro juvenil que, días atrás, le miró fijamente en la playa.

-¿Por qué llorabas? -le preguntó Shinji, en el tono inquisitivo de un policía.

La rapidez con que ella le respondió fue inesperada. La señora del faro daba clases de etiqueta y labores domésticas a las chicas del pueblo que estaban interesadas, y aquel día Hatsue iba a asistir por primera vez. Pero como había llegado demasiado pronto, decidió subir al monte que se alzaba detrás del faro y se había perdido.

En aquel momento la sombra de un ave se deslizó sobre sus cabezas. Era un halcón peregrino, y Shinji lo consideró un buen augurio. Entonces se le soltó la lengua, que hasta aquel momento había tenido trabada, y, recuperando su habitual porte viril, dijo a la muchacha que, para ir a su casa, tenía que pasar junto al faro, y que él la acompañaría hasta allí.

Hatsue sonrió, sin hacer el menor esfuerzo por enjugarse las lágrimas que se deslizaban por sus mejillas. Era como si hubiera salido el sol y brillara a través de la lluvia. La muchacha llevaba un jersey rojo, pantalones holgados de sarga azul y calcetines de color rojo terciopelo, de esos con una ranura entre el dedo gordo y los dedos restantes en la que se inserta la tira de la *geta*.

Hatsue se inclinó sobre el parapeto de cemento armado en el borde de la azotea y contempló el mar.

-¿Qué es este edificio? -inquirió.

-Fue una torre de observación de blancos de artillería -respondió él-. Observaban desde aquí para ver dónde caían los obuses de los cañones.

Allí, en el lado meridional de la isla, protegido por el monte, no soplaba el viento. Las aguas del Pacífico, iluminadas por el sol, reflejaban su luz. El rumor del oleaje se escuchaba desde allí.

las deposiciones de los cormoranes, y el agua que circundaba la base del acantilado tenía un color pardo negruzco debido a las algas que crecían en el fondo del océano.

Shinji señaló una alta roca a poca distancia de la orilla, en la que rompían las olas alzando nubes de rocío.

-Es el islote Negro -le explicó a Hatsue-. Ahí estaba pescando el agente de policía Suzuki cuando las olas lo arrastraron y se ahogó.

La felicidad embargaba por completo a Shinji, pero se acercaba el momento de que Hatsue se presentase en el faro. Se apartó del parapeto de cemento armado y se volvió hacia Shinji.

-Tengo que marcharme -le dijo.

Shinji no le respondió, y en su semblante apareció una expresión de sorpresa. Había visto una franja negra que cruzaba toda la parte delantera del jersey rojo de la muchacha.

Hatsue siguió su mirada y vio la línea de suciedad en el lugar en que había apoyado el pecho contra el parapeto de la azotea. Inclino la cabeza y empezó a darse palmadas en el pecho. Debajo del jersey, el brioso movimiento de sus manos hizo que temblaran muy ligeramente dos suaves protuberancias.

Shinji la contempló asombrado. Golpeados por las manos de la chica, los senos más bien parecían dos animalitos juguetones. El muchacho se sentía intensamente excitado por la elástica suavidad de su movimiento.

Finalmente la franja de suciedad desapareció.

Shinji bajó primero los escalones de cemento armado, y Hatsue le siguió, produciendo con sus *geta* unos sonidos muy claros y rítmicos que resonaban en las matrónas.

Shinji miró atrás. La chica estaba allí, riéndose.

-¿Qué pasa? -le preguntó.

-Yo también estoy morena, pero tú... tienes la piel prácticamente negra.

"¿Qué?

-Hay que ver cómo te ha quemado el sol.

El joven se rió, a modo de respuesta carente de significado, y siguió bajando los escalones. Estaban a punto de abandonar la torre cuando él se detuvo de repente y regresó corriendo al interior. Casi se había olvidado de los haces de leña de su madre.

Durante el trayecto de regreso al faro, Shinji caminó por delante de ella, portando a la espalda la montaña de ramitas de pino. Mientras caminaban, Hatsue le preguntó cómo se llamaba, y entonces él se presentó. Pero acto seguido le pidió que no mencionara su nombre a nadie ni dijera nada acerca de su encuentro en la torre: Shinji sabía muy bien lo afiladas que podían ser las lenguas de los lugareños. La muchacha le prometió que no lo diría. Así pues, su bien fundado temor a la pasión por el chismorreó que existía en el pueblo transformó lo que había sido un encuentro inocente en un secreto entre los dos.

Shinji siguió caminando en silencio, sin tener la menor idea de cómo podrían volver a verse, y pronto llegaron al lugar desde donde se divisaba el faro, allá abajo. Le señaló el atajo que conducía a la parte trasera de la residencia del farero y se despidió de ella. Luego emprendió a propósito la ruta que le llevaría al pueblo dando un rodeo.

Capítulo 5

El muchacho había llevado hasta entonces una vida apacible y satisfecha, pese a lo humilde que era, pero ahora le atormentaba la inquietud y se quedaba absorto en sus pensamientos, con la sensación de que no había nada en él que pudiera atraer a Hatsue. Estaba tan sano que nunca había padecido una enfermedad, aparte del sarampión. Era capaz de nadar alrededor del perímetro de Utajima hasta cinco veces seguidas. Y estaba seguro de que no quedaría por debajo de nadie ante cualquier demostración de fuerza física. Pero no podía creer que ninguna de esas cualidades impresionara a Hatsue.

No se presentaría otra oportunidad de encontrarse con ella. Cada vez que regresaba a la orilla, tras la jornada de pesca, su mirada recorría la playa de un extremo a otro, tratando de localizarla, pero en las pocas ocasiones en que la vio, la joven estaba atareada y no tuvo ocasión de hablar con ella.

No volvería a repetirse la ocasión en que la vio sola,

de la situación y decidía apartar por completo a Hatsue de su mente, con toda seguridad ese mismo día la divisaba entre la atareada multitud que se reunía en la playa cuando llegaban las embarcaciones.

Los jóvenes de la ciudad aprenden pronto las peculiaridades del amor gracias a las novelas, el cine y otros medios de información, pero en Utajima prácticamente no había modelos que seguir. Así pues, por mucho que meditara al respecto, Shinji no tenía la menor idea de lo que debería haber hecho durante los preciosos minutos transcurridos durante el trayecto entre la torre de observación y el faro, cuando estuvo a solas con ella. No le quedó más que un profundo remordimiento, la sensación de que había dejado de hacer algo importante.

Todos los meses, cada vez que se cumplía el día en que había fallecido el padre, toda la familia iba a visitar su tumba. Había llegado ese día, y, para no obstaculizar el trabajo de Shinji, eligieron una hora antes de que zarparan los barcos y antes de que su hermano partiera hacia la escuela.

Shinji y su hermano salieron de la casa con su madre, que llevaba varillas de incienso y flores funerarias. Dejaron la casa abierta, pues el robo era una actividad desconocida en la isla.

El cementerio estaba situado a cierta distancia del pueblo, en un acantilado bajo, por encima de la playa. Con la marea alta, el mar llegaba al pie del acantilado. La cuesta irregular estaba llena de lápidas, algunas de ellas ladeadas sobre la blanda base de arena.

Aún no había amanecido. El cielo empezaba a clarear

Shinji iba delante, con un farolillo de papel. Hiroshi, el hermano, todavía soñoliento, tiró de la manga de su madre.

-¿Hoy podré comer cuatro *ohagi*? -le preguntó.

-¡Qué tontería! Te comerás dos. Con tres tendrías dolor de barriga.

-¡Por favor! ¡Quiero cuatro!

Las *ohagi*, bolas de arroz untadas con pasta de alubia roja dulce, que preparaban en la isla para celebrar el Día del Mono o las fechas en que se conmemoraba a los difuntos, eran casi tan grandes como las pequeñas almohadas que usaban para dormir.

Una fría brisa matutina soplaba a intervalos en el cementerio. La superficie del mar a sotavento de la isla aparecía negra, pero mar afuera las aguas estaban iluminadas por la luz del alba. Se veían claramente las montañas que rodeaban la bahía de Ise. A la pálida luz del amanecer, las lápidas parecían otras tantas velas blancas de barcos anclados en un activo puerto. Eran velas a las que nunca volvería a hinchar el viento, velas que, después de permanecer demasiado tiempo sin ser utilizadas y colgantes en exceso, se habían convertido en piedra. Las anclas de las embarcaciones habían penetrado tan profundamente en la oscura tierra que nunca sería posible volver a llevarlas.

Llegaron a la tumba del padre; la madre dispuso las flores que había traído y, tras encender numerosos fósforos cuyas llamas apagó el viento una tras otra, por fin logró encender las varitas de incienso. Pidió entonces a sus hijos que se inclinaran ante la tumba, mientras ella lo hacía a espaldas de los chicos y lloraba.

de Shinji había incumplido ese tabú. Hacia el final de la guerra una anciana falleció en la isla y se decidió que el barco de la Cooperativa trasladara su cadáver a Toshijima para practicarle la autopsia.

Cuando el barco se encontraba a unas tres millas de Utajima, lo avistó el piloto de un caza que había despegado de un portaaviones. El maquinista habitual de la embarcación no iba a bordo y su sustituto no estaba acostumbrado a la máquina. Fue el negro humo de la lenta máquina lo que proporcionó al piloto su blanco.

El avión dejó caer una bomba sobre el barco y luego lo atacó con fuego de ametralladora. La chimenea de la nave se partió y al padre de Shinji le voló parte de la cabeza, desde las orejas hacia arriba. Otro hombre también murió al instante, alcanzado en un ojo. Un proyectil alcanzó a un tercero en la espalda y se alojó en los pulmones, y otro resultó herido en las piernas. Y un marinero al que el ataque le había destrozado una nalga murió poco después a causa de la hemorragia.

Tanto la cubierta como el pantoque se convirtieron en un lago de sangre. Las balas perforaron el depósito de combustible y el queroseno se mezcló con la sangre. Algunos titubearon antes de tenderse boca abajo sobre aquel repugnante estropicio y fueron alcanzados en las caderas. Cuatro personas se salvaron al refugiarse en el depósito de hielo que estaba en la cámara de proa. Un hombre, presa del pánico, logró pasar por el portillo detrás del puente, pero, una vez en el puerto, y al intentar repetir la hazaña, sus esfuerzos fueron inútiles y no consiguió deslizarse a través del pequeño orificio por segunda vez.

do sobre la cubierta bajo una estera, no recibió un solo balazo...

-Cómo le entusiasmaba a papá pescar *ikanago* -le dijo Shinji a su madre, en un tono evocador-. Todos los días pescaba más que yo. No daba tiempo a los verdugones a secarse antes de que le salieran más.

El *ikanago*, un pez largo y delgado que se protege escondiéndose bajo la arena del fondo marino, abundaba en los bajíos de Yohiro, y era necesaria una habilidad especial para pescarlo. Se utilizaba una caña de bambú flexible, con plumas en el extremo, para imitar un ave marina que perseguía a un pez bajo el agua, y era esencial actuar en el momento preciso, ni una fracción de segundo antes o después.

-Sí, supongo que sí -replicó la madre-. Capturar *ikanago* es un trabajo muy difícil incluso para un pescador.

A Hiroshi no le interesaba la conversación entre su madre y su hermano, y soñaba con la excursión escolar que tendría lugar al cabo de diez días. Cuando Shinji tenía la edad de Hiroshi, había sido demasiado pobre para participar en las excursiones de la escuela, y por ello había destinado una parte de sus ingresos a costear los gastos de viaje de Hiroshi.

Cuando terminaron de rendir homenaje ante la tumba, Shinji se separó de sus familiares y fue solo a la playa para ayudar a poner la embarcación en condiciones de zarpar. Convinieron en que su madre regresaría a casa y le traería el almuerzo antes de que partieran los barcos.

Mientras se encaminaba apresuradamente hacia el

-Dicen que Yasuo Kawamoto va a casarse con Hatsue. Al oír estas palabras, el ánimo de Shinji se ensombreció por completo.

Una vez más, los tripulantes del *Taihei-maru* pasaron la jornada pescando pulpos.

Durante las once horas que estuvo faenando, Shinji se concentró en la pesca y apenas abrió la boca, pero, como era de natural callado, su silencio no extrañó a los demás.

Al regresar a puerto atracaron como de costumbre junto al barco de la Cooperativa y descargaron los pulpos. Luego vendieron el resto de las capturas a un intermediario y las transfirieron a un «barco comprador» perteneciente a un comerciante particular de pescado al por mayor. Las doradas se agitaban dentro de los cestos metálicos utilizados para pesar el pescado, relucientes bajo la luz del sol poniente.

Los pescadores cobraban cada diez jornadas de trabajo, y aquél era día de paga, por lo que Shinji y Ryuji fueron con el patrón a la oficina de la Cooperativa. Durante aquellas diez jornadas habían capturado más de ciento ochenta kilos de pescado, y, tras deducir la comisión de ventas de la Cooperativa, el diez por ciento ingresado directamente en la cuenta de ahorro y los costes de mantenimiento, les quedaron 27.997 yenes netos. El patrón pagó cuatro mil a Shinji. Las capturas habían sido importantes, si se tenía en cuenta que la temporada de pesca casi había terminado.

El muchacho se humedeció los dedos con la lengua y

patrón con una inclinación de cabeza y abandonó la oficina. El patrón se había acercado al brasero ante el que se sentaba el jefe de la Cooperativa, y le mostraba a éste con orgullo una boquilla de coral que él mismo había tallado.

Shinji se había propuesto regresar directamente a casa, pero, como si tuvieran voluntad propia, sus pies se encaminaron a la playa, que iba sumiéndose en la oscuridad.

En la orilla estaban sacando del agua la última embarcación para dejarla varada en la arena. Sólo había unos pocos hombres dando vueltas al torno y ayudando a tirar de la cuerda, por lo que las mujeres, que normalmente se limitaban a colocar los «abacos» bajo la quilla, empujaban desde atrás. Era evidente que la tarea no avanzaba. La oscuridad iba en aumento y no se veía rastro de los escolares que solían acudir para echar una mano. Shinji decidió ayudarles.

En aquel momento una de las mujeres que empujaban la embarcación alzó la cabeza y miró en la dirección de Shinji. Era Hatsue. Él no deseaba ver el rostro de aquella chica, por la que había estado de tan mal talante durante todo el día, pero sus pies le llevaban hacia el barco contra su voluntad. El rostro de la joven brillaba en la penumbra, y Shinji vio la frente húmeda de sudor, las mejillas rosadas, los ojos brillantes fijos de nuevo en la dirección hacia la que empujaban el barco.

Sin decir palabra, Shinji aferró la cuerda.

-Muchas gracias -le dijeron los hombres que manejaban el torno.

Shinji tenía mucha fuerza en los brazos. Unos instantes después el barco se deslizó sobre la arena, y las mujeres corrieron atropelladamente tras él con los «abacos».

mirar atrás una sola vez. Sentía unos deseos enormes de volver la cabeza, pero refrenó el impulso.

Shinji abrió la puerta corredera de su casa y, a la luz mortecina de la lámpara, vio el familiar *tatami*, el suelo cubierto de esteras de paja entretrejida a las que la edad y el uso habían dado una tonalidad pardo rojiza. Su hermano estaba tendido boca abajo y leía, sosteniendo un libro de texto bajo la luz. Su madre trajinaba en la cocina. Sin quitarse las botas de goma, Shinji se tendió boca arriba, la mitad superior del cuerpo sobre el *tatami* y los pies todavía en el minúsculo recibidor.

-Ah, ya estás aquí -le dijo su madre.

A Shinji le gustaba darle a su madre el sobre de la paga sin decir nada. Y ella, en su maternal fuero interno, le comprendía y siempre fingía haber olvidado que aquella era la décima jornada, el día de la paga. Sabía que a su hijo le gustaba mucho contemplar su expresión de sorpresa.

Shinji se llevó la mano al bolsillo interior de la chaqueta. ¡El dinero no estaba allí! Buscó en el bolsillo del otro lado y en los bolsillos de los pantalones, e incluso deslizó las manos por su interior.

Debía de habersele caído en la playa. Sin decir una sola palabra, salió de la casa.

Poco después de que el muchacho hubiese salido, alguien llamó a la puerta. La madre de Shinji abrió y encontró a una chica en la oscuridad del callejón.

-¿Está Shinji-san en casa?

-Llegó hace un rato, pero ha vuelto a salir.

-He encontrado esto en la playa. Y como tiene escrito

-¿Quiere que vaya a decírselo?

-Oh, ¿harías eso? Te lo agradezco muchísimo.

La oscuridad en la playa era total. Las escasas luces de Toshijima y Sugashijima brillaban al otro lado del mar. Como si estuvieran profundamente dormidos bajo la luz de las estrellas, numerosos pesqueros se alineaban en la orilla, con las proas apuntando al mar, en actitud dominante.

Hatsue atisbo la forma oscura de Shinji, pero en aquel instante el muchacho desapareció detrás de una embarcación. Se había agachado para buscar en la arena, y al parecer no había visto a Hatsue. Ésta se le acercó y permaneció ante él a la sombra de un barco, inmóvil y enojada.

Hatsue le contó lo que había ocurrido, y que había ido a decirle que el dinero ya estaba a salvo en manos de su madre. Siguió explicándole que había tenido que preguntar a dos o tres personas la dirección de su casa, pero que siempre había satisfecho la curiosidad de los demás mostrándoles el sobre que había encontrado, en el que estaba escrito el nombre de Shinji.

El muchacho exhaló un suspiro de alivio. Sonrió, y sus blancos dientes brillaron en la oscuridad. Hatsue había ido a la playa corriendo, y sus senos subían y bajaban con rapidez. A Shinji le recordaban las grandes olas azul oscuro de alta mar. Todos los suplicios de la jornada desaparecieron, y recobró el ánimo.

-He oído decir que vas a casarte con Yasuo Kawamoto -le dijo Shinji precipitadamente-. ¿Es eso cierto?

Esta pregunta provocó en ella una risa que fue en au-

-----x_i-4.....o.rt ^o+^TM;HA

El contacto fue ligero, pero Hatsue se dejó caer en la arena, todavía riendo.

Shinji se acuclilló a su lado y le sacudió los hombros.

-¿Qué te pasa? ¿A qué viene esto?

Por fin cedió el acceso de risa y la muchacha le miró a la cara con una expresión seria. Entonces volvió a reírse.

Shinji acercó el rostro al de Hatsue y le preguntó:

-¿Es eso cierto?

-¡No seas tonto! Es una gran mentira.

-Pero es lo que dice la gente.

-Te digo que es mentira.

Ambos rodeaban sus rodillas con las manos y estaban sentados a la sombra del barco.

-¡Uy, qué daño! -exclamó la muchacha-. Me he reído tanto que me duele... aquí. -Se puso la mano sobre el pecho.

Los tirantes de su descolorido mono de faena se agitaban en el lugar donde le cruzaban los senos.

-Aquí es donde duele -repitió Hatsue.

-¿Estás bien? -inquirió Shinji, y, sin pensarlo dos veces, depositó su mano en el lugar que ella indicaba.

-Cuando lo aprietas, me siento un poco mejor.

Y de improviso, también el pecho de Shinji empezó a moverse con rapidez.

Sus mejillas estaban tan próximas que casi se tocaban. Cada uno aspiraba el olor del otro, una fragancia como la del agua salada. Ambos percibían el calor del otro.

Sus labios resecos y agrietados se tocaron. Los de Hatsue tenían un ligero sabor salado. «Son como las algas», pensó Shinji.

culpabilidad que le causaba aquella primera experiencia en su vida.

-Mañana, cuando regrese de pescar, llevaré pescado a la casa del farero.

Shinji, de cara al mar, había recobrado su dignidad y pudo decir estas palabras empleando un tono viril.

Al igual que el muchacho, ella estaba mirando el mar.

-También yo iré allí mañana por la tarde -le dijo.

Los dos jóvenes se separaron y se alejaron caminando cada uno por un lado de la hilera de barcos. Shinji se dirigía a su casa, pero observó que la chica se había quedado atrás. Entonces vio su sombra proyectada sobre la arena, desde detrás de la última embarcación, y supo que se había ocultado allí.

-Tu sombra te delata -le dijo.

De repente, la figura de una muchacha vestida con un mono de trabajo de anchos tirantes echó a correr, como un animal silvestre, y se alejó a toda velocidad por la playa, sin mirar atrás.

Capítulo 6

A día siguiente, cuando regresó tras finalizar la jornada de pesca, Shinji se dirigió al faro con dos escorpinas, cada una de doce o quince centímetros de longitud, sujetas por las agallas con una cuerda de paja. Ya había subido a la parte posterior del santuario de Yashiro cuando recordó que aún no había ofrecido una plegaria de agradecimiento al dios por haberle favorecido tan pronto. Se encaminó a la fachada del santuario y rezó devotamente.

Finalizada la plegaria, Shinji contempló la bahía de Ise, cuyas aguas relucían ya a la luz de la luna, y aspiró hondo. Unas nubes suspendidas sobre el horizonte parecían dioses antiguos.

El muchacho experimentaba una sensación de total armonía con la abundancia de la naturaleza que le rodeaba. Inhaló profundamente, y fue como si una parte de ese algo invisible que conforma la naturaleza hubiera penetrado hasta el centro de su ser. Oyó el rumor del

rmnío ¿»n li /Afilia " ^"« ^^*-*»«» *>* ~" ~ ~

carencias musicales en su vida cotidiana se debía sin duda a que el mar satisfacía su necesidad.

Shinji alzó las escorpinas a la altura de sus ojos, contempló sus feas caras espinosas y les sacó la lengua. Los peces estaban todavía vivos, pero no hicieron el menor movimiento. Shinji le tocó la cabeza a uno de ellos y observó cómo se agitaba en el aire.

El muchacho iba avanzando despacio, pues no quería que el feliz encuentro se produjera demasiado pronto.

Tanto el farero como su mujer se habían mostrado muy afectuosos con Hatsue, la recién llegada. Cuando la muchacha llevaba tanto rato silenciosa que llegaban a pensar que, finalmente, tal vez no era tan atractiva, de repente rompía a reír de aquella manera encantadora, infantil; y aunque en ocasiones parecía estar en las nubes, por otro lado era muy considerada. Por ejemplo, al final de una clase de etiqueta, de inmediato Hatsue se ponía a recoger las tazas del té, un acto solícito que jamás se les habría ocurrido a las otras chicas, y, ya metida en faena, fregaba los demás platos sucios que hubiera en la cocina.

El matrimonio al cuidado del faro tenía una sola hija, que estudiaba en la Universidad de Tokyo. Sólo volvía a casa durante las vacaciones, y, en su ausencia, consideraban a las muchachas del pueblo que visitaban tan a menudo la casa como sus propias hijas. Mostraban un profundo interés por el futuro de las chicas, y cuando la buena suerte sonreía a una de ellas se ponían tan contentos como si la joven fuese su propia hija.

El farero llevaba treinta años en su puesto de trabajo, y

el fondo era un hombre bueno y amable. En su soledad había perdido toda sospecha de que los hombres pudieran albergar viles motivos. En un faro no puede existir mayor placer que el de recibir visitas. Sin duda nadie recorrería una gran distancia para visitar un faro aislado en cuyo interior anidase la mala voluntad, o por lo menos tales sentimientos desaparecerían al encontrarse con la hospitalidad sin reservas que con toda certeza recibiría. A decir verdad, sucedía exactamente lo que el farero solía decir: «Las malas intenciones no pueden viajar tan lejos como las buenas».

La señora de la casa era de verdad una buena persona y también una gran lectora. No sólo había sido en el pasado maestra en una escuela femenina rural, sino que los muchos años de su vida transcurridos en diversos faros habían estimulado todavía más su amor por la lectura, hasta tal punto que ahora poseía un conocimiento sobre casi todo rayano en lo enciclopédico. Igual que sabía que la Ópera de La Scala estaba en Milán, también sabía que determinada actriz cinematográfica de Tokyo se había torcido un tobillo, así como el lugar donde había sucedido el percance. Discutía con su marido hasta tenerlo acorralado, y entonces, como para compensarle, concentraba toda su atención en zurcirle los calcetines o prepararle la cena. Cuando tenían visitantes, la mujer charlaba por los codos. Los lugareños escuchaban embobados a la elocuente señora de la casa, e incluso algunos la comparaban desfavorablemente con sus taciturnas esposas y sentían una simpatía un tanto impertinente hacia el farero. Pero éste albergaba un gran respeto por los conocimientos de su mujer.

y ordenada como el mismo faro. De una pared colgaba un calendario de una compañía naviera, y las cenizas del hogar, un pequeño foso en el suelo de la sala, estaban siempre pulcramente amontonadas alrededor de los carbones. Pese a la ausencia de la hija, el escritorio de ésta permanecía en un rincón de la sala; en su superficie pulimentada se reflejaba el vidrio azul de un portaplumas vacío, y en ella descansaba, a modo de decoración, junto a una muñeca francesa. El baño, un recipiente cuadrado y hondo, se encontraba detrás de la casa. Calentaban el agua con los restos del aceite utilizado para lubricar la lámpara del faro. En contraste con las condiciones que reinaban en las humildes casas de los pescadores, allí incluso el estampado añil de la toalla de manos recién lavada que colgaba de la puerta del lavabo, junto a la pila, aparecía siempre limpio y lustroso.

El farero se pasaba gran parte del día al lado del hogar hundido en el suelo, fumando baratos cigarrillos Vida Nueva. Los cortaba en trozos pequeños que insertaba en una pipa tradicional, con el tubo de bambú largo y delgado y una minúscula cazoleta de latón. Durante el día, el faro quedaba sumido en un profundo silencio, y en la caseta de vigilancia sólo permanecía uno los jóvenes auxiliares que informaba sobre los movimientos de los barcos.

Aquel día, hacia el anochecer, y a pesar de que no estaba prevista una clase de etiqueta, Hatsue se presentó en la vivienda del farero, trayendo como regalo unas holuturias envueltas en papel de periódico. Bajo la falda de

Apenas había entrado Hatsue en la casa cuando la señora se puso a darle consejos, sin andarse con rodeos:

-Mira, Hatsue-san, con una falda azul deberías ponerte medias negras. Sé que tienes, porque el otro día las llevabas.

-Bueno...

Hatsue, un poco ruborizada, se sentó al lado del hogar.

Durante las clases de etiqueta y tareas domésticas, las muchachas escuchaban con bastante atención a la señora, que empleaba con ellas un tono didáctico, pero ahora, sentada con Hatsue junto al hogar, se puso a hablarle con la mayor naturalidad. Dada la juventud de la visitante, primero le habló del amor en términos generales, pero terminó haciéndole preguntas como: «¿No conoces a algún chico que te guste mucho?». En ocasiones, cuando el farero veía que la muchacha estaba desconcertada, también él le hacía alguna pregunta con ánimo bromista.

Empezó a hacerse tarde, y varias veces preguntaron a Hatsue si no tenía que volver a casa para cenar y si su padre no estaría esperándola. Finalmente fue Hatsue quien se ofreció a ayudar en la cocina.

Hasta aquel momento Hatsue se había limitado a permanecer allí sentada, ruborizada y contemplando el suelo, sin tocar los refrescos que le habían servido. Pero, una vez en la cocina, se animó en seguida. Entonces, mientras cortaba a rodajas las holoturias, se puso a entonar la tradicional canción de Ise con la que en la isla se acompañaba a la danza del *O-Bon*, en el Festival de Todas las Almas. Su tía se la había enseñado el día anterior:

Altos cofres, largos cofres, cofres de viaje.

*Pero me pides demasiado, madre:
 cuando el este está nublado, dicen que soplará el viento;
 cuando el oeste está nublado, dicen que lloverá;
 y cuando un viento bueno deja de serlo, ¡no hay duda!,
 hasta el barco más grande regresa a puerto.*

-¿Ya te has aprendido esa canción, Hatsue-san? -le dijo la señora-. Hace ya tres años que vivimos aquí y todavía no me la sé entera.

-Bueno, es casi igual que la canción que cantábamos en Oizaki -respondió Hatsue.

En aquel momento se oyó un sonido de pisadas en el exterior, y alguien habló desde la oscuridad.

-Buenas noches.

-Ah, ése debe de ser Shinji-san -dijo la señora, y se asomó al exterior desde la puerta de la cocina; entonces añadió:- ¡Bueno, bueno! Más pescado delicioso. Muchas gracias... Padre, Kubo-san nos ha traído más pescado.

-Muy agradecido -replicó el farero, sentado junto al hogar en el centro de la sala-. Pasa, Shinji, muchacho, pasa.

Durante aquellos momentos de bienvenida y agradecimiento, Shinji y Hatsue intercambiaron miradas. El muchacho sonrió, y ella también, pero de improviso la señora se dio la vuelta y ambos dejaron de sonreír.

-Ah, veo que ya os conocéis, ¿no es cierto? Claro, este pueblo es pequeño, pero tanto mejor, de modo que entra, Shinji-san... Por cierto, hemos recibido carta de Chiyoko, desde Tokyo. Ha preguntado en particular por Shinji-san. Me parece que no hay duda de quién es la

Shinji había estado a punto de entrar en la casa y quedarse un momento, pero estas palabras tuvieron el mismo efecto que si le hubiesen tirado con violencia de la nariz. Hatsue se volvió de nuevo hacia el fregadero y no volvió a mirar a su alrededor. El muchacho retrocedió hacia la oscuridad. El farero y su esposa le llamaron varias veces, pero él no regresó. Saludó desde cierta distancia con una inclinación del tronco y se apresuró a marcharse.

-Este Shinji-san... qué vergonzoso es, ¿verdad, padre?
-dijo la mujer, riendo.

El sonido solitario de su risa resonó en la casa. El farero y Hatsue ni siquiera sonrieron.

Shinji esperó a Hatsue en el lugar donde el camino se curvaba rodeando la Cuesta de la Mujer.

En aquel momento la oscuridad en torno al faro cedió el paso a la última y débil luz que quedaba de la puesta de sol. Aun cuando las sombras de los pinos se habían vuelto doblemente oscuras, el mar, allá abajo, estaba iluminado por un último resplandor crepuscular. Durante todo el día habían soplado los primeros vientos primaverales procedentes del mar, en dirección este, e incluso ahora que oscurecía el viento que entraba en contacto con la piel no era frío.

Cuando Shinji rodeó la Cuesta de la Mujer, aquel ligero viento acabó también por desaparecer, y en la oscuridad sólo quedaron los serenos haces de luz que se filtraban entre las nubes.

El muchacho miró abajo y vio el pequeño promontorio que se internaba en el mar para formar el extremo del muelle. El farero y su esposa le llamaron varias veces, pero él no regresó. Saludó desde cierta distancia con una inclinación del tronco y se apresuró a marcharse.

rededores del promontorio brillaban especialmente y en su cima se alzaba un pino rojo, con el tronco bañado por el resplandor crepuscular, perfectamente distinguible por la aguda vista del muchacho. De improviso el último rayo de luz abandonó el tronco. En lo alto, las nubes se volvieron negras y las estrellas empezaron a brillar por encima del monte Higashi.

Shinji aplicó el oído a un afloramiento rocoso y oyó el sonido de unas pisadas breves y rápidas que se aproximaban por el camino con pavimento de losas que partía de los escalones de piedra en la entrada de la residencia del farero. Se proponía ocultarse allí y gastarle a Hatsue una broma, asustándola cuando pasara por su lado. Pero a medida que los pasos se aproximaban, le abandonó el atrevimiento de asustarla. Entonces le hizo saber dónde estaba silbando un fragmento de la canción de Ise que ella había entonado antes:

*Cuando el este está nublado, dicen que soplará el viento;
cuando el oeste está nublado, dicen que lloverá; y hasta el
barco más grande...*

Hatsue rodeó la Cuesta de la Mujer, pero sus pasos no se detuvieron. Siguió caminando como si no tuviera idea de que Shinji estaba allí.

-¡Eh! ¡Eh!

Pero la muchacha continuó su avance sin volver la cabeza, y Shinji no tuvo más remedio que echar a andar en silencio tras ella.

Cuando entraron en el pinar, el camino se volvió em-

De repente la joven lanzó un breve grito. El haz luminoso de la linterna se alzó como un pájaro sobresaltado desde la base de los pinos hasta las copas.

El muchacho giró sobre sus talones. Rodeó a Hatsue, que yacía de bruces en el suelo, y la incorporó.

Mientras ayudaba a Hatsue, recordó avergonzado que poco antes la había esperado, había señalado su presencia silbando y la había seguido: aunque las circunstancias habían determinado sus acciones, la mala conciencia no dejaba de acosarle. Evitando por completo repetir la caricia del día anterior, sacudió la suciedad de las ropas de Hatsue con la solicitud con que lo haría un hermano mayor. En aquel lugar la arena seca predominaba en el suelo y la suciedad se desprendió fácilmente. Por suerte, la joven no presentaba señales de lesión alguna.

Hatsue permaneció inmóvil, como una niña, apoyando la mano en el fuerte hombro de Shinji mientras éste le sacudía la ropa. Entonces miró a su alrededor en busca de la linterna, que se le había caído. Estaba en el suelo, a su espalda, todavía arrojando su débil haz luminoso en forma de abanico que revelaba un suelo cubierto de pinaza. El denso crepúsculo de la isla se abatía sobre aquella única zona de débil luz.

-¡Mira dónde ha aterrizado! -dijo la chica en un tono alegre y risueño-. He debido de tirarla hacia atrás al caer.

-¿Por qué te has enfadado así? -inquirió Shinji, mirándola a la cara.

-Por todo eso que dicen acerca de ti y Chiyoko-san.

-¡Estúpida!

-¿Entonces no hay nada entre vosotros?

Echaron a andar uno al lado del otro, Shinji con la linterna en la mano y guiando a Hatsue por el difícil sendero como si fuese el piloto de un barco. No tenían nada en particular que decirse, por lo que Shinji, de costumbre silencioso, se puso a hablar atropelladamente para llenar el silencio.

-Algún día, con el dinero que haya ahorrado, compraré un carguero de cabotaje y me dedicaré al negocio naviero con mi hermano, transportando madera desde Kishu y carbón desde Kyushu... Entonces mi madre podrá llevar una vida cómoda, y cuando sea viejo volveré a la isla y también me tomaré las cosas con calma... Vaya donde vaya, nunca olvidaré nuestra isla... Tiene el paisaje más bonito de todo Japón -todos los habitantes de Utajima estaban convencidos de ello-, y haré cuanto esté en mi mano para contribuir a que la vida en nuestra isla sea la más apacible del mundo... la más feliz... porque, si no lo hacemos así, todo el mundo empezará a olvidar la isla y perderá el deseo de volver. Aunque cambien mucho los tiempos, las cosas muy malas, las costumbres muy malas siempre desaparecerán antes de llegar a nuestra isla... El mar sólo trae las cosas buenas y convenientes que la isla necesita... y mantiene las cosas buenas y convenientes que ya existen aquí... Por eso no hay un solo ladrón en toda la isla, sólo hay gente valiente y fuerte, gente que siempre tendrá la voluntad necesaria para trabajar como es debido y aguantar lo que venga, gente cuyo amor nunca es hipócrita, gente que desconoce la mezquindad...

Naturalmente, el muchacho no se expresaba con tanta propiedad, y su manera de hablar era confusa e incoherente, pero esto es más o menos lo que le dijo a Hatsue en aquel momento de excepcional elocuencia.

aburrida, y su rostro expresaba una verdadera comprensión y una confianza que llenaron a Shinji de alegría.

El muchacho no quería que ella le considerase frívolo, y al finalizar su serio discurso omitió adrede aquella última esperanza importante que incluyera en su plegaria al dios del mar unos días antes.

No había nada que esconder, y el sendero seguía ocultándolos en las densas sombras de los árboles, pero esta vez Shinji ni siquiera tomó la mano de Hatsue, y mucho menos pasó por su mente la idea de volver a besarla. Lo que había sucedido el día anterior en la oscura playa... no les parecía que eso hubiera sido un acto de su propia voluntad. Había sido un acontecimiento inaudito, causado por alguna fuerza ajena a ellos. Era un misterio que hubiera sucedido una cosa así. Esta vez apenas lograron convenir una cita en la torre de observación la tarde del próximo día en que los pesqueros no pudieran zarpar.

Cuando salieron de la parte posterior del santuario de Yashiro, Hatsue emitió un leve grito de admiración y detuvo su marcha. Shinji se detuvo también.

El pueblo aparecía iluminado de repente con luces brillantes. Era exactamente como la inauguración de un espectacular festival insonoro: en cada ventana había una luz brillante e indomable, una luz sin el menor parecido a la de las humeantes lámparas de petróleo. Era como si el pueblo hubiese recobrado la vida y emergido de la negra noche... El generador eléctrico, averiado durante tanto tiempo, había sido reparado.

En los alrededores del pueblo tomaron distintas direcciones, y Hatsue bajó sola los escalones de piedra y entró

Capítulo 7

JL/le

legó el día en que Hiroshi, el hermano de Shinji, tenía que ir de excursión con la escuela. Durante seis días recorrerían la zona de Osaka y Kyoto, y pasarían cinco noches fuera de casa. De este modo los jóvenes de Utajima, que hasta entonces nunca habían estado fuera de la isla, verían por primera vez el ancho mundo con sus propios ojos y realizarían un veloz aprendizaje. También los escolares de una generación anterior habían cruzado en barco a la isla principal y contemplado con los ojos como platos el primer ómnibus tirado por caballos que habían visto jamás y que les hacía gritar: «¡Mirad, mirad, un perrazo tirando de un retrete!».

Los niños de la isla adquirían sus primeras nociones del mundo exterior mediante las imágenes y textos de sus libros escolares más que por experiencia directa. Era muy difícil para ellos concebir, por la pura fuerza de la imaginación, cosas como los tranvías, los edificios altos,

imaginar esas cosas, hasta el punto de que, al final de una larga vida en la isla, ya no recordarían la existencia de los tranvías que iban y venían estrepitosamente por las calles de la ciudad.

Antes de cada excursión, en el santuario de Yashiro hacían un buen negocio con la venta de talismanes. En su vida cotidiana, las mujeres de la isla se exponían con toda naturalidad a los peligros y la muerte que acechan en el mar, pero cuando se trataba de excursiones a las ciudades gigantescas que ellas ni siquiera habían visto, las madres tenían la sensación de que sus hijos emprendían grandes aventuras que desafiaban a la muerte.

La madre de Hiroshi le había comprado dos huevos, un manjar caro en la isla, y le había preparado un almuerzo a base de huevos fritos excesivamente salados. Y en el fondo de la talega, donde el chico tardaría en encontrarlo, había metido fruta y caramelos.

Únicamente el día en que los escolares partían de viaje, el transbordador de la isla, el *Katnikaze-maru*, zarpaba de la isla a la una de la tarde, una hora muy distinta de la habitual. Tiempo atrás el testarudo veterano que capitaneaba aquel lanchón trepidante de algo menos de veinte toneladas se había negado a zarpar a una hora distinta de la oficialmente establecida, cuyo incumplimiento consideraba una abominación. Pero entonces llegó el año en que su propio hijo fue de excursión, y el hombre comprendió por fin a qué se referían las autoridades escolares cuando decían que los niños despilfarrarían su dinero si el barco llegaba a Toba mucho antes de que partiera el tren, y aceptó a regañadientes el horario que le indicaban.

La cabina del pasaje y la cubierta del *Kamikaze-maru*

ñaban a los muchachos les aterraba el enjambre de madres reunidas en el espigón. En Utajima, la posición de un maestro dependía del talante de las madres. Fueron ellas quienes cierta vez tacharon de comunista a uno de ellos y le obligaron a marcharse de la isla, mientras que otro, popular entre las madres, incluso dejó embarazada a una de las maestras, y aun así promovieron su ascenso y llegó a ocupar el cargo de subdirector.

Comenzaba la tarde de un auténtico día primaveral, y, mientras el barco zarpaba, cada madre pronunciaba a gritos el nombre de su hijo. Los muchachos, con el barboquejo de su gorra estudiantil bajo el mentón, aguardaron hasta que estuvieron seguros de que ya no podían verles desde la orilla y entonces se pusieron a gritar, alegres y divertidos:

-¡Adiós, estúpida!... ¡Hurra! ¡Al diablo contigo, vieja oca!

El barco, atestado de jóvenes con negros uniformes estudiantiles, emitió hacia la costa los reflejos de la luz que incidía en las insignias metálicas de las gorras y los botones bruñidos, hasta que se internó mar adentro...

Cuando la madre de Hiroshi estuvo de regreso, sentada en las esteras de paja de su casa, sumida en la penumbra y en un profundo silencio incluso a plena luz del día, se echó a llorar, pensando en el día en que finalmente sus dos hijos la dejarían para siempre y se harían a la mar.

Después de que el *Kamikaze-maru* hubiera atracado en el muelle de Toba, frente a la «Isla de las Perlas» de Miki-moto, y se hubiese quedado vacío de escolares, en el bar-

Utajima. Encima de la vieja chimenea había un cubo, y los reflejos del agua ondulaban en la parte inferior de la proa y sobre las grandes nasas que pendían del borde del muelle. Un almacén gris se alzaba al otro lado de la extensión acuática, con el ideograma de la palabra «hielo» pintado de blanco en la pared.

Chiyoko, la hija del farero, estaba en el extremo del muelle, con un maletín en la mano. La muchacha, que regresaba a la isla tras una larga ausencia, era insociable, y le desagradaba que los isleños le saludaran y se dirigieran a ella.

Chiyoko no se maquillaba jamás, y el sencillo traje marrón oscuro que llevaba confería a su rostro un aspecto todavía menos llamativo. Sus facciones, carentes de frescura, formaban un conjunto alegre y despreocupado que podría gustar a algunos hombres, pero su expresión era siempre de tristeza y, con una terquedad constante, insistía en considerarse falta de atractivo. Ése había sido hasta entonces el resultado más visible de los «refinamientos» que estaba aprendiendo en la Universidad de Tokyo. Sin embargo, era probable que su reflexión acerca de lo poco seductor que era su rostro vulgar fuese tan presuntuosa como si estuviera convencida de que era toda una belleza.

El padre de Chiyoko, aquel hombre bonachón, también había contribuido sin saberlo a esa triste convicción de su hija. Ésta siempre se quejaba con tal franqueza de que había heredado de él su fealdad que, incluso cuando estaba en la habitación contigua, el farero, que no tenía pelos en la lengua, decía con malhumor a sus invitados:

go la culpa. Claro que en realidad debe de ser cosa del destino.

Alguien le dio a Chiyoko una palmada en el hombro y ella se volvió. Era Yasuo Yamamoto, el presidente de la Asociación de Jóvenes. El muchacho se reía y su chaqueta de cuero brillaba bajo el sol.

-¡Hola! Bienvenida a casa. Las vacaciones de primavera, ¿verdad?

-Sí. Los exámenes terminaron ayer.

-¿De modo que has vuelto para tomar otro trago de leche materna?

El día anterior, el padre de Yasuo le había enviado a Tsu para que visitara a las autoridades de la prefectura a fin de resolver unos asuntos de la Cooperativa. Pernoctó en un hostel de Toba regentado por unos parientes y ahora se disponía a embarcar para regresar a Utajima. Se enorgullecía de demostrar a aquella muchacha que estudiaba en una Universidad de Tokyo lo bien que sabía hablar, sin ningún rastro del dialecto isleño.

Chiyoko percibió el regocijo masculino de aquel joven de su edad, cuya actitud desenvuelta parecía decir: «No hay duda de que le gusto a esta chica». Esta sensación aumentó su mal humor.

«¡Otra vez lo mismo!», se dijo. Influida tanto por su carácter como por las películas que había visto y las novelas que había leído en Tokyo, siempre deseaba que, aunque fuese una sola vez, un hombre la mirase y sus ojos dijeran «te quiero» en lugar de «me quieres». Pero había llegado a la conclusión de que jamás tendría esa experiencia en toda su vida.

-¡Eh! ¿Dónde diablos está esa carga de edredones? ¡Que alguien los encuentre!

En seguida llegó un hombre cargado con un gran fardo de edredones estampados con arabescos. Habían permanecido abandonados en el muelle, medio escondidos en las sombras del almacén.

-El barco está a punto de zarpar -dijo Yasuo.

Yasuo tomó la mano de Chiyoko para ayudarla y saltaron desde el muelle hasta la cubierta. La muchacha pensó en lo distinta que era aquella férrea mano de las manos masculinas en Tokyo, pero en su imaginación era la mano de Shinji la que notaba en la suya, una mano que no había estrechado ni una sola vez.

Se asomaron a la escotilla que daba acceso a la lóbrega cabina del pasaje, más oscura todavía para sus ojos acostumbrados a la luz del día, y apenas pudieron distinguir, por las toallas blancas que llevaban atadas alrededor del cuello o el reflejo fugaz de unas gafas, las siluetas de las personas recostadas en las esteras de paja.

-En cubierta se está mejor. Aunque haga un poco de frío, es preferible.

A fin de protegerse del viento, Yasuo y Chiyoko se sentaron detrás de la caseta del puente, apoyados en un rollo de cuerda.

El joven e irritable ayudante del capitán se les acercó.

-¡Eh! ¿Queréis levantar el culo de ahí un momento?

Dicho esto, retiró una plancha sobre la que se habían sentado y que se usaba para cerrar la escotilla de la cabina del pasaje.

En la caseta del puente, donde la pintura sucia y descascarillada revelaba a medias las fibras de la madera que

Abandonándose al estremecimiento que les comunicaba el viejo motor, Yasuo y Chiyoko contemplaron el puerto de Toba, que iba quedando atrás. Yasuo ardía en deseos de darle a entender que la noche anterior había estado en un burdel, pero decidió no hacerlo. Si fuese de un pueblo agricultor o pesquero normal y corriente, podría jactarse de su experiencia con las mujeres, pero en la gazmoña Utajima tenía que mantener la boca bien cerrada. A pesar de lo joven que era, ya había aprendido a ser hipócrita.

Chiyoko trataba de adivinar el instante en que una gaviota ascendería incluso por encima de la torre de acero del funicular aéreo que subía a la montaña detrás de la estación de Toba. Aquella muchacha, que, debido a su timidez, no había vivido aventuras de ninguna clase en Tokyo, confiaba en que, cuando regresara a la isla, le ocurriera algo extraordinario, algo que cambiara por completo su mundo.

Cuando el barco estuviera bastante alejado del puerto de Toba, daría la impresión de que incluso las gaviotas que volaban más bajo se alzaban a más altura que la torre de acero, cada vez más lejana. Pero sus ojos percibían aún la altura real de la torre. Chiyoko observaba atentamente el segundero de su reloj con correa de cuero rojo. «Si una gaviota vuela más alto que la torre en los próximos treinta segundos, eso significará que me espera algo maravilloso», se dijo.

Transcurrieron cinco segundos... Una gaviota que había volado bajo, junto al barco, de repente remontó el vuelo ¡y se alzó por encima de la torre!

⁶⁰¹ — J- ^-., ^ «.1 »»-«i-, ^V»rt/-1-»<-» míó £»o-f<iV\<5 r\ en lonn 1*P-

El barco se deslizaba dejando la isla de Sakate a babor. El cigarrillo de Yasuo se había consumido tanto que le quemaba los labios. Aplastó la colilla en la cubierta.

-Nada en particular -respondió-. Ah, sí, el generador estuvo averiado hasta hace diez días y en todo el pueblo hubo que usar faroles. Pero ya está arreglado.

-Sí, mi madre me lo contó en una carta.

-¿Ah, sí? Bueno, en cuanto a más noticias...

Yasuo entrecerró los ojos para protegerlos del resplandor del agua, que reflejaba la luz del sol primaveral. El cúter guardacostas *Hiyodori-maru* pasó por su lado a diez metros de distancia, en dirección a Toba.

-... ah, me olvidaba. El tío Teru Miyata ha traído a su hija de regreso a casa. Se llama Hatsue, y es una auténtica belleza.

-¿Y qué?

El rostro de Chiyoko se había ensombrecido al oír la palabra «belleza». La mera palabra parecía contener una crítica de su propio aspecto físico.

-La verdad es que el tío Teru me tiene en gran estima, y mi hermano mayor puede seguir al frente de nuestra familia, así que todo el mundo en el pueblo asegura que seré elegido como marido de Hatsue y adoptado por su familia.

Pronto la isla de Suga apareció a la vista, a estribor del *Kamikaze-maru*, dejando la de Toshi a babor. Por muy sereno que estuviese el tiempo, cuando un barco dejaba atrás la protección de esas dos islas las altas olas siempre hacían crujir su maderamen. A partir de aquel punto vieron muchos cormoranes que flotaban en los senos

en aquellos bajíos, donde antiguas rivalidades hicieron verter la sangre de los jóvenes de Utajima, habían sido devueltos a la isla de Toshi.

Chiyoko y Yasuo se levantaron y, mirando por encima de la baja caseta del puente, aguardaron para contemplar la silueta de una isla que pronto aparecería en el mar ante ellos...

Como siempre, Utajima se alzó por encima de la línea del mar con la forma de un casco amorfo, misterioso.

El barco se ladeó, y el pétreo casco pareció ladearse con él.

Capítulo 8

L/as labores de pesca proseguían sin que hubiera ninguna jornada de descanso a la vista. Por fin, dos días después de que Hiroshi hubiera partido de viaje con sus compañeros de escuela, azotó la isla una tormenta tan fuerte que los barcos no pudieron zarpar. Parecía que ni una sola de las escasas flores de cerezo, que estaban empezando a abrirse, se libraría de la destrucción.

El día anterior, un viento húmedo e intempestivo se abatió sobre las velas, y al ponerse el sol una extraña luz se extendió por el cielo. Había marejada, y las olas rugían en la playa; los insectos que viven en la arena se escabullían en busca de un terreno más elevado. Por la noche sopló un fuerte viento, mezclado con lluvia, y cielo y mar se llenaron de sonidos que parecían gritos humanos y agudos pífanos...

Shinji escuchaba desde su jergón las voces de la tormenta. Le bastaba aquel ruido para saber que los barcos no zarparían. Incluso hacía demasiado mal tiem-

eliminación de ratas que tenían en la Asociación de Jóvenes.

Como no quería despertar a su madre, cuya respiración-desde el jergón contiguo le indicaba que estaba dormida, Shinji se mantuvo solícitamente quieto, esperando con ansiedad que apareciera en la ventana la primera luz grisácea del día. La casa se estremecía con violencia y las ventanas matraqueaban. En algún lugar se desprendió una lámina de hojalata y cayó al suelo con un gran estrépito. Las casas de Utajima, tanto las viviendas de los ricos como las minúsculas casas de una sola planta, como la de Shinji, eran todas similares: por la puerta principal se accedía a un cuarto de trabajo cuyo suelo era de tierra, flanqueado por el lavabo a la izquierda y la cocina a la derecha, y en la negrura que precedía al amanecer, bajo los embates del viento, un solo olor se imponía en toda la casa e impregnaba su atmósfera: el olor oscuro, frío, meditativo del lavabo.

La ventana, que daba a la pared del almacén de la casa vecina, fue tornándose gris paulatinamente. Shinji contempló la intensa lluvia, que golpeaba los aleros y se extendía por los cristales. Antes detestaba los días en que no había pesca, días que le privaban del placer de trabajar y de los ingresos, pero ahora la perspectiva de un día así le parecía el más estupendo de los festivales. Era un festival glorioso, pero no por el azul del cielo y las banderas que ondeaban en lo alto de las astas rematadas con bolas doradas, sino por la tormenta, el mar enfurecido y un viento que ululaba al soplar entre las abatidas copas de los árboles.

/^~ u Genaro c& \p Visirii» ímnnortable. el muchacho

Al cabo de un momento se despertó su madre y vio la oscura silueta de un hombre contra la ventana, levemente iluminada por la luz del amanecer.

-¡Eh! -gritó la mujer-. ¿Quién anda ahí?

-Soy yo.

-Ah... ¡no me asustes así! ¿Vas hoy a pescar, con semejante tiempo?

-Los barcos no zarparán, pero...

-¿Por qué no duermes un poco más? ¡Ya ves, he pensado que había un desconocido junto a la ventana!

Lo primero que pensó su madre al abrir los ojos era bastante atinado: aquella mañana su hijo parecía de veras un desconocido. Allí estaba el Shinji que casi nunca abría la boca, cantando a voz en grito y haciendo una exhibición gimnástica al balancearse colgado del dintel de la puerta.

Como desconocía el motivo de la extraña conducta de su hijo, y temerosa de que echara la casa abajo, la madre gruñó:

-Puede que afuera haya tormenta pero, ¿qué es lo que tenemos en casa?

Innumerables veces Shinji fue a consultar el tiznado reloj de pared. Puesto que no tenía costumbre de dudar, no se preguntó ni por un instante si la muchacha desafiaría la tormenta para acudir a la cita. Le era totalmente ajena esa manera melancólica y muy eficaz de entretenerse exagerando y complicando las sensaciones, tanto las de felicidad como las de inquietud, mediante el ejercicio de la imaginación.

Cuando ya no pudo seguir soportando la espera, Shinji se puso un impermeable de soma y salió al encuentro

Unas olas embravecidas se alzaban a gran altura por encima del rompeolas, producían un estrépito tremendo y se desmoronaban. Debido al aviso de tormenta de la noche anterior, habían arrastrado los botes por la arena hasta vararlos en la playa mucho más lejos de la orilla que de ordinario. Cuando las gigantescas olas retrocedían, la superficie del agua adquiría una inclinación muy pronunciada, y daba la impresión de que el fondo del mar en la dársena iba a quedar a la vista.

El rocío de las olas, mezclado con la lluvia torrencial, alcanzó a Shinji en pleno rostro. El agua fría y salobre se deslizaba por sus mejillas enrojecidas, recorriendo los pliegues de su nariz, y el muchacho recordó el sabor de los labios de Hatsue.

Las nubes avanzaban al galope, e incluso en el oscuro cielo había una fluctuación inquieta entre la luz y la oscuridad. De vez en cuando, todavía a más altura, Shinji vislumbraba nubes iluminadas por una luz opaca, como una promesa de que el cielo se iba a aclarar, pero esas nubes desaparecían casi al instante.

Tan absorto estaba en la contemplación del cielo que una ola alcanzó sus pies y mojó la tira de cuero de la *geta*, introducida en el espacio entre el dedo gordo del pie y el contiguo. Vio en el suelo una pequeña y bella concha rosada, al parecer depositada allí por la misma ola.

Shinji recogió la concha y la examinó. Su forma era perfecta, sin la más leve muesca en su borde, delgado como papel. Pensó que sería un buen regalo y se la guardó en el bolsillo.

En cuanto terminó de comer, Shinji empezó a preparar-

los platos, hizo una pausa y le miró fijamente, pero no se atrevió a preguntarle a dónde iba: algo en la actitud de su hijo, incluso de espaldas, le advertía de que guardara silencio. Cuánto lamentaba no haber tenido por lo menos una hija, que estaría siempre en casa para ayudarla en las tareas domésticas...

Los hombres van a pescar. Suben a bordo de sus barcos de cabotaje y transportan mercancías a diversos puertos. Las mujeres, que no están destinadas a lanzarse al ancho mundo, cuecen el arroz, recogen algas y, cuando llega el verano, se sumergen hasta el fondo del mar. Incluso para una madre veterana entre las buceadoras, ese mundo crepuscular del fondo marino era el mundo de las mujeres...

Ella sabía todo esto. El interior oscuro de una casa incluso a mediodía, los severos dolores del parto, la penumbra del fondo del mar: ésa era la sucesión de mundos estrechamente relacionados en los que transcurría su vida.

Recordó lo sucedido dos veranos atrás a una de las mujeres, también viuda, una mujer frágil que tenía un niño de pecho. Se había zambullido para recoger orejas de mar y, cuando se estaba secando junto a la fogata, perdió el conocimiento. Puso los ojos en blanco, se mordió los labios azulados y se desplomó. En el crepúsculo, cuando incineraron su cuerpo en el pinar, la desolación de las buceadoras era tal que no podían mantenerse en pie, y permanecían acuclilladas sollozando.

Circuló un extraño rumor acerca de ese incidente, y algunas mujeres temieron seguir buceando. Se decía que

TM «+/-~A~ ~~~~~,~ 1—Uf-----:~.....1

La madre de Shinji hizo oídos sordos al rumor y se zambulló cada vez a más profundidad para obtener las mayores capturas de la temporada. Nunca le habían inquietado las presencias desconocidas.

Ni siquiera estos recuerdos podían hacer mella en su buen humor: presumía de su buena salud, y el rugido de la tormenta en el exterior aumentaba su sensación de bienestar, como le sucedía a su hijo.

Cuando terminó de fregar los platos, abrió las anchas faldas de su kimono, se sentó con las piernas desnudas extendidas hacia delante y las examinó minuciosamente a la luz que penetraba por las crepitantes ventanas. No había una sola arruga en los muslos maduros, espléndidamente torneados y cuya piel casi reluciente tenía el color del ámbar.

«A juzgar por cómo me conservo, aún podría tener otros cuatro o cinco hijos», pensó, pero en seguida el arrepentimiento embargó su virtuoso corazón.

Se apresuró a cubrirse con la prenda de vestir e hizo una reverencia ante la tablilla funeraria de su marido en el altarcillo doméstico.

La lluvia había convertido en un torrente de montaña el sendero que el muchacho recorría para dirigirse al faro, y borraba las huellas de sus pisadas. El viento aullaba entre las copas de los árboles. Caminaba con dificultad, debido a las botas de agua, y, como no tenía paraguas, la lluvia surcaba su cabeza casi rapada y se deslizaba por debajo del cuello de la camisa; pero él seguía avanzando, haciendo frente a la tormenta. No desafiaba a los elementos, l isual aue experimentaba una serena felicidad

Entre los troncos de los pinos atisbo el mar allá abajo, cuajado de cabrillas. De vez en cuando, las olas cubrían incluso las altas rocas en el extremo del promontorio.

Al rebasar la Cuesta de la Mujer, Shinji vio la residencia del farero, el edificio de una sola planta que parecía arrodillado bajo la tormenta, con todas las ventanas cerradas y las cortinas bien corridas. Subió los escalones de piedra que conducían al faro.

No parecía haber nadie en el interior de la caseta de vigilancia, que tenía el cerrojo echado. Al otro lado de la crujiente puerta, por cuyos cristales corrían riachuelos de lluvia, se veía el telescopio, inútilmente enfocado hacia las ventanas cerradas. Las corrientes de aire habían diseminado por la estancia los papeles que estaban sobre la mesa, en la que había una pipa y una gorra de reglamento de la Guardia Costera. De la pared pendía un calendario con una llamativa ilustración de un barco recién botado y un par de escuadras colgadas despreocupadamente de un clavo.

Shinji llegó a la torre de observación calado hasta los huecos. En un lugar tan solitario la furia de la tormenta era todavía mayor. Allí, casi en la cima de la isla, sin nada que se interpusiera entre el cielo y la tierra, la tormenta imponía todo su poder.

El edificio en ruinas, con los huecos que antes fueron ventanas abiertos en tres direcciones, no proporcionaba la menor protección contra el viento. Parecía más bien que la torre invitara a la tempestad a penetrar en sus habitaciones para deleitarse allí dentro. Las nubes cargadas de lluvia reducían el alcance del inmenso panorama del

revestimientos a derecha e izquierda, al desaparecer en el anfiteatro de negras nubes contribuían a que la turbulenta extensión pareciera ilimitada.

El muchacho bajó por la escalera exterior y se asomó a la habitación de la planta baja donde estuvo en otra ocasión para recoger la leña de su madre. Daba la impresión de que la estancia había sido utilizada en su momento como almacén, y sus ventanas eran tan pequeñas que sólo una de ellas estaba rota. Shinji constató que la pieza ofrecía un refugio ideal. Al parecer, se habían llevado, uno tras otro, la montaña de fardos de ramas de pino que estuvieron allí almacenados y sólo quedaban cuatro o cinco en un rincón.

«Es como un calabozo», pensó Shinji, mientras reparaba en el olor a moho.

Apenas se había refugiado de la tormenta cuando experimentó una repentina sensación de humedad y frío. Le acometieron unos violentos estornudos. Se quitó el impermeable y se palpó los bolsillos de los pantalones, en busca de los fósforos que la vida marinera le había enseñado a llevar siempre encima.

Antes de que encontrara los fósforos, sus dedos tocaron la concha que por la mañana había recogido en la playa. La sacó del bolsillo, la alzó a la altura de los ojos y la miró al trasluz de una ventana. La concha rosada y lustrosa resplandecía, como si aún estuviera mojada por el agua del mar. Satisfecho, el muchacho volvió a guardarla.

Extrajo de un fardo roto seca hojarasca de pino, la amontonó en el suelo de cemento y, con mucha dificultad, consiguió encender uno de los fósforos húmedos, la habitación se llenó de humo, hasta

El muchacho se quitó los pantalones empapados y los colgó cerca del fuego para que se secaran. Entonces se sentó ante la fogata y se rodeó las rodillas con los brazos. Ya no tenía nada que hacer salvo esperar.

Shinji aguardaba. Sin la menor inquietud, se entretenía introduciendo sus dedos en los agujeros del jersey negro, agrandándolos más.

Se abandonó a las sensaciones de su cuerpo, que poco a poco iba entrando en calor, y a la voz de la tormenta que rugía en el exterior; se dejó invadir por la euforia causada por su confianza y lealtad. Su incapacidad para imaginar la diversidad de factores que podrían impedir que la muchacha se presentara no le preocupaba en absoluto.

Y en ese estado de ánimo apoyó la cabeza en las rodillas y se quedó dormido.

Cuando Shinji abrió los ojos, las llamas de la fogata ardían con el mismo vigor de antes, como si sólo se hubiera amodorrado unos instantes. Pero una sombra extraña y confusa estaba en pie al otro lado del fuego, frente a él. El joven se preguntó si estaba soñando.

Quien estaba allí era una muchacha desnuda, con la cabeza inclinada y sosteniendo una camisa blanca para que se secara. De pie y con ambas manos, de las que pendía la camisa, extendidas hacia las llamas, revelaba todo el torso.

Tras cerciorarse de que no estaba soñando, a Shinji se le ocurrió que, con un poco de astucia, si fingía seguir dormido, podría contemplar a la chica con los ojos entornados. No obstante, el cuerpo femenino era demasiado hermoso para poder contemplarlo sin hacer ningún movimiento.

tes de hacer lo mismo en la torre. Cuando llegó al lugar de la cita, se encontró con el fuego y con el muchacho... profundamente dormido. Así pues, era evidente que, tras decidirse con la rapidez con que lo habría hecho una niña, se dispuso a secar tanto sus ropas como su cuerpo mojado mientras el muchacho dormía. En una palabra, la idea de que se estaba desvistiendo delante de un hombre no había pasado por su mente. Sencillamente, se desvestía ante una fogata porque era el único fuego disponible y porque estaba mojada.

Si Shinji hubiera tenido más experiencia con las mujeres, al contemplar a Hatsue desnuda, al otro lado del fuego, en las ruinas azotadas por la tormenta, habría comprendido de modo inequívoco que su cuerpo era el de una virgen. Su piel, que estaba lejos de ser pálida, era una piel acostumbrada al contacto constante con el mar y estaba tensa y lisa; y allí, en la amplitud de un pecho capacitado para las numerosas y largas inmersiones, dos senos pequeños y firmes se desviaban un poco uno del otro, como avergonzados, y erguían dos capullos de color rosado. Puesto que Shinji, temeroso de ser descubierto, apenas había abierto los ojos, la silueta de la muchacha seguía siendo un vago contorno y, visto a través de un fuego cuya luz ascendía hasta el techo de cemento armado, resultaba casi indistinguible de las llamas oscilantes.

Pero entonces el muchacho parpadeó, y por un instante la sombra de sus pestañas, magnificadas por la luz del fuego, se proyectó en sus mejillas.

Rápida como el pensamiento, la joven se cubrió los senos con la blanca camisa, que no estaba completamente seca.

había sido un error fingir que aún estaba dormido... Claro que, ¿tenía él la culpa de haberse despertado cuando lo hizo? Este razonamiento imparcial le infundió valor, y por segunda vez abrió sus ojos negros y hermosos.

La muchacha no sabía qué hacer, y ni siquiera había empezado a ponerse la camisa.

-¡Cierra los ojos! -gritó de nuevo, en un tono agudo, infantil.

Pero Shinji no volvió a fingir que cerraba los ojos. Desde niño se había acostumbrado a ver desnudas a las mujeres del pueblo pesquero, pero era la primera vez que veía desnuda a la mujer que amaba. Y, sin embargo, no comprendía que, por el mero hecho de que estuviese desnuda, se había alzado una barrera entre ellos que dificultaba las muestras de cortesía ordinarias, las confianzas naturales. Con la franqueza de la juventud, se puso en pie.

Entonces ambos se quedaron quietos, mirándose, separados por las llamas.

El muchacho se movió un poco a la derecha. Ella hizo lo mismo. Y allí estaba la fogata, alzándose para siempre entre ellos.

-¿Por qué huyes?

-¿Por qué va a ser? Porque tengo vergüenza.

Shinji no replicó: «¿Entonces por qué no te vistes?». Quería mirarla, aunque sólo fuese un poco más. Sintió que debía decir algo, y se descolgó con una pregunta infantil:

-¿Qué es lo que te haría perder la vergüenza?

Entonces la joven dio una respuesta ingenua de veras, **aunque sorprendente,**

alto, sin decir una sola palabra. Inquieto por la posibilidad de que Hatsue huyera mientras él se desvestía, permaneció ojo avizor incluso durante el momento en que se deslizaba el jersey por la cara. Entonces sus ágiles manos arrojaron el jersey a un lado, y apareció la figura desnuda de un joven, mucho más apuesto que cuando estaba vestido, tan sólo cubierto con un sucinto taparrabos. Sus pensamientos se volvieron con tal ardor hacia la muchacha que estaba ante él que por un momento perdió totalmente el sentido del pudor.

-Ahora ya no sientes vergüenza, ¿verdad?

Lanzó la pregunta a Hatsue como si estuviera interrogando a una testigo.

Sin percatarse de la enormidad de lo que estaba diciendo, la muchacha le dio una explicación sorprendente.

-Sí...

-¿Por qué?

-Porque... aún no te lo has quitado todo.

Shinji recuperó entonces el sentido del pudor, y a la luz de la fogata su cuerpo adquirió una tonalidad carmesí. Empezó a hablar, pero una sensación de sofoco le hizo interrumpirse. Entonces, acercándose tanto al fuego que casi se le quemaron las yemas de los dedos, y mirando con fijeza la camisa de la muchacha, en la que oscilaban las sombras arrojadas por las llamas, por fin logró decirle:

-Si... si apartas eso... lo haré.

En los labios de Hatsue afloró una sonrisa espontánea, pero ni ella ni Shinji tenían la menor idea de cuál podría ser el significado de su sonrisa.

-:~*-u<, ia muchacha había cu-

Shinji la contempló, y acto seguido, allí de pie, como la escultura de algún héroe, sin desviar un solo momento los ojos de Hatsue, se desató el taparrabos.

En aquel preciso momento la tormenta se manifestó con furia al otro lado de las ventanas. Hasta entonces el viento y la lluvia se habían abatido alrededor de las ruinas con la misma fuerza, pero fue entonces cuando los jóvenes repararon en que había una tormenta, en que al pie de la torre, bajo las altas montañas, el Pacífico se agitaba con un frenesí perenne.

La muchacha retrocedió unos pasos... No había salida. Estaba de espaldas contra la tiznada pared de cemento armado.

-¡Hatsue! -gritó él.

-Salta por encima del fuego y ven aquí. ¡Vamos! Si saltas por encima del fuego y vienes...

Ella respiraba entrecortadamente, pero su voz era clara y firme. El joven, desnudo, no lo dudó un instante. Se puso de puntillas, saltó y su cuerpo, resplandeciente a la luz de las llamas, voló por encima de la fogata. Al cabo de un instante se hallaba ante la muchacha. Su pecho le tocó levemente los senos.

«Blandos y al mismo tiempo firmes...; ésta es la blandura y la firmeza que imaginé el otro día bajo aquel jersey rojo», pensó, lleno de agitación.

Se abrazaron. Ella fue la primera en dejarse caer lánguidamente al suelo, atrayendo al joven en su caída.

-Las agujas de pino... -dijo Hatsue-. Hacen daño.

Shinji extendió un brazo para coger la camisa blanca e

más abajo de la cintura y, como una niña que hubiera ahuecado las manos para atrapar un insecto en un arbusto, protegió tenazmente su cuerpo con la tela.

Las palabras que pronunció a continuación estaban cargadas de virtud:

-Es malo. ¡Es malo!... Es malo que una chica haga eso antes de casarse.

-¿Crees de veras que es tan malo? -le preguntó sin convicción el alicaído muchacho.

-Es malo. -Como ella tenía los ojos cerrados, podía hablar sin ningún titubeo, empleando un tono que parecía reprobatorio y conciliador al mismo tiempo-. Ahora es malo para mí, porque he decidido casarme contigo y estaría muy mal hacer esto antes de que seamos marido y mujer.

Shinji sentía un respeto aleatorio hacia las actitudes morales. Y como aún no había conocido íntimamente a una mujer, creyó haber llegado a lo más profundo del ser de Hatsue, donde radicaba su moralidad, y no insistió más.

Sus brazos todavía rodeaban a la joven. Cada uno notaba los latidos del corazón del otro. El anhelo de un largo beso torturaba al insatisfecho muchacho, pero en un momento determinado ese dolor se transformó en un extraño júbilo.

De vez en cuando el fuego moribundo crepitaba un poco. Oían ese sonido y los silbidos del viento al pasar ante las altas ventanas, todo ello mezclado con los latidos de sus corazones. A Shinji le parecía como si el conjunto formado por esa sensación incesante de embriaguez, el confuso retumbar de las olas en el exterior y los ruidos de la tormenta entre las copas de los árboles, siguiera el ritmo violento de

Shinji se apartó de ella, y le habló en un tono viril y sereno,

-Hoy he encontrado en la playa una concha muy bonita y te la he traído.

-Oh, muchas gracias, déjame verla.

Shinji se levantó, se dirigió hacia donde estaba su ropa y empezó a vestirse. Al mismo tiempo, Hatsue se puso lentamente la camisa y luego el resto de sus ropas.

Una vez vestidos, el joven se acercó a la muchacha, que estaba sentada, y le ofreció la concha.

-¡Es preciosa! -exclamó ella, encantada, y contempló las llamas que se reflejaban en la suave superficie de la concha como en un espejo.

Entonces se la colocó en el pelo.

-Parece de coral, ¿verdad? A lo mejor podría hacerme un bonito adorno para el pelo.

Shinji se sentó en el suelo, a su lado.

Ahora que estaban vestidos, podían besarse a sus anchas.

Cuando emprendieron el regreso, la tormenta aún no había cesado, por lo que esta vez Shinji no se separó de ella más arriba del faro, no tomó un camino diferente para prevenir lo que pudieran pensar quienes vivían en él, sino que ambos siguieron el sendero algo más practicable que pasaba por detrás. Entonces, cogidos del brazo, bajaron la escalera de piedra que, partiendo del faro, pasaba ante la residencia del farero.

Chiyoko había vuelto a casa, y al día siguiente se moría de aburrimiento. Ni siquiera Shinji había ido a verla. Finalmente las chicas del pueblo fueron a la casa, donde

Había un rostro desconocido entre ellas, y Chiyoko comprendió que aquella debía de ser la Hatsue de la que Yasuo le había hablado. Las rústicas facciones de Hatsue le parecieron incluso más bonitas de lo que decían los isleños. Era ésta una curiosa virtud de Chiyoko: aunque una mujer con el mínimo grado de confianza en sí misma nunca dejaría de señalar los defectos de otra mujer, en cierto modo Chiyoko era todavía más sincera que un hombre, pues siempre reconocía todos los rasgos bellos que poseía cualquier mujer, excepto los de sí misma.

Como no tenía nada mejor que hacer, Chiyoko se había puesto a estudiar la historia de la literatura inglesa. Como no conocía ninguna de sus obras, había memorizado los nombres de un grupo de poetisas victorianas (Christina Georgina Rossetti, Adelaide Anne Procter, Jean Ingelow, Augusta Webster, Alice Meynell, entre otras), igual que si memorizase unas escrituras budistas. La memorización maquinal era la especialidad de Chiyoko. En su cuaderno de apuntes incluso dejaba constancia de las veces que los profesores estornudaban.

Su madre no se separaba de su lado, deseosa de adquirir nuevos conocimientos gracias a su hija. Fue Chiyoko quien primero expresó su voluntad de ir a la universidad, pero sólo el apoyo entusiasta de la madre consiguió vencer la renuencia paterna.

Una vida de continuos traslados de un faro a otro, de una isla remota a otra, había estimulado la sed de conocimiento de la madre, quien siempre imaginaba la vida de su hija como un ideal soñado. Ni una sola vez se percató de lo desdichada que, en el fondo, era su hija.

iii Ai~ A~ u turmpnta maHre e hiia permanecieron en

sar casi toda la noche en vela; junto con el farero, asumía sus responsabilidades con la máxima seriedad. Así que la comida del mediodía sirvió también de desayuno, algo del todo insólito, y, tras quitar la mesa, los tres permanecieron tranquilamente en casa, aislados por la tormenta.

Chiyoko empezaba a sentir nostalgia de Tokyo. Echaba de menos la capital, donde, incluso en un día tormentoso como aquél, los automóviles iban y venían como siempre, los ascensores subían y bajaban y los tranvías se deslizaban con viveza por los rieles. Allí, en la ciudad, habían uniformado, por así decirlo, a casi toda la naturaleza, y los pequeños atisbos de poder natural que quedaban se consideraban un enemigo. Los habitantes de la isla, en cambio, habían establecido entusiasmados una alianza con la naturaleza, a la que prestaban todo su apoyo.

Hastada del estudio, Chiyoko apoyó la cara en el cristal de una ventana y contempló la tormenta que le obligaba a permanecer encerrada en casa. Nada más monótono y aburrido que una tormenta. El fragor de las olas era tan persistente como la locuacidad de un borracho.

Por alguna razón, Chiyoko recordó el chismorreo acerca de una compañera de clase que había sido seducida por el hombre al que amaba. La chica se había enamorado del hombre por su dulzura y su refinamiento, y así se lo había dicho con franqueza. Después de esa noche, según el chismorreo, le quiso por su violencia y su obstinación, pero eso no se lo dijo jamás a nadie...

En aquel momento Chiyoko vio que Shinji bajaba la escalera azotada por la lluvia, con Hatsue apretada contra él.

Chiyoko estaba convencida de las ventajas de unas fac-

las emociones con mucha mayor destreza que un rostro hermoso. Sin embargo, lo que ella consideraba fealdad no era más que la máscara de yeso de una virginidad absorta en sí misma.

La joven se retiró de la ventana. Su madre, sentada junto al hogar practicado en el centro de la estancia, cosía, mientras el padre fumaba en silencio un cigarrillo Vida Nueva. En el exterior reinaba la tormenta; en la casa, la domesticidad. En ninguna parte había nadie dispuesto a prestar atención a la desdicha de Chiyoko.

Regresó a la mesa y abrió el libro de literatura inglesa. Las palabras carecían de significado, sólo había líneas de escritura que llenaban las páginas. Entre las líneas, apareció ante sus ojos una imagen de aves que revoloteaban unas a gran altura y otras cerca del suelo. Eran gaviotas.

«Cuando volvía a la isla -se dijo Chiyoko- e hice una apuesta sobre una gaviota que volara más alto que la torre de Toba... esto era lo que significaba ese signo...»

Capítulo 9

H

iroshi, que seguía de viaje, envió un mensaje con franqueo de urgencia. Estaba escrito en una tarjeta postal que mostraba el famoso templo Kiyomizu de Kyoto y tenía impreso con tampón un gran sello conmemorativo de color morado. Si lo hubiera enviado por correo ordinario, lo más probable era que él hubiese llegado a la isla antes que el mensaje. Incluso antes de leerlo, su madre se había enfadado y había comentado que era una extravagancia por parte de Hiroshi pagar aquel franqueo adicional y que hoy en día los chicos desconocían el valor del dinero.

La apretada escritura de Hiroshi se refería en su totalidad a la experiencia de haber visto su primera película, y apenas mencionaba los paisajes afamados y los lugares históricos que visitaba:

«La primera noche en Kyoto nos dieron libertad para

estrechos y duros, y cuando intentamos sentarnos en ellos fue como si estuviéramos en la percha de un gallinero. El trasero nos dolía tanto que no conseguíamos estar cómodos.

»Al cabo de unos minutos, el hombre que estaba detrás de nosotros gritó: "¡Los de delante, sentaos!". Como ya estábamos sentados, nos lo tomamos a broma. Pero entonces el hombre, muy amablemente, nos enseñó lo que debíamos hacer. Dijo que eran asientos plegables, y que si los bajábamos se convertirían en butacas. Todos nos ras-camos la cabeza, y comprendimos que habíamos cometido un estúpido error. Y al bajarlos comprobamos que, desde luego, eran unos asientos lo bastante cómodos para que se sentara en ellos el mismo emperador. Pensé que algún día me gustaría que mamá se sentara también en uno de esos asientos.»

Shinji le estaba leyendo la postal a su madre, y esa última frase hizo aflorar las lágrimas a los ojos de la mujer. Depositó la tarjeta en el templete doméstico y le pidió a Shinji que se arrodillara con ella a rezar para que, de la misma manera que la tormenta dos días antes no había impedido la excursión de Hiroshi, no le sucediera nada durante el tiempo que aún tardaría en regresar a casa, lo que haría en un par de días.

Al cabo de un minuto, como si acabara de ocurrírsele, la emprendió a insultos con Shinji, diciéndole que leía y escribía demasiado mal y que Hiroshi era mucho más inteligente que él. Lo que ella consideraba inteligencia de su hijo menor no era ni más ni menos que la capacidad

Más tarde, al anochecer, cuando ella y Shinji acudieron al baño público, la madre se encontró con la esposa del jefe de la estafeta postal y, en medio de la sala llena de vapor, se arrodilló e, inclinándose ante ella, le dio las gracias porque la postal enviada por correo certificado había llegado sin ningún incidente ni retraso a sus manos.

Shinji terminó pronto de bañarse y aguardó en la entrada de la casa de baños a que su madre saliera de la zona de mujeres. La madera tallada y pintada bajo los aleros de la casa de baños estaba desvaída y se descascarillaba en los lugares por donde salían las espirales de vapor. La noche era cálida, y el mar se mantenía en calma.

El muchacho observó que alguien estaba unos metros más adelante, en la calle, de espaldas a él, al parecer examinando los aleros de una casa. El hombre tenía ambas manos metidas en los bolsillos y golpeaba las losas del suelo con las *geta*, como si marcara el paso del tiempo. A la luz del crepúsculo, Shinji vio que llevaba una chaqueta de cuero marrón. En Utajima no todo el mundo podía permitirse el lujo de llevar una chaqueta así, y Shinji tuvo la certeza de que aquel hombre era Yasuo.

En el mismo momento en que Shinji estaba a punto de llamarle, Yasuo se dio la vuelta. Shinji le sonrió, pero Yasuo se limitó a dirigirle una mirada inexpresiva y le dio la espalda.

Shinji no se tomó esta actitud como un desaire, pero le pareció un poco rara. Entonces su madre salió de la casa de baños y el muchacho regresó a casa con ella, caminando en silencio, como de costumbre.

siguió a la tormenta, Chiyoko se había encontrado con Yasuo. Le dijo que, como había ido al pueblo de compras con su madre, había decidido visitarle, y le explicó que lo hacía ella sola porque su madre había ido a casa del director de la Cooperativa, que estaba cerca de allí.

Desde luego, la versión que le dio Chiyoko de lo que había presenciado -Shinji y Hatsue bajando juntos del monte desierto, y bien abrazados- no contribuía a hacer la situación menos comprometedora, y su revelación fue un duro golpe al orgullo de Yasuo, quien se pasó la noche entera meditando sobre lo ocurrido. Lo que Yasuo estaba haciendo cuando Shinji le vio por casualidad la noche siguiente era leer la lista que se exhibía bajo los aleros de una casa en la empinada calle que atravesaba el centro del pueblo.

En Utajima el suministro de agua potable era escaso, y alcanzaba su nivel más bajo en la época del Año Nuevo según el calendario antiguo, cuando las disputas por los derechos a disponer de agua eran interminables. Para proveerse de agua, los aldeanos contaban tan sólo con un estrecho arroyo que discurría por un lado de la calle adoquinada cuyos tramos de escalones descendían por el centro del pueblo. Durante la estación lluviosa, o tras un fuerte aguacero, el arroyo se convertía en un torrente turbio, en cuyas orillas las mujeres del pueblo hacían la colada mientras charlaban ruidosamente. También allí los niños realizaban las ceremonias de botadura de sus buques de guerra tallados en madera. Pero durante la estación seca el arroyo era casi una ciénaga seca, y la corriente ni siquiera tenía fuerza suficiente para arrastrar los desechos más pequeños.

TTt-i manantial alimpntaha al arroyo. Tal vez las lluvias

que no había ningún otro manantial en la isla. De aquí que, desde hacía mucho tiempo, las autoridades del pueblo estuvieran facultadas para determinar el orden en que los lugareños debían recoger el agua, un orden que variaba cada semana.

Sólo en el faro filtraban el agua de lluvia y la almacenaban en un depósito. El resto de las viviendas de la isla dependían exclusivamente de aquel manantial, y cada familia, cuando le tocaba el turno, debía soportar el inconveniente de que le asignaran las horas centrales de la noche para recoger el agua. Pero al cabo de unas pocas semanas, incluso el turno de medianoche ascendería gradualmente en la lista hasta llegar a las primeras horas de la mañana, las más convenientes. Recoger el agua era cosa de las mujeres.

Así pues, Yasuo examinaba la lista para la recogida del agua, colocada en el lugar más concurrido. Encontró el apellido Miyata escrito bajo la columna correspondiente a las dos de la madrugada. Ése era el turno de Hatsue.

Yasuo chasqueó la lengua. Se dijo que ojalá fuese la temporada del pulpo, pues entonces los barcos no salían a faenar tan temprano. Durante la temporada del calamar, en la que ya se encontraban, los barcos tenían que llegar a los caladeros del canal de Irako al amanecer. Así pues, a las tres de la madrugada, como máximo, en cada vivienda se preparaba el desayuno, y de las casas de los más impacientes el humo de los fuegos sobre los que cocinaban se atisbaba incluso antes de esa hora.

De todos modos, era una situación preferible a la de la semana próxima, cuando el turno de Hatsue estaba establecido a las tres de la madrugada... Yasuo se juró

Estaba examinando la lista, y acababa de tomar su firme resolución, cuando vio a Shinji en la entrada de la casa de baños. Al verle, se sintió tan molesto que, dejando de lado su formalidad habitual, le dio la espalda y apretó el paso para volver a casa.

Cuando entró en la vivienda, Yasuo miró por el rabillo del ojo la sala de estar, donde su padre y su hermano mayor se encontraban todavía, sirviéndose mutuamente el sake vespertino mientras escuchaban por la radio a una cantante de baladas cuya voz resonaba en toda la casa. Yasuo subió directamente a su habitación, en el primer piso, y con bruscos movimientos que evidenciaban su enojo se fumó un cigarrillo.

Yasuo se había hecho una idea de lo ocurrido basada en sus experiencias y su manera de pensar. Según él, puesto que Shinji había seducido a Hatsue, no había duda de que el muchacho no era virgen. Así que mientras asistía a las reuniones de la Asociación de Jóvenes y se sentaba allí con toda inocencia, rodeándose las rodillas con las manos, sonriente y escuchando atentamente lo que los demás decían, con aquel aire infantil... mientras actuaba así, mantenía a hurtadillas relaciones sexuales con mujeres. ¡El condenado zorro!

Y no obstante, dada la honestidad que reflejaba el rostro de Shinji, incluso Yasuo no podía creerle capaz de haber poseído a la chica con engaños. Así pues, la conclusión inevitable, y lo más insoportable de todo, era que Shinji había conseguido a la joven limpiamente, con una honestidad absoluta.

Aauella noche, en la cama, Yasuo se pellizcó los muslos

los celos que sentía porque éste le hubiera ganado por la mano bastaban para mantenerle despierto.

Yasuo poseía un reloj con esfera luminosa, un objeto del que se enorgullecía y siempre se jactaba. Aquella noche se lo dejó en la muñeca y se acostó sin quitarse la chaqueta y los pantalones. De vez en cuando se llevaba el reloj al oído y a menudo consultaba la esfera resplandeciente. Yasuo opinaba que la mera posesión de un reloj tan extraordinario le convertía por derecho en un preferido de las mujeres.

A la una y veinte Yasuo salió sigilosamente de la casa. En la quietud de la noche se oía con claridad el rumor de las olas y la luna tenía un brillo intenso. En el pueblo reinaba el silencio.

En toda la isla no había más que cuatro farolas, una en el espigón, dos en la empinada calle que cruzaba el centro del pueblo y una en el monte al lado del manantial. Con excepción del transbordador, todos los barcos amarrados en el puerto eran pesqueros, por lo que allí no había luces de tope que animaran la noche, y las luces de todas las casas estaban apagadas. Además, en un pueblo pesquero, con los tejados de tejas o de hierro galvanizado, no existían esas hileras de tejados gruesos y negros que tan imponentes resultan de noche en un pueblo agrícola, no existía la majestuosa solidez de los espesos tejados de paja para intimidar a la noche y mantenerla a distancia.

Yasuo subió con rapidez la calle en cuesta por la derecha, sin que sus zapatillas produjeran siquiera el sonido de pisadas. Cruzó el patio de la escuela elemental, rodeado por hileras de ciruelos cuyas flores estaban medio abiertas. El patio era un anexo reciente a la escuela

y su tronco aparecía completamente negro contra un montón de arena iluminado por la luna.

Yasuo subió los escalones de piedra al lado del arroyo hasta que llegó a un lugar donde podía oír el sonido del manantial, cuyos contornos divisaba a la luz de la solitaria farola.

Un agua cristalina brotaba entre las rocas cubiertas de musgo y caía en una cisterna de piedra por cuyo borde rebosaba. Allí la piedra tenía una capa de musgo lustroso, y daba la impresión de que no era el agua la que fluía sobre el musgo, sino que éste estaba recubierto por una capa de grueso, hermoso y transparente esmalte. Desde algún lugar, entre los árboles alrededor del manantial, un buho ululaba.

Yasuo se ocultó detrás de la farola. Se oyó un minúsculo aleteo de alas que emprendían el vuelo. El joven se apoyó en una enorme haya y aguardó, contemplando su reloj como si le desafiara a sostener durante más tiempo que él la mirada.

Pronto dieron las dos de la madrugada, y Yasuo avistó a Hatsue, que cruzaba el patio de la escuela con una vara sobre los hombros, de cada uno de cuyos extremos pendía un cubo. A la luz de la luna su contorno se dibujaba nítidamente.

Aunque el cuerpo femenino no está preparado para trabajar a medianoche, en Utajima tanto hombres como mujeres, ricos y pobres por igual, tenían que realizar sus tareas. La robusta Hatsue, endurecida por su actividad como buceadora, subió los escalones de piedra sin la menor dificultad, haciendo oscilar los cubos vacíos, y más

Por fin Hatsue depositó los cubos al lado del manantial. Ése era el momento en que Yasuo se había propuesto abalanzarse sobre ella, pero ahora titubeó y tomó la decisión de esperar hasta que ella hubiera terminado de sacar el agua. A fin de prepararse para saltar cuando llegara el momento, alzó el brazo izquierdo y asió una rama alta. Entonces se mantuvo perfectamente inmóvil, imaginando que era una estatua de piedra. Observó las fuertes manos de la joven, enrojecidas y un poco laceradas por el frío, mientras llenaba los cubos, de los que el agua rebosaba y caía con estrépito a su alrededor, y esa estampa estimuló su imaginación, de modo que por su mente cruzaron una serie de imágenes deliciosamente carnales del cuerpo sano y joven de Hatsue.

En todo momento el reloj de esfera luminosa del que Yasuo se enorgullecía tanto, y que llevaba en la muñeca de la mano con la que se sujetaba a la rama de haya, emitía su resplandor fosforescente, al tiempo que señalaba débil pero claramente los segundos. La luz y el tenue sonido despertaron a un enjambre de avispones que estaban en un nido fijado a la misma rama, y excitaron sobremanera su curiosidad.

Uno de ellos voló tímidamente hacia el reloj de pulsera y descubrió que aquel extraño escarabajo que emitía una luz resplandeciente y chirriaba metódicamente estaba protegido por una armadura de cristal fría y resbaladiza. Tal vez a causa de la decepción, el insecto volvió su aguijón hacia la piel de la muñeca de Yasuo y lo clavó allí con todas sus fuerzas.

Yasuo lanzó un grito.

un abrir y cerrar de ojos, quitó las cuerdas de la vara para transportar los cubos y, sosteniéndola en diagonal ante su cuerpo, adoptó una postura de defensa.

Incluso Yasuo tuvo que admitir que debía de ofrecer a Hatsue un aspecto lamentable. Ella retrocedió uno o dos pasos delante de él, manteniendo la misma postura defensiva.

Yasuo decidió que lo mejor sería fingir que todo aquello había sido una broma. Dejó escapar una risa absurda y dijo:

-¡Eh! Supongo que te he asustado. Has debido de pensar que era un duende, ¿no es cierto?

-¡Vaya, si es el hermano Yasuo!

-Se me ocurrió esconderme aquí y darte un susto.

-Pero... ¿a estas horas de la noche?

La muchacha no se percataba todavía de lo sumamente atractiva que era. Tal vez habría reparado en ello de haberlo pensado a fondo, pero en aquel momento aceptó la explicación que le daba Yasuo de que se había escondido allí sin otro motivo que el de asustarla.

En un instante, aprovechándose de su confianza, Yasuo le arrebató la vara y le asió la muñeca derecha. El cuero de la chaqueta de Yasuo producía unos sonidos crujientes.

El joven había recobrado por fin la confianza en sí mismo y miraba furibundo a Hatsue. Ahora su sangre fría era absoluta y, tratando de ganarse a la chica limpiamente, sin darse cuenta llevó a cabo una imitación de la manera franca y abierta que, según imaginaba, Shinji debía de haber empleado en una ocasión similar.

-De acuerdo -le dijo en un tono razonable-. ¿Escu-

nos que quieras que todo el mundo se entere de lo que hay entre tú y Shinji.

A Hatsue se le encendió el rostro, y su respiración se volvió entrecortada.

-¡Suéltame el brazo! ¿Qué quieres decir... qué es eso que hay entre Shinji y yo?

-No te hagas la inocente. ¡Como si no hubieras estado tonteando con Shinji! Desde luego, me has dado gato por liebre.

-No digas ridiculeces. No he hecho tal cosa.

-Oye, lo sé todo. ¿Qué hiciste con Shinji allá arriba, en el monte, el otro día, cuando la tormenta?... ¡Eh! ¡Mira cómo se ruboriza!... Así que ahora vas a hacer lo mismo conmigo. ¡Vamos! ¡Vamos!

-¡Apártate! ¡Apártate de mí!

Hatsue se debatió, tratando de huir.

Yasuo no estaba dispuesto a soltarla. Era evidente que si la chica lograba marcharse antes de que sucediera algo, se lo diría a su padre. Pero luego... luego se guardaría bien de decirlo. Yasuo era un lector impenitente de las revistas populares que llegaban de la ciudad y que a menudo publicaban confesiones de chicas que habían sido «seducidas». ¡Qué sensación tan maravillosa poder hacerle eso a una muchacha y, sin embargo, tener la seguridad de que ella jamás sería capaz de decírselo a nadie!

Finalmente Yasuo inmovilizó a Hatsue en el suelo, al lado del arroyo. Uno de los cubos se había volcado, y el agua avanzaba por la tierra cubierta de musgo. A la luz de la farola, las aletas nasales de Hatsue temblaban, y sus ojos, muy abiertos, brillaban. La mitad de su cabello se extendía sobre el agua derramada.

Este acto estimuló todavía más la pasión del muchacho, que, notando el movimiento de los senos bajo su pecho, aplicó la cara a la mejilla de la chica.

En aquel momento lanzó un grito y se incorporó de un salto: el avispon había vuelto a picarle, esta vez en la nuca.

Fuera de sí, Yasuo trató alocadamente de atrapar al insecto, y mientras iba frenético de un lado a otro, Hatsue bajó corriendo los escalones de piedra.

El pánico y la confusión se apoderaron de Yasuo. Estaba empeñado en atrapar al avispon, y sin embargo se las arregló de alguna manera para satisfacer su impulso de capturar nuevamente a Hatsue, aunque por unos momentos no fue consciente de sus actos ni del orden en que los ejecutaba. Sea como fuere, logró asir una vez más a la muchacha.

Apenas había conseguido tumbarla una vez más a la fuerza sobre el musgo cuando el insistente avispon se posó, esta vez en el fondillo de los pantalones de Yasuo, y le hundió el aguijón en una nalga.

Hatsue estaba adquiriendo experiencia en el arte de la huida, y cuando Yasuo se levantó de un salto, echó a correr hacia el otro extremo del manantial. Al penetrar en el bosquecillo e ir a ocultarse tras una masa de helechos, divisó una piedra de considerable tamaño. La alzó con ambas manos por encima de la cabeza, recobró definitivamente el aliento y miró abajo, al otro lado del manantial.

En realidad, hasta aquel momento Hatsue desconocía qué dios había intervenido en su ayuda. Pero entonces, mientras observaba con recelo las cabriolas de Yasuo.

yemas de los dedos, bajo la luz de la farola, los destellos de unas alitas de color dorado.

Cuando el pálido Yasuo vio que por fin había ahuyentado al insecto, se sacó el pañuelo del bolsillo y se enjugó el sudor de la cara. Entonces miró a su alrededor en busca de Hatsue. Al no verla, ahuecó las manos a modo de bocina y la llamó nerviosamente en voz baja.

Hatsue movió a propósito unos heléchos con el pie.

-Ven aquí, ¿quieres? Te prometo que no haré nada más.

-No, no voy a ir ahí.

-Ven, por favor.

Yasuo empezó a subir los escalones, y Hatsue blandió la piedra. El joven retrocedió.

-¡Eh! ¿Qué estás haciendo? Ten cuidado... eso es peligroso... ¿Qué puedo hacer para que bajes?

A Yasuo le habría gustado alejarse corriendo sin más ceremonias, pero el temor de que la chica le contara lo sucedido a su padre le obligaba a intentar persuadirla.

-¡Por favor! Haré cualquier cosa que me pidas, así que ven aquí... Supongo que se lo dirás a tu padre, ¿no es cierto?

No hubo respuesta.

-Vamos, te lo ruego, no se lo digas a tu padre, ¿eh? Haré lo que quieras con tal de que no sé lo cuentes... ¿Qué quieres que haga?

-Bueno, si sacas el agua y me llevas los cubos hasta casa...

-¿De veras?

-De veras.

seriedad y entusiasmo, de la manera más ridícula. Llenó el cubo que se había volcado, colocó las asas de cuerda de los cubos en la vara, se puso éste sobre los hombros y echó a andar...

Al cabo de un momento, miró atrás y vio que Hatsue había bajado desde el bosquecillo sin que él se hubiese percatado y le seguía a un par de metros. Ni siquiera sonreía. Cuando él se detenía, ella lo hacía también, y cuando emprendía de nuevo el descenso de los escalones, ella le imitaba.

El pueblo seguía dormido, con sus tejados bañados por la luz de la luna. Pero mientras descendían por los escalones hacia el pueblo, un escalón tras otro, les llegaban desde todas las direcciones los cantos de los gallos, una señal de que el amanecer se aproximaba.

Capítulo 10

El hermano de Shinji regresó a la isla. Las madres esperaban en el espigón para recibir a sus hijos. Lloviznaba y era imposible divisar el mar abierto. El transbordador sólo estaba a cien metros del espigón cuando su silueta apareció a través de la bruma. Todas las madres llamaban a sus hijos al mismo tiempo. Ahora podían distinguir con claridad las gorras y los pañuelos agitados en la cubierta.

El barco había llegado, pero incluso cuando desembarcaron y estuvieron delante de sus madres, aquellos alumnos de segunda enseñanza se limitaron a sonreírles un poco y siguieron bromeando entre ellos. Les desagradaba mostrar afecto a sus madres en presencia de los demás.

Tan entusiasmado estaba Hiroshi que ni siquiera en casa lograba serenarse. Todo lo que podía contar del viaje eran incidentes como el de la mañana en que estuvo

ta despertarle para que le acompañara. Pero el chico no dijo una sola palabra acerca de los célebres lugares históricos que habían visitado.

Desde luego, Hiroshi había recibido algunas impresiones profundas durante el viaje, pero no sabía expresarlas. Trataba de pensar en algo que decir, pero todo lo que se le ocurría era algo parecido a aquella vez, más o menos un año atrás, en que se divirtió de lo lindo al encerer un trecho de suelo del pasillo y observar cómo una de las profesoras resbalaba y se caía. Aquellos tranvías y automóviles relucientes, vistos por primera vez de un modo tan repentino, habían pasado como una exhalación ante sus ojos y habían desaparecido, aquellos edificios tan altos y los letreros de neón que tanto le habían impresionado... ¿dónde estaban ahora?

En casa no había cambiado nada; allí seguían el viejo armario, el reloj de pared, el templete budista, la mesa del comedor y el tocador, exactamente tal como estaban antes de que él se marchara... y la misma vieja madre. Allí estaban la cocina y las sucias esteras de paja. Todas estas cosas podían comprenderle aunque él no les dijera nada. Y, sin embargo, todas ellas, incluida su madre, insistían en que les hablara de su viaje.

Por fin, Hiroshi se tranquilizó más o menos a la hora en que Shinji regresó a casa tras la jornada de pesca. Después de la cena abrió su diario de viaje y presentó a la madre y al hermano un informe superficial de sus andanzas. Ellos se dieron por satisfechos y dejaron de hacerle preguntas acerca de la excursión.

Todo había vuelto a la normalidad. Llevaba de nuevo una vida en la que todo se comprendía sin necesidad

Rodeado por esos brazos familiares, Hiroshi se durmió profundamente.

Las vacaciones veraniegas de Hiroshi estaban a punto de terminar. Así pues, todos los días, desde que se levantaba hasta que se iba a la cama, se dedicaba con todas sus fuerzas a jugar.

En la isla abundaban los lugares donde hacerlo. Por fin Hiroshi y sus amigos habían visto las películas del Oeste de las que hasta entonces sólo habían oído hablar; jugar a indios y vaqueros se había convertido en uno de sus pasatiempos favoritos. La columna de humo que producía un incendio forestal alrededor de Motoura, en la península de Shima, al otro lado del mar, les recordaba inevitablemente las señales de humo que se alzaban de algún reducto indio.

Los cormoranes de Utajima eran aves de paso, y en aquella época del año empezaban a desaparecer uno tras otro. Ahora en toda la isla se oían con frecuencia los cantos de los ruiseñores. El empinado desfiladero que conducía a la escuela de enseñanza media se conocía como Desfiladero de la Nariz Roja debido a sus efectos sobre las narices de los transeúntes en invierno, cuando recibían una ráfaga de viento tras otra, pero ahora, por muy frío que fuese el día, las brisas que imperaban en la zona ni siquiera conseguirían colorear de rosa una nariz.

El promontorio de Benten, en el extremo meridional de la isla, proporcionaba a los chicos un escenario típico del Oeste norteamericano. El lado occidental del promontorio era por entero de piedra caliza y acababa desembocando en la entrada de una cueva, uno de los lugares más misteriosos de Utaima.

tura, pero el ventoso pasadizo que se internaba en ella se ensanchaba gradualmente y formaba una caverna con tres niveles. Hasta ese lugar reinaba en el pasadizo una oscuridad absoluta, pero en la caverna propiamente dicha dominaba una extraña y cambiante penumbra. Esto se debía a que la caverna atravesaba todo el promontorio hasta una abertura invisible en el lado oriental, por donde el mar penetraba y cuyas aguas subían y bajaban en el fondo de un profundo pozo natural abierto en la roca.

Provistos de velas, los miembros de la pandilla se adentraron en la cueva. Gritándose «¡jojo!» y «¡cuidado!» unos a otros, avanzaron reptando por el oscuro pasadizo. Cada uno veía las caras de sus compañeros flotando en la oscuridad, mugrientas a la luz oscilante de las velas, y pensaban en lo estupendo que sería tener ese aspecto bajo aquella luz si tuvieran las mejillas hirsutas de unos jóvenes matones.

Formaban la pandilla Hiroshi, Sochan y Katchan, e iban en busca del tesoro indio oculto en los más profundos recovecos de la caverna. Sochan iba delante, y cuando penetraron en la caverna, donde por lo menos podían estar de pie, la cabeza del muchacho estaba absolutamente cubierta de espesas telarañas.

-¡Vaya, menuda pinta! -corearon Hiroshi y Katchan-. Tienes todo el pelo adornado. Puedes ser el jefe.

Colocaron las tres velas debajo de una inscripción en sánscrito que algún desconocido había grabado mucho tiempo atrás en una de las paredes cubiertas de musgo.

El flujo y reflujo del mar, en el pozo que se abría en el extremo oriental de la cueva, rugía con fiereza al abatirse contra las rocas. El sonido de las olas agitadas difería por completo de aquel al que estaban acostumbrados

ciones se superponían hasta que la cueva entera rugía y daba la impresión de que se inclinaba y oscilaba de un lado a otro. Estremecidos, los chicos recordaron la leyenda según la cual, entre los días dieciséis y dieciocho de la sexta luna, siete tiburones de un blanco immaculado aparecían de improviso en el pozo que daba al mar.

En aquel juego, los muchachos cambiaban sus papeles a voluntad y pasaban de ser enemigos a amigos con la mayor facilidad. A Sochan le habían nombrado jefe por las telarañas que tenía adheridas al pelo, y los otros dos eran guardianes de la frontera, enemigos implacables de todos los indios; pero ahora, como querían preguntarle al jefe por qué las olas resonaban de un modo tan espantoso, se convirtieron de improviso en sus dos leales guerreros.

Sochan comprendió al instante el cambio que se había producido y, con una actitud muy digna, tomó asiento en una roca, bajo las velas.

-Oh, jefe, ¿qué es ese terrible sonido que oímos?

-Eso, hijos míos -respondió Sochan en un tono solemne-, es el dios que muestra su cólera.

-¿Y qué podemos hacer para apaciguar la cólera del dios? -inquirió Hiroshi.

-Bueno, veamos... Sí, no hay más alternativa que hacerle una ofrenda y entonces rezar.

Así pues, sacaron las galletas de arroz y los bollos rellenos de pasta de alubia roja que, o bien habían birlado, o bien habían recibido de sus madres, los dispusieron sobre una hoja de papel de periódico y, con gestos ceremoniosos, los colocaron sobre una roca desde la que se dominaba el pozo.

de postrarse en el suelo de piedra caliza, alzó ambos brazos, entonó un curioso e improvisado encantamiento y rezó, inclinando el torso adelante y atrás. Detrás del jefe, Hiroshi y Katchan realizaron las mismas genuflexiones. A través de los pantalones podían notar la fría superficie de la piedra en las rodillas, y los tres se sentían de veras como personajes en una película.

Afortunadamente, la cólera del dios pareció haberse aplacado y el fragor de las olas remitió un poco. Así pues, se sentaron en círculo y se zamparon las ofrendas de galletas y bollos que habían dejado sobre el altar. El sabor de los alimentos era diez veces más delicioso que de costumbre.

En aquel instante se escuchó un fragor aún más intenso, y del pozo emergió una rociada de agua que se alzó a gran altura en el espacio de la caverna. En la penumbra, la repentina rociada parecía un fantasma blanco. El agua retumbó en la caverna, y ésta volvió a dar la impresión de que se ladeaba; era como si el mar buscara la oportunidad de arrebatarse incluso a aquellos tres indios, sentados en círculo en la pétrea estancia, y arrastrarlos a sus profundidades.

Aunque se esforzaban por no aparentarlo, Hiroshi, Sochan y Katchan tenían miedo, y cuando una repentina ráfaga de viento, surgida de no se sabe dónde, hizo oscilar las llamas de las velas debajo de la inscripción en sánscrito y, finalmente, apagó una de ellas, su temor se agudizó. Pero los tres muchachos siempre intentaban superarse mutuamente en exhibiciones de valentía. Así pues, con el alegre instinto propio de los adolescentes, se apresuraron a ocul-

-¡Ah! ¡Ah! ¡Tengo miedo, mucho miedo! Oh, jefe, el dios está terriblemente enojado. ¿A qué puede deberse su cólera? Dínoslo, oh, jefe.

Sochan se sentó en un trono de piedra, tembloroso y presa de sacudidas violentas pero majestuosas, como correspondía a su calidad de jefe. Presionado para que diera una respuesta, recordó el chismorreó que, en los últimos días, corría secretamente de boca en boca por toda la isla y, sin ningún propósito maligno, decidió utilizarlo. Se aclaró la garganta y dijo:

-Es por una inmoralidad. Es por una acción perversa.

-¿Inmoralidad? -preguntó Hiroshi-. ¿Qué quieres decir?

-¿No lo sabes, Hiroshi? Me refiero a lo que tu hermano Shinji le hizo a Hatsue, la hija de Miyata, me refiero al *omekoy* y por eso el dios está enojado.

Al oír nombrar a su hermano y darse cuenta de que el otro decía de él algo deshonroso, Hiroshi se enfrentó al jefe, enfurecido.

-¿Qué es eso que, según tú, mi hermano hizo con la hermana Hatsue? ¿Qué significa *omeko*?

-¿Ni siquiera sabes eso? ¡Es lo que se dice cuando un chico y una chica se acuestan juntos!

En realidad, Sochan no sabía mucho más acerca de esa palabra, pero sí sabía dotar a su explicación de matices insultantes, e Hiroshi, en un acceso de furor, se abalanzó contra él.

Antes de que comprendiera lo que ocurría, Sochan notó que el otro le aferraba los hombros y le abofeteaba. Pero la pelea fue de una brevedad decepcionante, pues cuando Sochan cayó hacia atrás y se golpeó contra la

En la caverna sólo quedó aquella tenue luminosidad, apenas suficiente para que los tres chicos se vieran vagamente las caras. Hiroshi y Sochan todavía seguían enfrentados, con la respiración entrecortada, pero poco a poco comprendieron el riesgo que corrían al pelearse en semejante lugar.

Katchan intervino entonces:

-¡Basta de peleas! ¿No os dais cuenta de lo peligroso que es esto?

Así pues, encendieron fósforos, buscaron las velas y salieron reptando de la cueva, sin decir apenas nada...

Cuando hubieron trepado a lo alto del acantilado, bañado por la luz brillante del exterior, y llegaron a la estribación del cabo, volvían a ser tan buenos amigos como siempre, y parecían haberse olvidado por completo de que poco antes se habían trabado en una pelea. Recorrieron el estrecho sendero paralelo de la estribación del cabo, entonando una canción:

*A lo largo de la playa de Gori,
la playa donde está el Jardín de Benten-Hachijo...*

La playa de Gori era el trecho de costa más bello de la isla, a lo largo del lado occidental del cabo de Benten. Hacia la mitad de la playa se alzaba una roca enorme, llamada isla Hachijo, tan alta como una casa de dos pisos, y en aquel momento, entre las tupidas enredaderas que crecían en su cima, se distinguía a cuatro o cinco pilludos juguetones, que saludaban agitando las manos y gritaban algo.

Los tres muchachos devolvieron el saludo y siguieron caminando por la playa. Aquí y allá, en la suave hierba entre los pinos, había extensiones de tragacantos con

Katchan señaló el mar ante la ribera oriental del cabo.

En aquella ribera, la playa del Jardín tenía una cala pequeña y encantadora, en cuya entrada varios barcos a jábega flotaban inmóviles, esperando la marea. Eran los barcos desde los que se manipulaban las redes de arrastre mientras unas embarcaciones de mayor calado las arrastraban por el fondo del océano.

-¡Mirad! -exclamó también Hiroshi, y, como sus amigos, observó el mar con los ojos entrecerrados, pero lo que Sochan había dicho antes seguía pesando en su ánimo, y su peso parecía aumentar a medida que transcurría el tiempo.

Cuando Hiroshi regresó a casa, a la hora de cenar, estaba hambriento. Shinji aún no había vuelto, y su madre estaba sola y echaba leña al fogón de la cocina. El sonido crepitante de la leña se mezclaba con el del fuego, semejante al del viento, y sólo en esas ocasiones unos olores deliciosos se imponían al hedor del lavabo.

-Madre -dijo Hiroshi, tendido sobre el *tatami*.

-¿Qué?

-¿Qué significa *omeko*? Alguien me ha dicho que es lo que Shinji le hizo a Hatsue. ¿Qué quería decir?

Antes de que Hiroshi se diera cuenta, su madre había abandonado la cocina y estaba sentada muy erguida a su lado. Los ojos le brillaban de una manera extraña, le brillaban a través de unos mechones de cabello caídos que le daban un aspecto espantoso.

-¿Dónde has oído eso, Hiroshi? ¿Quién te lo ha dicho?

-Sochan.

-¡No vuelvas a decirlo jamás! No debes decírselo ni

La madre mantenía una actitud muy tolerante con respecto a los asuntos amorosos de los jóvenes, e incluso en la temporada de buceo, cuando todas sus compañeras chismorreaban mientras se secaban alrededor de la fogata, ella permanecía callada. Pero si los maliciosos chismorreos se referían a las acciones de su propio hijo, ella tenía que cumplir con su deber materno.

Aquella noche, cuando Hiroshi ya dormía, la madre se inclinó hacia el oído de Shinji y le habló en voz baja y firme:

-¿Sabes que por ahí andan diciendo cosas malas de ti y Hatsue?

Shinji sacudió la cabeza y se ruborizó. Su madre también se sentía azorada, pero insistió con una franqueza inflexible.

-¿Te has acostado con ella?

Shinji sacudió de nuevo la cabeza.

-¿Entonces no has hecho nada que pueda dar que hablar a la gente? ¿Me estás diciendo la verdad?

-Sí, te he dicho la verdad.

-Muy bien, entonces, no tengo nada más que decir. Pero ten cuidado... la gente siempre se mete en los asuntos del prójimo.

Pero la situación no tomó un mejor cariz. A la noche siguiente la madre de Shinji asistió a una reunión de la Sociedad del Dios Mono, el único club femenino, y, en cuanto ella apareció, todo el mundo dejó de hablar y pareció como si les hubieran agitado la fiesta. Era evidente que habían estado chismorreando. A la noche siguiente, cuando Shinji fue a la Asociación

de jóvenes reunidos alrededor de la mesa, hablando animadamente a la luz de una bombilla eléctrica sin pantalla. Al ver a Shinji, todos callaron un momento. El sonido del mar era lo único que se oía en la inhóspita sala, como si allí no hubiera ningún ser humano.

Como de costumbre, Shinji se sentó contra la pared, se rodeó las rodillas con los brazos y no dijo una sola palabra. En seguida los jóvenes se pusieron a hablar a la manera ruidosa de siempre, sobre otro tema, y Yasuo, el presidente, que aquel día, algo raro en él, había acudido temprano a la reunión, saludó cordialmente a Shinji desde el otro lado de la mesa. Shinji le devolvió el saludo, sonriente y sin la menor suspicacia.

Pocos días después, mientras almorzaban a bordo del *Taihei-maru* y descansaban de las faenas pesqueras, Ryuji habló como si ya no pudiera contenerse.

-La verdad es que me hierva la sangre, hermano Shin, al ver cómo Yasuo va por ahí hablando mal de ti...

-¿Eso hace? -replicó Shinji, y entonces sonrió y mantuvo un silencio viril.

La embarcación se mecía suavemente en las aguas primaverales.

De improviso, Jukichi, que de ordinario era muy taciturno, intervino en la conversación.

-Lo sé, lo sé. Ese Yasuo está celoso. El muy tunante no es más que un necio de cuidado, que se cree algo por ser hijo de quien es. Me da asco. Resulta que ahora también Shinji se ha convertido en un hombre galante y Yasuo arde de celos. No prestes ninguna atención a lo que dicen, Shinji. Si hay algún problema, estoy de tu parte.

todo el pueblo. Y, no obstante, aún no había llegado a oídos del padre de Hatsue. Entonces, una noche, se produjo el incidente del que en el pueblo no se cansarían de hablar durante meses. Tuvo lugar en el baño público.

Ni siquiera las casas más ricas del pueblo contaban con baño propio, y aquella noche Terukichi Miyata fue al baño público como de costumbre. Apartó la cortina de la entrada con un altivo gesto de la cabeza, se desvistió como si desplumara un ave y depositó sus prendas en un cesto de mimbre. La camiseta y la faja cayeron al suelo, y el hombre, chasqueando ruidosamente la lengua, recogió las prendas con los dedos de un pie y las depositó en el cesto. Era una escena pasmosa para quienes la veían, pero su actuación en el baño era una de las pocas oportunidades que le quedaban al padre de Hatsue de alardear públicamente de que, por viejo que fuese, su vigor no había mermado en absoluto.

Lo cierto era que la contemplación de su cuerpo desnudo y entrado en años causaba asombro. Los miembros, con una tonalidad entre dorada y cobriza, no mostraban ningún signo de flojedad, y por encima de sus ojos penetrantes y de la frente, que reflejaba obstinación, su cabello blanco y revuelto parecía la melena de un león. Su pecho rubicundo era el resultado de beber copiosamente durante muchos años, y ofrecía un contraste impresionante con el cabello blanco. Los músculos protuberantes se habían endurecido a causa de un prolongado desuso, y reforzaban la impresión de un peñasco que, bajo la violencia del oleaje, se ha vuelto todavía más escarpado.

Sería acertado decir que Terukichi constituía la personificación del trabajo duro, la determinación, la ambi-

pase de la nada a la riqueza en una sola generación, también tenía la suficiente estrechez de miras para no haber aceptado jamás un cargo público en el pueblo, lo cual se hacía aún más respetado entre la gente principal del lugar. La misteriosa exactitud de sus predicciones meteorológicas, su experiencia inigualable en cuestiones de pesca y navegación y el gran orgullo que sentía por saberse al dedillo la historia y las tradiciones de la isla quedaban a menudo contrarrestados por una tozudez inflexible, sus pretensiones ridículas y su belicosidad, que no se había reducido ni un ápice con el paso de los años. Pero, en cualquier caso, era un anciano que, aunque seguía vivo, podía actuar como una estatua de bronce erigida en su propio recuerdo y no parecer por ello ridículo.

Deslizó la puerta corredera de vidrio que daba acceso al baño desde el vestuario.

La sala del baño estaba bastante concurrida, y a través de las nubes de vapor se dibujaban las vagas siluetas de las personas que iban y venían. En el techo resonaban los sonidos del agua, los leves golpeteos de las jofainas de madera, la charla y las risas. En la sala abundaba el agua caliente, y en ella se experimentaba una sensación de libertad tras las fatigosas tareas de la jornada.

Rompiendo con la regla establecida, Terukichi nunca se lavaba primero antes de entrar en la piscina. Como de costumbre, avanzó con largos y dignos pasos desde la puerta hasta la piscina y, sin más, sumergió las piernas en el agua. Le daba igual la temperatura a la que estuviera. A Terukichi le interesaba tan poco el posible efecto del calor sobre el corazón y los vasos sanguíneos del cerebro como, por ejemplo, los perfumes o las corbatas.

cuenta de que se trataba de Terukichi le saludaban con corteses inclinaciones de cabeza. Entonces Terukichi se sumergió hasta el arrogante mentón.

Había dos pescadores jóvenes que se estaban lavando ante la hilera de grifos paralela a la piscina y que no habían reparado en la llegada de Terukichi. Sin bajar las voces, siguieron chismorreando sin comedimiento acerca del anciano.

-La verdad es que el tío Teru Miyata debe de estar viviendo su segunda infancia. Ni siquiera está enterado de que su chica se ha convertido en una jarra agrietada.

-Ese Shinji Kubo... qué manera de embaucar la suya, ¿no? Cuando todo el mundo lo consideraba un chico inocente, va y la roba ante las mismas narices del tío Teru.

Los que se encontraban en la piscina estaban nerviosos y mantenían los ojos apartados de Terukichi.

El semblante de Terukichi había enrojecido, pero daba una impresión de serenidad mientras salía de la piscina. Tomó en cada mano una jofaina de madera y las llenó en el depósito de agua fría. Entonces se acercó a los dos jóvenes, sin decir palabra les vertió el agua fría sobre las cabezas y propinó una patada a la espalda de cada uno.

Los jóvenes, con los ojos cubiertos de jabón y entrecerrados, se levantaron de inmediato para responder a la agresión, pero al darse cuenta de que se las habían con Terukichi, titubearon.

Entonces el anciano los aferró por el pescuezo y, aunque su piel enjabonada era resbaladiza bajo los dedos, los arrastró al borde de la piscina. Allí empujó con violencia sus cabezas, sumergiéndolas en el agua. Todavía aferrándoles los cuellos con sus manazas, sacudió las dos

Para rematar su acción, y sin lavarse siquiera, Terukichi abandonó la sala con sus largos pasos, sin dirigir una sola mirada a las espaldas de los otros usuarios, quienes se habían puesto en pie y le miraban con fijeza, mudos de asombro, mientras él se alejaba.

Capítulo 11

Al día siguiente, cuando almorzaban a bordo del *Taihei-maru*, el patrón abrió su bolsa de tabaco y sacó un trocito de papel con muchos dobleces. Con una ancha sonrisa, se lo tendió a Shinji. Pero cuando éste iba a tomarlo, Jukichi le dijo:

-Escúchame... si te doy esto, ¿me prometes que, después de haberlo leído, no empezarás a gandulear?

-No soy esa clase de persona -replicó Shinji con firmeza.

-Muy bien, es una promesa de hombre... Esta mañana, cuando pasé ante la casa del tío Teru, Hatsue salió corriendo y me puso esta nota en la mano, apretándola con fuerza. No dijo una sola palabra y volvió en seguida a la casa. Recibir una carta de amor a mis años halagaba mi vanidad, pero la abrí y ¡cómo iba empezar si no era diciendo: «Querido Shinji!»! «¡Viejo estúpido!», me dije, y estuve a punto de romper la carta y tirarla al mar. Pero entonces pensé que eso sería una vergüenza, así que te la he traído.

El delgado papel había sido doblado muchas veces hasta convertirlo en un minúsculo cuadrado, y Shinji lo abrió con tiento, procurando no desgarrarlo con sus dedos gruesos y nudosos. De los pliegues se desprendía polvo de tabaco que caía sobre sus manos. Hatsue había empezado a redactar la carta con pluma, pero, al parecer, al cabo de unas pocas líneas la tinta se le terminó y ella siguió escribiendo con un lápiz de pálido trazo. La nota, escrita con una caligrafía infantil, decía:

«... Anoche, en los baños, mi padre oyó unos chismorreos muy maliciosos acerca de nosotros, se enfadó muchísimo y me ordenó que no viera nunca más a Shinji-san. Por más que le expliqué, fue inútil, no hay manera de convencer a un hombre así. Dice que no debo salir de casa desde que los pesqueros vuelven por la tarde hasta después de que hayan zarpado por la mañana. Dice que le pedirá a la señora que vive al lado que nos traiga el agua cuando nos toque el turno. Así que no puedo hacer nada. Soy tan desgraciada, tanto, que no puedo soportarlo. Y dice que los días en que los barcos no salgan a faenar, él estará a mi lado y no me quitará los ojos de encima.

»¿Cómo podré ver de nuevo a Shinji-san? Por favor, piensa en alguna manera de reunimos. Enviarnos cartas por correo es peligroso porque el viejo administrador de la estafeta se enteraría de todo. Así pues, cada día te escribiré una carta y la pegaré bajo la tapa de la tinaja de agua que hay delante de nuestra cocina. Puedes dejar tus respuestas en el mismo lugar, pero como sería peligroso que vinieras tú mismo a buscar las cartas, te ruego que le pidas a algún amigo de confianza que lo haga por ti.

»¡De veras, Shinji-san, sigamos adelante con todas nuestras energías! Cada día rezaré ante las tablillas funerarias de mi madre y mi hermano para que Shinji-san no sufra ningún accidente. Estoy segura de que sus espíritus comprenderán cómo me siento.»

Mientras Shinji leía la nota, la expresión de su rostro alternaba, como el sol y la sombra, entre el pesar de verse separado de Hatsue y la alegría de tener aquella prueba del afecto que la muchacha sentía por él.

En cuanto el joven terminó de leer, Jukichi le arrebató el papel de las manos, como si ése fuese el deber de un portador de mensajes amorosos, y lo leyó de arriba abajo. No sólo lo hizo en voz alta, para que Ryuji se enterase, sino también empleando su peculiar tono, como si entonara una balada. Shinji sabía que Jukichi siempre leía el periódico en voz alta y en aquel mismo tono cantarín, y que ahora lo estaba haciendo sin asomo de malevolencia, pero de todos modos le dolía aquella parodia de las vehementes palabras escritas por la muchacha a la que amaba.

A decir verdad, Jukichi se sentía sinceramente conmovido por la carta y, mientras la leía, suspiraba a menudo y lanzaba exclamaciones. Al finalizar, expuso su opinión con la misma voz potente con la que daba las órdenes mientras faenaban, una voz que ahora resonó en el mar, silencioso a mediodía, en un radio de centenares de metros a la redonda.

-Hay que ver lo juiciosas que son las mujeres, ¿eh?

En la embarcación nadie podía oírle, salvo aquellos dos hombres en los que confiaba, por lo que, a instan-

equivocaba el orden de los hechos, y se saltaba detalles importantes. Tardó bastante tiempo en hacerles un breve resumen. Por fin llegó al meollo del asunto y les contó que el día de la tormenta, aunque él y Hatsue estaban desnudos y abrazados, no le fue posible salirse con la suya.

En aquel momento Jukichi, que casi nunca sonreía, se echó a reír sin poder contenerse.

-¡Si me hubiera pasado a mí...! ¡Ah, si me hubiera pasado a mí! Desde luego, vaya una manera de estropear las cosas. Pero, en fin, supongo que eso es lo que pasa cuando eres virgen. Y además la chica es tan gazmoña que lo tenías difícil de veras, pero de todos modos lo ocurrido es ridículo... Bueno, todo irá bien cuando sea tu mujer. Entonces compensarás estas cosas dándole diez bastonazos al día.

Ryuji, que tenía un año menos que Shinji, escuchaba estas palabras como si sólo las comprendiera a medias. En cuanto a Shinji, no era sensible ni era tan fácilmente conmovible como un chico de la ciudad cuando vive su primer amor, y para él las chanzas del viejo, más que molestarle, le confortaron y le ofrecieron consuelo. Las suaves olas que mecían el barco también le serenaban el corazón y ahora que había contado todo lo ocurrido se sentía en paz. Aquel entorno de duro trabajo se había convertido para él en un incomparable lugar de reposo.

Ryuji, que pasaba ante la casa de Terukichi camino de la playa, se ofreció a recoger cada mañana la carta de Hatsue fijada bajo la tapa de la tinaja.

Jukichi no solía bromear, pero esta vez lo hizo:

-Así pues, a partir de mañana serás el nuevo cartero

Las cartas cotidianas se convirtieron en el principal tema de conversación durante el almuerzo a bordo, y los tres siempre compartían la angustia y el enojo causados por el contenido de las misivas. La segunda, en particular, provocó su indignación. En ella Hatsue contaba por extenso el ataque de que había sido objeto por parte de Yasuo en el manantial y en plena noche, y las amenazas que el joven le dirigió. Fiel a su promesa, Hatsue no lo había contado, pero Yasuo se vengó difundiendo por todo el pueblo aquella falsedad acerca de ella y Shinji. Entonces, cuando su padre le prohibió que volviera a ver a Shinji, ella se lo contó todo sinceramente, incluida la escandalosa conducta de Yasuo, pero su padre no hizo nada al respecto, y no sólo eso, sino que la relación con la familia de Yasuo era tan amistosa como siempre, y ambas familias seguían visitándose con la misma frecuencia. Pero ella no podía ver a Yasuo ni en pintura. Terminaba la carta asegurando a Shinji que jamás bajaría la guardia contra Yasuo.

Ryuji se mostró inquieto por Shinji, e incluso a éste le brillaron los ojos con una expresión de cólera, que no era nada frecuente en él.

-Todo esto me pasa porque soy pobre -comentó Shinji.

El muchacho no solía expresarse de un modo tan quejumbroso, y notó que las lágrimas afloraban a sus ojos, y no por el hecho de ser pobre, sino por haber sucumbido a la debilidad y haberse quejado así. Entonces tensó el rostro con todas sus fuerzas, rechazando aquellas lágrimas inesperadas, y logró evitar que su vergüenza se duplicara si los otros le veían llorar.

Tuo+<> 1^7 TnlrirVii nn qe prhíS a reír.

mir cigarrillos. Aquel día tocaban cigarrillos. Los días en que fumaba en pipa no paraba de golpear el anticuado objeto, con una minúscula cazoleta de latón, contra el costado de la embarcación, costumbre que había acabado produciendo una pequeña muesca en cierto lugar de la borda. Como apreciaba mucho su barco, había decidido prescindir de la pipa uno de cada dos días y fumar entonces cigarrillos Nueva Vida, que insertaba en una boquilla de coral que él mismo había tallado.

Jukichi desvió la mirada de los dos jóvenes y, con la boquilla de coral entre los dientes, contempló la brumosa extensión de la bahía de Ise. El cabo Moro, en el extremo de la península de Chita, se vislumbraba a través de la bruma.

El rostro de Jukichi Oyama parecía de cuero. El sol lo había quemado de tal manera que era casi negro, incluso los surcos de sus profundas arrugas, y relucía como cuero lustrado. Tenía unos ojos vivos, de mirada penetrante, pero habían perdido la claridad de la juventud y parecían vidriados con la misma suciedad correosa que le revestía la piel, de modo que podían resistir cualquier luz, por intensa que fuese.

Debido a su edad y su gran experiencia como pescador, sabía aguardar sin inmutarse.

-Bueno -dijo al cabo de un rato-, sé exactamente lo que estáis pensando. Tenéis la intención de darle una paliza a Yasuo, aunque eso no servirá de nada... hacedme caso. Un necio es un necio, así que debéis dejarle en paz. Supongo que es difícil para Shinji, pero la paciencia es lo principal, es lo que se necesita para pescar. Ahora todo irá bien, ya lo veréis. La justicia vencerá, aunaue

de uno podrido. Dejad en paz a Yasuo. Al final vencerá la justicia.

Aunque siempre lo hicieran con un día de retraso, los rumores llegaban al faro con las entregas cotidianas del correo y los alimentos. Y la noticia de que Terukichi había prohibido a Hatsue ver a Shinji hizo que los sentimientos de culpa embargaran el ánimo de Chiyoko. Se consoló diciéndose que Shinji desconocía que ella había sido la causante de aquel chismorreo basado en una falsedad. Pero de todos modos, cuando Shinji acudió a la vivienda con el pescado para la familia del farero, la joven, completamente deprimida, no pudo mirarle a la cara. Por otro lado, sus cariñosos padres, que no sabían cuál era el motivo, estaban preocupados por el malhumor de Chiyoko.

Las vacaciones de primavera de Chiyoko finalizaron y llegó el día en que tuvo que regresar a su residencia estudiantil en Tokyo. Era incapaz de confesar lo que había hecho y, sin embargo, tenía la sensación de que no podía regresar a Tokyo sin haberle pedido a Shinji que le perdonara. Si no confesaba su culpa, Shinji no tendría ningún motivo para estar enojado con ella, pero de todos modos quería pedirle perdón.

Así pues, se las ingenió para que la invitaran a pasar la noche anterior a su partida hacia Tokyo en casa del administrador de correos en el pueblo, y a la mañana siguiente, antes de que amaneciera, salió sola.

En la playa, los pescadores ya estaban atareados con los preparativos para iniciar la jornada de pesca e iban de un lado a otro a la luz de las estrellas. Las embarcaciones, a las que unos, estimulados por los gritos de sus compa-

gana, hacia el borde del agua. No se distinguía nada con nitidez, salvo el blanco de las toallas y los paños para enjugar el sudor que los hombres se habían colocado alrededor de la cabeza.

A cada paso que daba, las *geta* de Chiyoko se hundían en la fría arena, y, a su vez, la arena se deslizaba con un susurro por los arcos de sus pies.

Todo el mundo estaba atareado y nadie miraba a Chiyoko. Ésta se dio cuenta, avergonzada, de que todas aquellas personas estaban inmersas en el monótono pero poderoso torbellino en que consistía ganarse el sustento cotidiano, consumiendo sus energías físicas y anímicas, y ninguna de ellas respondía al tipo de persona que estaría absorta en problemas de índole sentimental como los suyos.

No obstante, Chiyoko escudriñaba ansiosa la oscuridad del amanecer en busca de Shinji. Todos los hombres vestían de la misma manera y era difícil distinguir sus rostros a la media luz de la mañana.

Por fin un barco alcanzó las olas y flotó en el agua como si se hubiera liberado de un estrecho confinamiento. Guiada por su instinto, Chiyoko dirigió sus pasos hacia aquella embarcación y llamó a un joven que tenía una toalla blanca enrollada a la cabeza.

El joven se disponía ya a saltar a bordo, pero se detuvo y se dio la vuelta. Su rostro sonriente revelaba la blancura de dos limpias hileras de dientes, y Chiyoko tuvo la certeza de que era Shinji.

-Me marcho hoy y quería despedirme de ti.

-Ah, ¿te marchas...? -después de decir esto, Shinji emitió un silencio, y entonces, emitiendo un tono de voz

Shinji tenía prisa, y al comprenderlo, Chiyoko se sintió todavía más azorada que él. No le salían las palabras, y mucho menos una confesión. Cerró los ojos, rogando que Shinji se quedase allí sólo un instante más. En aquel momento comprendió que, en realidad, su necesidad de pedirle perdón no era más que una máscara para ocultar el deseo que experimentaba desde hacía mucho tiempo de que Shinji fuese amable con ella.

¿De qué quería ser perdonada, aquella muchacha tan convencida de su fealdad? De improviso, sin detenerse a pensarlo, le hizo la pregunta que siempre retenía en el fondo de su corazón, una pregunta que probablemente jamás le habría hecho a nadie salvo a aquel muchacho.

-Dime, Shinji... ¿tan fea soy?

-¿Cómo? -replicó él, con una expresión de perplejidad.

-Mi cara... ¿es tan fea?

Chiyoko confiaba en que la oscuridad del amanecer le protegiera la cara, dándole una apariencia de hermosura, por leve que fuese. Pero el mar, hacia el este... ¿no estaba ya clareando?

La respuesta de Shinji fue inmediata. Como tenía prisa, rehuyó una situación en la que una respuesta demasiado lenta habría dolido profundamente a la muchacha.

-¿Por qué dices eso? Eres bonita -le dijo, con una mano en la popa y un pie iniciando ya el salto que le depositaría a bordo-. Eres bonita -repitió.

Como todo el mundo sabía, Shinji era incapaz de adulación. Ahora, apremiado por la falta de tiempo, se había limitado a dar una respuesta oportuna a la insistente pregunta de la joven.

El barco empezó a moverse, y Shinji la saludó alegre-

Y la muchacha que estaba en pie al borde del agua se sintió feliz.

Horas después, los padres de Chiyoko bajaron desde el faro para despedirla, y mientras hablaba con ellos el rostro de su hija estaba radiante. Les sorprendió constatar lo feliz que se sentía porque regresaba a Tokyo.

El *Kamikaze-maru* se apartó del espigón y Chiyoko se quedó por fin a solas en la cálida cubierta. Entonces su felicidad, en la que había reflexionado sin cesar durante toda la mañana, fue completa.

«¡Me ha dicho que soy bonita! ¡Me ha dicho que soy bonita!» Chiyoko repitió de nuevo el estribillo que, desde aquel momento, se había dicho centenares de veces a sí misma.

«Eso es lo que ha dicho, y me basta. No debo esperar nada más. He de darme por satisfecha con eso y no esperar que, además, me quiera... ¡Qué mal me he portado con él! ¡Qué terrible desdicha le han causado mis celos! Y, sin embargo, él ha respondido a mi maldad diciéndome que soy bonita. Debo compensarle... de alguna manera debo hacer lo que pueda por recompensar su amabilidad...»

Una extraña irrupción de cantores cuya melopea se expandía por el mar sacó a Chiyoko de su ensoñación. Buscó el origen del jaleo y vio una flotilla de embarcaciones, cubiertas de estandartes rojos, que navegaban en dirección al canal de Irako.

-¿Quiénes son? -preguntó la muchacha al joven ayudante del capitán, que estaba enrollando un calabrote en

y Yaizu, en la bahía de Suruga, y sus familiares se dirigen a Toba en los pesqueros del bonito. En esos estandartes figuran los nombres de los barcos. Se lo pasan en grande bebiendo, cantando y jugando durante toda la travesía.

Los estandartes rojos se fueron haciendo más nítidos, y cuando los raudos pesqueros que avanzaban hacia alta mar se aproximaron al *Kamikaze-maru*, las voces de los cantores transportadas por el viento se hicieron casi estridentes.

Una vez más, Chiyoko se repitió:

-Me ha dicho que soy bonita.

Capítulo 12

L

/a primavera se había ido aproximando a su final. Aún era demasiado temprano para que apareciesen los arbustos de *hamayu*, con sus flores parecidas a lirios que crecían en los acantilados del lado oriental de la isla, pero una variedad de flores coloreaban aquí y allá los campos. Los niños habían vuelto a la escuela, y algunas mujeres ya se zambullían en las frías aguas para recoger algas. En consecuencia, ahora era mayor el número de casas que permanecían vacías durante el día, con las puertas sin echar el cerrojo y las ventanas abiertas. Las abejas entraban en las casas vacías, volaban solitarias en su interior y a menudo se sobresaltaban al chocar de cabeza contra un espejo.

Nada ducho en intrigas, Shinji había sido incapaz de descubrir la manera de reunirse con Hatsue. Aunque hasta entonces sus encuentros habían sido pocos y muy espaciados, la alegre expectativa de su próxima reunión había hecho soportable la espera. Pero ahora sabía que

dular que le había hecho a Jukichi le impedía tomarse un solo día libre. Así pues, cada noche, cuando regresaba de pescar, lo único que podía hacer era esperar a que las calles se quedaran vacías y entonces merodear por los alrededores de la casa de Hatsue.

A veces se abría una ventana del piso superior y Hatsue se asomaba. Excepto en las afortunadas ocasiones en que la luna tenía el brillo adecuado, su rostro quedaba sumido en la penumbra. De todos modos, la aguda vista del muchacho le permitía ver con claridad incluso las lágrimas que humedecían los ojos de su amada. Hatsue nunca hablaba, por temor a que los vecinos se enterasen. También Shinji, desde detrás del muro de piedra que delimitaba el pequeño huerto en la parte trasera de la casa, se limitaba a permanecer allí y contemplar el rostro de la chica sin decir una sola palabra. La carta que Ryuji le entregaría sin falta al día siguiente trataría por extenso del dolor ocasionado por un encuentro tan efímero, y mientras Shinji leía las palabras, la imagen y la voz de Hatsue acababan fundiéndose, y en su mente la muchacha callada a la que había visto la noche anterior hablaba y se movía.

Esos encuentros también le resultaban penosos a Shinji, y a veces prefería aliviar sus emociones acumuladas deambulando por los lugares de la isla que nadie frecuentaba. En ocasiones su paseo se prolongaba hasta el antiguo túmulo del príncipe Deki. Los límites exactos del túmulo no estaban claros, pero en el punto más elevado se alzaban siete pinos en medio de los cuales había un pequeño *torii* y un santuario.

La leyenda del príncipe Deki y el santuario de los pinos

Año Nuevo lunar, se abrió brevemente la extraña caja que descansaba en el santuario y a las parejas mayores de sesenta años se les permitía atisbar fugazmente el objeto que contenía y que parecía ser la insignia en forma de abanico de un antiguo noble, pero nadie sabía cuál era la relación entre aquel misterioso tesoro y el príncipe Deki. Hasta una generación atrás, los niños de la isla llamaron *eya* a sus madres, y según decía, el motivo era que el príncipe había llamado a su esposa *heya*, que significa «habitación», y que su heredero había pronunciado mal la palabra, diciendo *eya*, sin aspirar la hache, cuando intentaba imitar a su padre.

Sea como fuere, cuenta la leyenda que hace mucho, mucho tiempo, el príncipe llegó a la isla en un barco dorado a la deriva, desde tierras muy lejanas, se casó con una muchacha isleña y, cuando murió, lo enterraron en un túmulo imperial. No existe información alguna acerca de la vida del príncipe ni circulan acerca de él ese tipo de relatos trágicos que suelen arraigar y quedar para siempre vinculados a una figura tan legendaria. Si se da por sentado que la leyenda se basa en hechos reales, ese silencio indica que la vida del príncipe Deki en Utajima debió de ser tan feliz y tranquila que no dio lugar al nacimiento de cuentos trágicos.

Tal vez el príncipe Deki fue un ser celestial que descendió a una tierra innominada. Tal vez vivió en la tierra sin ser reconocido e, hiciera lo que hiciese y por más que se empeñara, nunca dejó de ser feliz ni de recibir las bendiciones celestes. Tal vez sea ése el motivo por el que sus restos se enterraron en un túmulo desde donde se abarca

Pero el muchacho sólo conocía la desdicha mientras deambulaba por el santuario hasta que le venció la fatiga. Entonces se sentó distraídamente en la hierba, se rodeó las rodillas con los brazos y contempló el mar iluminado por la luz lunar. La luna estaba rodeada por un halo que predecía lluvia para el día siguiente.

Por la mañana, cuando Ryuji se detuvo ante la casa de Hatsue para recoger la carta diaria, vio que ésta sobresalía un poco bajo un ángulo de la tapa de madera de la tinaja, cubierta con una jofaina metálica para evitar que la lluvia la mojara.

Siguió lloviendo durante toda la jornada de pesca, pero Shinji logró leer la carta durante el descanso de mediodía, protegiendo el papel con su impermeable.

Era muy difícil descifrar la caligrafía de la muchacha, que le explicaba que estaba escribiendo en la cama, a primera hora de la mañana, y que lo hacía a oscuras para no despertar las sospechas de su padre si encendía la luz. Normalmente le escribía las cartas a ratos perdidos durante el día y se las «enviaba» antes de que los pesqueros zarparan a la mañana siguiente, pero aquella mañana tenía que decirle algo en seguida, por lo que había roto la larga carta de la víspera y le escribía aquella en su lugar.

Hatsue seguía diciéndole que había tenido un sueño afortunado, en el que un dios le revelaba que Shinji era una reencarnación del príncipe Deki. Entonces se casaban, eran felices y tenían un hijo que parecía una joya.

Shinji sabía que Hatsue no podía estar enterada de su visita a la tumba del príncipe Deki la noche anterior. Este misterioso acontecimiento le impresionó tanto que

*A(*r|t\z\ pQrrihir a T-íatsne una larca carta aauella noche.*

Ahora que Shinji trabajaba para mantener a la familia, ya no era necesario que su madre se zambullera cuando el agua estaba aún fría, y por ello esperaba al mes de junio para iniciar las inmersiones. Pero siempre había trabajado con ahínco, y ahora, a medida que el tiempo se suavizaba, se sentía insatisfecha sin otra cosa que hacer que las tareas domésticas. Cuando estaba desocupada, tendía a dejar que le acosaran toda clase de preocupaciones innecesarias.

Nunca dejaba de pensar en la desdicha de su hijo. Shinji era ahora completamente distinto del que había sido tres meses atrás. Estaba tan taciturno como siempre, pero la juvenil alegría que iluminaba su semblante incluso cuando permanecía en silencio había desaparecido.

Una mañana, cuando terminó de zurcir, se enfrentó al hastío de la tarde, y empezó a preguntarse ociosamente si ella no podría hacer algo por aliviar el sufrimiento de su hijo. La casa no era soleada, pero sobre el tejado del almacén contiguo contemplaba el cielo tranquilo de la primavera tardía. Tomó una decisión y salió de casa.

Fue directamente al rompeolas y contempló las olas que se deshacían al romper. Al igual que su hijo, también ella, cada vez que necesitaba meditar en algo, iba a buscar el consejo del mar.

Sobre el rompeolas se extendían las cuerdas de las que pendían los recipientes para la pesca del pulpo, puestas allí a secar, y en la playa, en la que ahora apenas si quedaba alguna embarcación varada, se extendían las redes, puestas también a secar. La madre vio una mariposa solitaria que voló caprichosamente desde las redes extendidas hacia el rompeolas. Era una mariposa con las alas

rente entre los aparejos de pesca y el cemento armado. Las casas de los pescadores no tenían jardines dignos de ese nombre, sino tan sólo unos descuidados macizos de flores a lo largo de los senderos estrechos, con vallas de piedra, y seguramente la mariposa había llegado hasta la playa debido a la aversión que le inspiraban aquellas flores insignificantes.

Más allá del rompeolas el fondo del mar siempre estaba agitado y el agua tenía un turbio color amarillo verdoso. Cuando las grandes olas llegaban a las rocas y se fragmentaban, las aguas verdosas recordaban la forma de las hojas de bambú sacudidas por el viento. La madre observó que la mariposa se alzaba del rompeolas y volaba cerca de la superficie del agua turbia. Allí pareció descansar un momento, con las alas plegadas, y entonces remontó de nuevo el vuelo.

«Qué mariposa tan extraña -se dijo la mujer-. Está imitando a una gaviota.» Y esta idea hizo que su atención se concentrara en el insecto.

La mariposa volaba alto, tratando de alejarse de la isla, y se internaba en la brisa marina. Por suave que pareciera, la brisa tiraba de sus tiernas alas. Pero, a pesar de esa resistencia, la mariposa logró adentrarse en el mar. La madre la contempló hasta que fue sólo una mota negra contra el cielo deslumbrante.

Durante largo rato la mariposa siguió aleteando en un ángulo de su campo visual, y entonces, volando bajo y con vacilación sobre la superficie del agua, regresó al rompeolas, hechizada por la extensión y el brillo del mar, sin duda desesperada porque la isla vecina parecía muy próxima, pero en realidad estaba muy lejos. Se posó en

La madre no tenía fe en los signos y las supersticiones, y, sin embargo, el inútil esfuerzo de la mariposa le ensombreció el ánimo.

«¡Estúpida mariposa! Si quiere marcharse, lo único que ha de hacer es posarse en el transbordador y viajar como una señora.»

Y, no obstante, ella misma, que no tenía nada que hacer fuera de la isla, llevaba muchos años sin subir al transbordador.

En aquel momento sintió que un valor temerario inundaba su pecho. Se alejó rápidamente del rompeolas, con pasos firmes. Se cruzó con una buceadora, que le saludó y que quedó muy sorprendida cuando la madre de Shinji siguió adelante, como sumida en sus pensamientos, sin devolverle siquiera el saludo.

Terukichi Miyata era uno de los hombres más ricos del pueblo, aunque su casa sólo se diferenciaba de las demás en que era algo más nueva. Por lo demás, ni siquiera podía decirse de ella que el tejado se alzaba por encima de las casas vecinas. El edificio carecía de cancela y muro de piedra, y tampoco se distinguía de los otros por su disposición: el hoyo del que se extraían los excrementos para usarlos como abono estaba a la izquierda de la puerta principal, y la ventana de la cocina a la derecha, ambos huecos remarcando pomposamente su idéntica jerarquía, de la misma manera que el ministro de la Izquierda y el de la Derecha ocupan sus lugares de honor en el expositor escalonado donde se colocan los muñecos que representan a la corte y que se exhibe en el Festival de las Niñas. Y sin embargo, como se levantaba en una

armado en el nivel inferior, donde finalizaba la pendiente. Esa pieza se utilizaba como almacén y sus ventanas daban directamente a la estrecha calle.

Junto a la puerta de la cocina había una tinaja de agua lo bastante grande para que un hombre pudiera esconderse en su interior. La tapa de madera, bajo la que Hatsue dejaba su carta cada mañana, parecía proteger el agua del polvo y la suciedad, pero en verano no podía impedir el paso de mosquitos y otros insectos voladores que de improviso aparecían muertos y flotando en el agua del recipiente.

La madre de Shinji titubeó un momento antes de entrar en la casa. El mero hecho de visitar el hogar de los Miyata, con los que no tenía una relación estrecha, bastaría para desatar las lenguas de los lugareños. Miró a su alrededor y no vio a nadie. Sólo se veían unas pocas gallinas que escarbaban en el callejón y el color del mar allá abajo, distinguible a través de unas azaleas en la casa vecina.

La mujer se llevó la mano al cabello, descubrió que aún estaba despeinado por culpa de la brisa marina, se sacó del seno un pequeño peine de celuloide rojo al que le faltaban varias púas y se apresuró a peinarse. Vestía sus ropas de diario. Bajo el rostro, sin maquillaje, se iniciaba el pecho, quemado por el sol; llevaba la chaqueta y los pantalones ceñidos con elásticos a los tobillos que constituían su ropa de faena, ambas prendas con numerosos parches, y calzaba *geta*.

Tenía los dedos de los pies endurecidos por los cortes y moratones porque, como era costumbre entre las buceadoras, siempre golpeaba el fondo marino para subir a la superficie, y las uñas eran gruesas y estaban muy retorcidas. Desde luego no podría decirse que sus pies

Abrió la puerta y entró en el taller central. Varios pares de *geta* aparecían esparcidos en desorden sobre el suelo de tierra, uno de ellos del revés. Otro par, con las correas de color rojo, parecía haber regresado poco antes de un viaje marítimo. Todavía se advertía arena mojada, con el contorno de las suelas de los pies, en las superficies de madera.

Reinaba el silencio en la casa y el olor del lavabo impregnaba la atmósfera. Las habitaciones contiguas a la estancia con el suelo de tierra estaban a oscuras, pero la luz del sol, que penetraba a través de una ventana en la parte posterior de la casa, iluminaba una pequeña extensión, como un paño de envolver de color azafranado, en medio del suelo de una de las habitaciones del fondo.

-Buenos días -dijo la madre de Shinji.

Aguardó un rato, y no obtuvo respuesta. Repitió el saludo.

Hatsue bajó por los empinados escalones que estaban a un lado de la habitación con suelo de tierra.

-¡Hola, tía! -exclamó. Llevaba unos pantalones de faena de color apagado y tenía el pelo recogido con una cinta amarilla.

-Qué cinta tan bonita -comentó la madre. Mientras le hablaba, inspeccionó minuciosamente a aquella chica de la que su hijo estaba tan enamorado.

Tal vez era producto de su imaginación, pero el rostro de Hatsue le parecía un tanto demacrado, el cutis un poco pálido. Y por ello sus ojos negros, claros y brillantes, resaltaban todavía más.

Al darse cuenta del examen al que estaba siendo sometida, Hatsue se ruborizó.

Hasta entonces la madre de Shinji no había perdido

conseguiría que los chicos se casaran. La situación sólo podía solucionarse si los padres de ambos hablaban del asunto cara a cara.

-¿Está tu padre en casa?

-Sí.

-Tengo que hablar con él. ¿Quieres decírselo?

-Espera un momento.

Hatsue subió las escaleras con una expresión de inquietud en el rostro.

La madre se sentó en el escalón que comunicaba la habitación con suelo de tierra con la vivienda propiamente dicha...

Aguardó un buen rato, y echó de menos los cigarrillos, que no se había traído. Mientras esperaba, su valor fue mermando. Empezó a comprender la locura a que le había conducido su imaginación.

-Mi... mi padre dice que no quiere verte.

-¿Que no quiere verme?

-Así es, eso me ha dicho.

Esta réplica destruyó por completo el valor de la madre, y la humillación que experimentaba espoleó su cólera. En un instante recordó su larga vida de duro trabajo y sudor, y todas las penalidades a las que, como viuda, había tenido que enfrentarse. Entonces, en un tono de voz que, por su rudeza, podría haber ido acompañado de un escupitajo en la cara, y cuando ya había cruzado a medias la puerta principal, gritó:

-¡Muy bien, entonces! Dices que no quiere ver a una pobre viuda. Eso significa que no quiere que cruce nunca más este umbral. Bueno, déjame decirte algo, y díselo también a tu padre... ¡escucha! ¡Dile que yo lo he dicho

La madre no podía contarle a Shinji el fracaso de su iniciativa, y prefirió descargar su ira en Hatsue. Tan mal habló de ella que, en vez de ayudar a su hijo, lo único que hizo fue pelearse con él.

Madre e hijo no se dirigieron la palabra durante todo un día, pero al día siguiente hicieron las paces. Entonces la madre, abrumada de repente por el deseo de que su hijo la comprendiera, le contó en detalle su fracasada visita a la casa de Terukichi. Shinji ya estaba enterado de lo ocurrido, pues se lo había contado Hatsue en una de sus cartas.

En su confesión, la madre omitió la escena final, en la que ella lanzó aquellas atroces palabras de despedida, y Hatsue, en consideración a los sentimientos de Shinji, tampoco la había mencionado en su carta. Así pues, el hijo sólo podía tener la irritante idea de que su madre se había visto obligada a soportar la humillación de que la rechazaran en casa de Terukichi. El bondadoso muchacho se dijo que, aunque no podía estar de acuerdo con las cosas negativas que su madre había dicho de Hatsue, tampoco podía culparla por haberlas expresado. Hasta entonces nunca había intentado ocultarle a su madre el amor que sentía por Hatsue, pero decidió que, en lo sucesivo, nunca debería confiar en nadie excepto el patrón de pesca y Ryuji. El cariño que sentía hacia su madre le llevó a tomar esta decisión.

Así sucedió que, por haber tratado de realizar una buena acción y tras haber fracasado en su intento, la madre se sentía más solitaria que nunca.

Fue una suerte que no hubiera un solo día de descanso en

bría podido reunirse con Hatsue. Llegó el mes de mayo, y sus encuentros aún seguían prohibidos. Pero un día Ryuji trajo una carta que volvió a Shinji loco de alegría:

«... Mañana por la noche, milagrosamente, mi padre tendrá visitantes. Son unos funcionarios de la prefectura que vienen desde Tsu y pasarán aquí la noche. Siempre que mi padre tiene invitados, bebe mucho y se acuesta temprano. Por eso creo que, alrededor de las once, podré hacer una escapada. Te ruego que me esperes delante del santuario de Yashiro...»

Aquel día, cuando Shinji regresó de pescar, se puso una camisa nueva. Su madre, a quien no había dado ninguna explicación, le miraba nerviosa desde el lugar donde estaba sentada. Se sentía como si, una vez más, estuviera mirando a su hijo aquel día de la tormenta.

Shinji ya conocía muy bien el dolor de la espera, y pensó que en esta ocasión sería mejor que fuese la muchacha quien esperase. Pero no podía hacer eso. En cuanto su madre y Hiroshi estuvieron acostados, salió de casa. Todavía faltaban dos horas para las once.

Pensó que podría matar el tiempo en la Asociación de Jóvenes. Las ventanas de la cabana en la playa estaban iluminadas, y Shinji oía las voces de los muchachos que dormían allí. Pero entonces tuvo la sensación de que estaban chismorreando sobre él y pasó de largo.

Se encaminó al rompeolas envuelto en la oscuridad de la noche, y una vez allí se colocó de manera que la brisa marina le acariciara el rostro. Entonces recordó el barco blanco que había visto navegar contra un fondo de nu-

cordó la extraña sensación que experimentó mientras veía alejarse el barco. Aquello había representado lo «desconocido». Mientras contempló lo desconocido desde cierta distancia, su corazón estuvo en paz, pero una vez subió a bordo de lo desconocido y zarpó, la inquietud y la desesperación, la confusión y la angustia habían unido sus fuerzas y le afligían.

Creía saber el motivo por el que su corazón, que en aquellos momentos debería rebosar de alegría, estaba en cambio abrumado, y no sabía a qué carta quedarse. La Hatsue con quien iba a reunirse aquella noche probablemente insistiría en alguna solución apresurada a su problema. ¿Fugarse juntos? Pero vivían en una isla, y deberían huir en barco, pero Shinji no tenía embarcación propia y, lo que era aún más importante, carecía de dinero. ¿Un doble suicidio entonces? Incluso en aquella isla había amantes que optaban por esa solución. Pero el buen juicio del muchacho repudiaba la idea y pensaba que aquellos suicidas eran personas egoístas que sólo pensaban en sí mismas. Ni una sola vez había pasado por su mente la idea de morir, y, por encima de todo, tenía que mantener a su familia.

Mientras permanecía sumido en estas reflexiones, el tiempo había pasado con sorprendente rapidez. Aquel muchacho tan poco dado a la reflexión se sorprendió al descubrir que una de las propiedades del pensamiento era su eficacia como medio para matar el tiempo. Sin embargo, el resuelto joven refrenó con brusquedad sus pensamientos, pues, al margen de lo eficaces que fuesen, lo que había descubierto con respecto a su nuevo hábito, por encima de cualquier otra consideración, era que

Shinji no tenía reloj. En realidad, no lo necesitaba, porque estaba dotado de la magnífica habilidad de saber instintivamente la hora, tanto de día como de noche.

Por ejemplo, las estrellas se movían, y aunque él no sabía medir sus cambios con precisión, su cuerpo percibía el giro de la inmensa rueda de la noche y la revolución de la gigantesca rueda del día. Puesto que vivía en estrecho contacto con el discurrir de la naturaleza, no era sorprendente que comprendiera el preciso sistema por el que ésta se regía.

Pero, a decir verdad, mientras permanecía sentado en la entrada al recinto del santuario de Yashiro, había oído la campanada de la media hora, y por lo tanto estaba doblemente seguro de que eran las diez y media pasadas. El sacerdote y su familia dormían a pierna suelta. Entonces el muchacho acercó el oído a los postigos cerrados y contó, en su totalidad, las once campanadas que desgranaba en el solitario interior un reloj de pared.

Shinji se puso en pie, avanzó a oscuras entre los pinos y se detuvo en lo alto del tramo de doscientos escalones por los que se bajaba al pueblo. No había luna, unas nubes delgadas cubrían el cielo y sólo de vez en cuando se veía una estrella. Y, sin embargo, los escalones de piedra caliza recogían hasta el último destello de la débil luz nocturna y, con el aspecto de una inmensa y majestuosa cascata, descendían desde el lugar donde Shinji se encontraba.

La noche ocultaba por completo la enorme expansión de la bahía de Ise, pero en las riberas más lejanas se veían luces, y aunque escaseaban a lo largo de las penínsulas de Chita y Atsumi, formaban bellos y densos racimos en torno a la ciudad de Uji-Yamada.

ble llamaría de inmediato la atención desde el pie de los doscientos escalones. Hacia la mitad de la escalera había una sombra, como agazapada entre las ramas de pino que pendían a ambos lados de los escalones.

Una figura humana muy pequeña apareció al pie de la escalera. El corazón de Shinji dio un vuelco de alegría. El sonido de las *geta* que subían con decisión por los escalones resonaba con una intensidad que no guardaba proporción con la pequenez de la figura. Las pisadas eran briosas y los pies que las causaban parecían infatigables.

Shinji contuvo el deseo de correr escalones abajo al encuentro de Hatsue. Al fin y al cabo, puesto que había esperado tanto tiempo, tenía derecho a permanecer tranquilamente allá arriba. Pero lo más probable era que, cuando ella se hubiera acercado lo suficiente para que él pudiera verle la cara, el único modo de refrenar el impulso de gritar su nombre fuese bajar corriendo hacia ella. ¿Cuándo podría verle la cara con claridad? ¿A la altura del centesimo escalón?

En aquel instante, Shinji oyó unos gritos coléricos desde el pie de la escalera, una voz que ciertamente parecía pronunciar el nombre de Hatsue.

La muchacha se detuvo bruscamente en el centesimo escalón, que era algo más ancho que los demás. Shinji observó la agitación de su pecho.

El padre de Hatsue emergió de la oscuridad donde había estado oculto. Asió a su hija por la muñeca, y Shinji les vio intercambiar unas palabras violentas. Permaneció inmóvil en lo alto de los escalones como si estuviera allí atado. Terukichi no se dignó mirar una sola vez en di-

Incapaz de decidir lo que debería hacer y con la sensación de que tenía la cabeza medio paralizada, el joven siguió inmóvil donde se encontraba, como un centinela en lo alto de los escalones de piedra.

Las figuras del padre y la hija llegaron al pie de los escalones, giraron a la derecha y desaparecieron.

Capítulo 13

C

uando se aproximaba la temporada del buceo, las jóvenes de la isla sentían la misma opresión en el pecho que experimentan los chicos de la ciudad cuando tienen que enfrentarse a los exámenes finales en la escuela. En los primeros años de la enseñanza primaria competían por recoger guijarros en el fondo del mar cercano a la playa, unos juegos con los que iban adquiriendo la habilidad técnica del buceo, y de una manera natural, a medida que aumentaba su espíritu de rivalidad, adquirían cada vez más destreza. Pero cuando por fin empezaban a bucear para ganarse la vida y sus despreocupados juegos se convertían en un auténtico trabajo, las jóvenes, sin excepción, se asustaban, y la llegada de la primavera tan sólo significaba que el temido verano estaba próximo.

Les esperaba el frío, la sensación de ahogo, la angustia indecible cuando el agua penetraba bajo las gafas submarinas, el pánico y el temor a la sensación de marasmo que embarcaba todo el cuerpo cuando una oreja de mar

ridas en los dedos de los pies al golpear el fondo marino, cubierto de conchas de afilados bordes, para impulsarse hacia la superficie, y una pesada languidez se apoderaba de las buceadoras cuando habían permanecido bajo el agua hasta casi superar el umbral de resistencia... Todas estas sensaciones se habían vuelto cada vez más nítidas en el recuerdo; la repetición había intensificado todavía más el terror. Y a menudo las muchachas se despertaban de súbito, como presas de una pesadilla, aunque su sopor era tan profundo que no parecía dejar espacio alguno a los sueños. Entonces, en plena noche, su terror traspasaba la oscuridad alrededor del apacible y seguro lugar donde dormían y contemplaban con sorpresa los puños fuertemente apretados y cubiertos en su interior de un viscoso sudor.

No les sucedía lo mismo a las buceadoras de más edad y a las que estaban casadas. Al emerger del agua, cantaban, reían y hablaban alzando mucho las voces. Daba lá impresión de que para ellas el trabajo y el placer formaban un todo armónico. Al contemplarlas con envidia, las jóvenes pensaban que nunca llegarían a ser así, y sin embargo, cuando pasaran los años, se sorprenderían al descubrir que, sin darse cuenta, habían acabado por formar parte de ese grupo de buceadoras alegres y veteranas.

Los meses de junio y julio eran los de mayor ajetreo para las buceadoras de Utajima. Trabajaban en los alrededores de la playa del Jardín, en el lado oriental del cabo Benten.

Un día, antes de que empezara la estación lluviosa, un fuerte sol de mediodía, que ya no podía considerarse el

del príncipe Deki. En la playa del Jardín se abría una pequeña cala más allá de la cual se extendía el océano. A lo lejos, a gran altura sobre la superficie del mar, se acumulaban unas nubes de verano.

Como su nombre sugería, la playa del Jardín tenía las características de un jardín escénico. Numerosos peñascos de caliza rodeaban la playa, y parecían haber sido colocados allí a propósito para que los niños pudieran ocultarse y disparar sus pistolas cuando jugaban a indios y vaqueros. Además, la superficie de las rocas era suave al tacto, y aquí y allá presentaban huecos del tamaño de un dedo meñique donde se refugiaban pequeños cangrejos y tiñue-las. La arena que rodeaba las rocas era totalmente blanca. En lo alto del acantilado frente al mar, a la izquierda, estaban en plena floración las plantas llamadas algodón de mar, y sus flores no eran las del final de la temporada, que parecían durmientes desgredadas, sino que tenían los pétalos de vivo color blanco, sensuales, parecidos a cebolletas, y se alzaban contra el cielo de un azul profundo.

Era la hora del descanso a mediodía, y las mujeres reían y bromeaban alrededor de la fogata. La arena aún no estaba tan caliente como para quemar las plantas de los pies, y el agua, aunque fría, ya no era tan gélida que obligase a las buceadoras a correr para ponerse sus prendas acolchadas y acurrucarse junto a la fogata en cuanto emergían del mar.

Las mujeres, desternillándose de risa, sacaban pecho y exhibían sus senos con jactancia. Una de ellas empezó a alzárselos con ambas manos.

-No, no, no está bien que te los subas. Si haces eso **nnees encañar todo lo mío rmieras.**

Las mujeres se echaron a reír y discutieron sobre cuál tenía los pechos mejor formados.

Los senos de todas ellas estaban bien bronceados, y además de no distinguirse precisamente por esa calidad misteriosa que proporciona la blancura, carecían incluso en mayor grado de la transparencia de la piel reveladora de las venas. A juzgar tan sólo por la piel, parecían totalmente insensibles, pero por debajo de la epidermis tostada el sol había creado un color lustroso y semitransparente, como el de la miel. Las oscuras areolas de los pezones no destacaban como misteriosas manchas negras y húmedas, sino que adquirían gradualmente ese color de miel.

Entre los muchos senos congregados alrededor del fuego, había algunos que ya pendían flaccidos y otros cuyos últimos vestigios eran solamente unos pezones secos y duros. Pero en la mayoría de los casos los músculos pectorales, bien desarrollados, sujetaban los senos en unos pechos anchos y firmes y no los dejaban caer por su propio peso. Su aspecto indicaba que aquellos pechos se habían desarrollado día a día bajo el sol, ajenos totalmente al pudor, como frutos en maduración.

Una de las muchachas se lamentó porque uno de sus senos era más pequeño que el otro, pero una mujer mayor y sin pelos en la lengua le dijo:

-Eso no es nada preocupante. Y el día menos pensado un pretendiente joven y guapo te los acariciará hasta darles la forma adecuada.

Todas volvieron a reírse, pero la muchacha seguía preocupada.

-¿Estás segura, abuela Oharu? -le preguntó.

La madre de Shinji se enorgullecía de sus pechos, todavía firmes y vigorosos, los más juveniles entre las mujeres casadas de su edad. Como si nunca hubieran conocido el ansia de amor o los sufrimientos de la vida, sus senos se erguían durante todo el verano hacia el sol, del que obtenían directamente su fuerza inagotable.

Ella no envidiaba en especial los senos de las jóvenes, pero había unos especialmente hermosos que todas admiraban, incluida la madre de Shinji, y eran los de Hatsue.

Era el primer día de la temporada que la madre de Shinji iba a bucear, y por ello era también su primera ocasión de examinar con detenimiento a Hatsue. Desde que le dijera aquellas bruscas palabras de despedida, cada vez que las dos se cruzaban en la calle intercambiaban inclinaciones de cabeza, pero Hatsue era callada por naturaleza. También aquel día ambas habían estado ocupadas con una cosa y otra, y no habían tenido muchas ocasiones de hablarse. Incluso ahora, durante la competición para determinar quién tenía los pechos más bellos, las mujeres mayores eran las que llevaban la voz cantante, y la madre de Shinji, que ya estaba predispuesta contra ella, evitaba a propósito entablar conversación con Hatsue.

Entre dos montículos que mantenían erguidos sus capullos de color rosado se abría un valle que, si bien muy tostado por el sol, aún no había perdido su delicadeza, la suavidad y el frescor de la piel surcada de venas, un valle que recordaba la primavera temprana. Los senos, que seguían el ritmo del crecimiento normal de su cuerpo,

\ en en Aecarm }r\

ra para ello el más ligero roce de una pluma o la caricia de la brisa más suave.

La abuela no pudo resistir el impulso de colocar su mano sobre los pezones de aquellos senos tan saludables y virginales pero que, al mismo tiempo, estaban tan bien formados. El contacto de su áspera palma hizo que Hatsue se incorporase de un salto.

Todas las mujeres se rieron.

-¿Así que ahora, abuela Oharu, comprendes cómo deben sentirse los hombres? -le preguntó alguien.

La anciana se restregó con ambas manos los senos arrugados y replicó con voz cascada:

-¿De qué estás hablando? Los suyos sólo son melocotones verdes, pero los míos... los míos son encurtidos bien sazonados. Han absorbido un aroma delicioso, créeme.

Hatsue se echó a reír y sacudió la cabeza. Un fragmento de alga verde y transparente se desprendió de su pelo y cayó sobre la arena deslumbrante.

Cuando estaban sentadas comiendo, un hombre que no les era desconocido abandonó de repente su escondite detrás de unas rocas, donde había estado esperando a que llegara el momento propicio para él.

Todas las mujeres gritaron por el mero gusto de hacerlo, depositaron la comida sobre los envoltorios de hoja de bambú extendidos en el suelo, a su lado, y se cubrieron los pechos. En realidad, no estaban en absoluto desconcertadas. El intruso era un viejo buhonero que iba a la isla cada temporada, y las buceadoras fingían estar avergonzadas sólo para divertirse a costa del viejo.

gran fardo con envoltura de paño que llevaba a la espalda y se enjugó el sudor de la cara.

-Supongo que os he dado un buen susto, ¿verdad? Puede que haya hecho mal al presentarme así. ¿Queréis que me vaya?

El buhonero se expresó así confiando plenamente en que ellas no permitirían que se marchara. Sabía que la mejor manera de excitar en las buceadoras el deseo de comprar era exhibir su mercancía allí mismo, en la playa. Cuando estaban a orillas del mar, las mujeres siempre se sentían audaces y generosas. Así pues, él dejaba que eligieran allí lo que deseaban comprar, y esa misma noche les llevaba los artículos a sus casas y cobraba. A las mujeres también les gustaba este sistema, porque a la luz del sol podían examinar mejor los colores.

El viejo buhonero extendió su mercancía a la sombra de unas rocas. Sin dejar de comer, las mujeres se agruparon a su alrededor.

Había rollos de tela de algodón estarcida para confeccionar kimonos, vestidos sencillos y prendas infantiles. Había fajas sin forro, bragas, camisetas y cordones para atar las fajas.

El buhonero alzó la tapa de una caja de madera y las mujeres lanzaron gritos de admiración. La caja estaba llena a rebosar de bellos artículos de mercería: monederos, correas para las *geta*, bolsos de plástico, cintas, broches y objetos por el estilo, todos en una gama de colores amplísima.

-No hay nada que no me tiene -observó con sinceridad una de las buceadoras jóvenes.

En un abrir y cerrar de ojos, numerosos dedos en-

los artículos. Algunas entablaron discusiones sobre si uno u otro objeto le sentaba bien o no a tal o cual compañera y, medio en broma, se inició un prolongado regateo. Finalmente, el buhonero vendió dos rollos de una tela de colores chillones y textura de toalla, para confeccionar el ligero kimono veraniego llamado *yukata*, a casi dos mil yenes cada uno, una faja de kimono sin forro, tejido cruzado y gran cantidad de artículos diversos. La madre de Shinji adquirió por doscientos yenes un bolso de plástico para la compra, y Hatsue un rollo de la mejor tela de algodón *yukata*, con un juvenil estampado de dondiegos de día azul oscuro sobre fondo blanco.

El viejo buhonero estaba muy satisfecho del inesperado buen negocio. Era un hombre descarnado, y en el pecho tostado por el sol, visible a través del cuello abierto de la camisa, se le marcaban las costillas. Llevaba muy corto el cabello, negro entreverado de canas, y en las mejillas y las sienes mostraba varias manchas oscuras producidas por la edad. Su dentadura era ya muy escasa y estaba manchada por el tabaco, y esta carencia dificultaba la comprensión de lo que decía, sobre todo cuando, como ahora, alzaba mucho la voz. Sin embargo, por la risa que sacudía sus mejillas como si tuviera un tic y la exageración de sus gestos, las mujeres se dieron cuenta de que el buhonero se disponía a hacerles algún magnífico servicio, «totalmente al margen de cualquier ánimo de lucro».

Moviendo rápidamente las manos cuyas uñas de los dedos meñiques mostraban un crecimiento desmesurado, el buhonero sacó de la caja de artículos de mercería dos y hasta tres bonitos bolsos de plástico.

-¡Mirad! El azul es para señoritas, el marrón para mu-

-Me quedaré el de las señoritas -dijo la misma anciana, y todas se rieron, haciendo que el buhonero alzara todavía más la voz trémula.

-El último grito en bolsos de plástico, y a precio fijo, ochocientos yenes...

-¡Vaya, qué caros son!

-Y tanto, les ha puesto un precio exagerado.

-Qué va, ochocientos yenes no es ninguna exageración. Y voy a regalar uno de estos bonitos bolsos a una de vosotras como muestra de mi agradecimiento por lo buenas dientas que sois... ¡totalmente gratis!

Docenas de manos candorosas y abiertas se extendieron simultáneamente, pero el viejo las apartó con un ademán.

-He dicho que uno. Uno solo. Es el premio Omiya, una atención de mi tienda que es todo un sacrificio, para celebrar la prosperidad del pueblo de Utajima. Vamos a hacer un concurso, y uno de estos bolsos será para la que gane. El azul si la ganadora es joven, el marrón si es una dama de edad mediana...

Las buceadoras retenían el aliento. Cada una de ellas pensaba que, con un poco de suerte, conseguiría gratis un bolso que valía ochocientos yenes.

Años atrás, el buhonero había sido director de una escuela de enseñanza primaria, y a menudo recordaba que la situación de humildad en que vivía se debía a cierto lío que tuvo con una mujer; pero ahora el silencio de las buceadoras le infundía una renovada confianza en su habilidad para ganarse el corazón de la gente, y una vez más se dijo que abandonaría aquella vida errante y volvería a ser director de escuela.

tanto debo. A ver, señoras... ¿qué os parece competir por la recogida de orejas de mar? A la que obtenga la mayor captura durante una hora le entregaré el premio.

El hombre extendió con gestos ceremoniosos una tela a la sombra de otra roca y con toda seriedad dispuso allí los premios. A decir verdad, ninguno de los bolsos valía más de quinientos yenes, pero su aspecto podía justificar perfectamente los ochocientos. El bolso para jovencitas tenía forma de caja, y su color cobalto, brillante como un barco recién construido, contrastaba de una manera inefable y encantadora con el reluciente cierre de oro chapado. El bolso marrón, destinado a las mujeres de edad mediana, también tenía forma de caja, y la imitación de piel de avestruz era tan perfecta que, a primera vista, era imposible saber si se trataba de plástico o de auténtica piel de avestruz. El negro, para las señoras de edad, era el único que no tenía forma de caja, sino la oblonga de un barco, y su cierre largo, delgado y dorado le convertía en un objeto refinado y de buen gusto.

La madre de Shinji, que quería el bolso marrón, el apropiado para las mujeres de edad mediana, fue la primera que dio su nombre para participar en el concurso.

La segunda persona que lo hizo fue Hatsue.

La barca, con las ocho mujeres que se habían presentado al concurso, se alejó de la orilla. Una mujer gruesa y de edad mediana, que no participaba en el concurso, estaba erguida en la popa y manejaba el remo de singar. De las ocho, Hatsue era la única joven. El resto de las chicas se habían abstenido, pues sabían que, en cualquier caso, no podrían ganar, y animaban a Hatsue con sus gritos. En

La timonel puso rumbo sur a lo largo de la playa y la barca se alejó hacia el lado oriental de la isla.

Las buceadoras que se habían quedado en tierra se reunieron en torno al viejo buhonero y entonaron canciones.

El agua de la cala era clara y azul, y cuando no había oleaje se veían con nitidez los cantos rodados del fondo, que, recubiertos de algas rojas, parecían flotar cerca de la superficie, aunque en realidad se hallaban a una profundidad considerable. Allí las olas alcanzaban gran altura y arrojaban sombras y refracciones de espuma sobre las rocas del fondo oceánico cuando las cubrían. Entonces, en cuanto una ola había alcanzado su máxima altura, rompía en la orilla, y una reverberación como la de un hondo suspiro inundaba la playa, ahogando el canto de las mujeres.

Al cabo de una hora, la barca regresó al lado oriental de la isla. Mucho más cansadas que de ordinario debido a la competición, las ocho buceadoras permanecían sentadas en silencio en la barca, apoyándose unas en las otras y con la mirada perdida en una u otra dirección. Tenían el pelo húmedo tan enmarañado que era imposible distinguir el de una buceadora del de sus compañeras. Dos de ellas se abrazaban para mantenerse calientes. La piel de gallina era visible en los senos de todas ellas, y bajo el sol demasiado brillante incluso sus cuerpos desnudos y tostados por el sol parecían demacrados y les hacían parecer un grupo de pálidas ahogadas.

En la playa fueron objeto de una ruidosa recepción que contrastaba con el silencio que reinaba a bordo de la barca. En CUíintO HpQpmharrurrm lo

El buhonero examinó el contenido de los cubos que le habían presentado las buceadoras. Al terminar, comunicó los resultados a voz en grito:

-Hatsue-san es la primera... ¡veinte orejas de mar! ¡Y la señora de la familia Kubo es la segunda: dieciocho!

Con los ojos fatigados e inyectados en sangre, la ganadora y la finalista intercambiaron miradas. La buceadora más experta de la isla había sido vencida por una muchacha cuya habilidad era resultado de las enseñanzas de las buceadoras de otra isla.

Hatsue se levantó en silencio y rodeó la roca para recoger el premio. Cuando regresó, el premio que llevaba en las manos era el bolso marrón, para las señoras de edad mediana, que ofreció a la madre de Shinji.

Un gozo profundo encendió el rostro de la madre.

-Pero... ¿por qué?...

-Porque siempre he querido pedir excusas a la tía desde que mi padre le habló con tanta rudeza aquel día.

-¡Es una buena chica! -exclamó el buhonero.

Al ver que todas le secundaban, alabando a Hatsue e instándole a aceptar la amabilidad de la muchacha, la madre de Shinji tomó el bolso marrón, lo envolvió cuidadosamente en una hoja de papel, se lo puso bajo el brazo desnudo y dijo con toda naturalidad:

-Pues muchas gracias.

El corazón sencillo y franco de la madre había comprendido de inmediato la modestia y el respeto que encerraba el gesto de la joven. Hatsue sonrió, y la madre de Shinji se dijo que su hijo había acertado al elegir novia.

De esta manera se solventaban siempre los asuntos de la isla.

Capítulo 14

L

legó la estación de las lluvias y el transcurso de los días sólo aportaba a Shinji amargura. Incluso las cartas de Hatsue habían cesado. Era evidente que, después de que el padre de la muchacha hubiera frustrado su encuentro en el santuario de Yashiro, del que con toda probabilidad se había enterado al leer la carta, había prohibido estrictamente a su hija que siguiera escribiéndole.

Un día, antes de que finalizara la estación de las lluvias, llegó a la isla el capitán del *Utajima-maru*, uno de los dos cargueros de cabotaje, y el de mayor calado, que poseía Terukichi Miyata y que ahora estaba anclado en Toba.

El capitán se dirigió primero a la casa de Terukichi y a continuación visitó la de Yasuo. Aquella misma noche se entrevistó con Jukichi, el patrón de Shinji, y por último fue a casa de Shinji.

El capitán tenía cuarenta y tantos años y tres hijos. De elevada estatura, se enorgullecía de su fortaleza, pero era

cias en la isla coincidía con el Festival de Todas las Almas, siempre oficiaba como una especie de monje lego y leía los sutras por el reposo de las almas de los difuntos. Tenía mujeres en diversos puertos, a las que su tripulación se refería como la tía de Yokohama, la tía de Moji y así con todas. Cada vez que el barco atracaba en uno de esos puertos, el capitán llevaba a los tripulantes jóvenes a la vivienda de su mujer, donde tomaban un trago. Todas las «tías» vestían de manera conservadora y siempre trataban a los jóvenes con mucha amabilidad.

Entre los marineros corría el rumor de que el capitán era medio calvo por culpa de su libertinaje, y que por eso mantenía su dignidad llevando siempre puesta la gorra de uniforme.

En cuanto el capitán llegó a la casa, empezó a hablar del asunto que le llevaba allí con la madre de Shinji. El muchacho también estaba presente.

Cuando los chicos del pueblo llegaban a los diecisiete o dieciocho años iniciaban su formación marinera como «pinches». Se les llamaba así porque una de sus tareas consistía en preparar el arroz para la tripulación. Shinji había alcanzado la edad apropiada, y el capitán quería saber si le gustaría enrolarse en el *Utajima-maru* como «pinche».

La madre callaba, y Shinji le dijo al capitán que le daría una respuesta después de que hubiera tenido ocasión de planteárselo a su patrón, Jukichi. El capitán replicó que, si su decisión dependía de que Jukichi lo aceptara, ya había hablado con él y estaba de acuerdo.

Sin embargo, había en la oferta algo extraño que desconcertaba al muchacho. El *Utajima-maru* pertenecía a Terukichi, y desde luego no había motivo alguno para

-En eso te equivocas -le dijo el capitán-. El tío Teru se ha dado cuenta de que serás un buen marinero. En cuanto te mencioné, el tío Teru se mostró de acuerdo. Así que ánimo y prepárate para trabajar duro.

A fin de estar completamente seguro, Shinji acompañó al capitán a casa de Jukichi, quien también le instó a que aceptara el empleo. Le dijo que su ausencia crearía algunas dificultades en el *Taihei-maru*, pero que él no podía obstaculizar el futuro del muchacho. Así pues, Shinji aceptó.

Al día siguiente, Shinji oyó la sorprendente noticia de que también Yasuo iba a enrolarse como aprendiz en el *Utajima-maru*. Decían que a Yasuo no le gustaba nada la idea de empezar como «pinche» y que se había visto obligado a aceptarlo sólo cuando el tío Teru afirmó que el aprendizaje era imprescindible antes de que aprobara su noviazgo con Hatsue.

Cuando Shinji lo supo, la inquietud y el dolor embargaron su ánimo, pero al mismo tiempo se sintió esperanzado.

En compañía de su madre, Shinji fue al santuario de Yashiro para rezar por una travesía sin peligros y hacerse con un amuleto.

Llegó el día de la partida. Acompañados por el capitán, Shinji y Yasuo subieron a bordo del transbordador *Kamikaze-maru* con rumbo a Toba. Varias personas acudieron a despedirse de Yasuo, entre ellas Hatsue, pero Terukichi no estaba presente. A Shinji sólo habían ido a despedirle su madre e Hiroshi.

Hatsue no dirigió su mirada a Shinji, pero cuando el barco estaba a punto de zarpar, le susurró algo a la ma-

Ni siquiera estando ya a bordo Shinji tuvo oportunidad de abrir el paquete, pues el capitán y Yasuo estaban a su lado. Observó la línea costera de Utajima, que iba quedando atrás, y en ese estado de contemplación comprendió por primera vez sus sentimientos.

Era un joven nacido y criado en aquella isla, a la que amaba más que a nada en el mundo, y, sin embargo, ahora ansiaba abandonarla. Su deseo de marcharse era lo que le había impulsado a aceptar la oferta de un puesto de trabajo en el *Utajima-maru* que le hiciera el capitán.

La isla se perdió de vista y el muchacho experimentó una sensación de paz. Como nunca le había sucedido en sus travesías pesqueras diarias, ahora no tenía que pensar en que por la noche regresaría a la isla.

«¡Soy libre!», exclamó para sus adentros. Por primera vez se daba cuenta de que podía existir aquella extraña clase de libertad.

El *Kamikaze-maru* navegó bajo la llovizna. Yasuo y el capitán extendieron las esteras de paja en el camarote y se acostaron. Yasuo no había dirigido la palabra a Shinji desde que subieron a bordo.

El muchacho acercó la cara a uno de los portillos, a través del cual se deslizaban las gotas de lluvia, y a la luz que se filtraba por el cristal examinó el contenido del paquete de Hatsue. Era otro amuleto del santuario de Yashiro, una foto de la joven y una carta. Ésta decía:

«A partir de hoy iré al santuario de Yashiro para rezar por tu seguridad. Mi corazón te pertenece. Cuídate y regresa sano y salvo, por favor. Te adjunto mi foto, de modo que pueda viajar contigo. Me la hicieron en el cabo Daio. Por

especial que le haya decidido a reuniros a ti y a Yasuo en el mismo barco. Y de alguna manera intuyo un rayo de esperanza para nosotros. Por favor, no pierdas la esperanza, te lo ruego. Sigue luchando, por favor.»

Esta carta llenó de estímulo al muchacho. Se sintió fortalecido, y embargó todo su cuerpo la grata sensación de que la vida era hermosa y merecía la pena vivirla.

Yasuo seguía durmiendo. A la luz del portillo, Shinji contempló la fotografía de Hatsue. La joven se apoyaba en uno de los enormes pinos del cabo Daio y la brisa marina le arremolinaba la falda del blanco vestido veraniego y le acariciaba la piel. La idea de que él también había hecho lo mismo que hacía el viento en la fotografía reforzó todavía más su ánimo.

Reacio a apartar la vista de la imagen, Shinji había apoyado la foto en el borde del portillo empañado por la lluvia, y llevaba mirándola largo rato cuando detrás de ella se dibujó lentamente el contorno de la isla de Toshi a babor. Una vez más se esfumó el sosiego que le había envuelto durante breves momentos, pero la extraña manera en que el amor puede torturar el corazón con el deseo ya no era ninguna novedad para él.

Cuando llegaron a Toba había dejado de llover. Por los claros entre las nubes se filtraban rayos de luz plateada. El *Utajima-marUy* con sus ciento ochenta y cinco toneladas de desplazamiento, destacaba entre los numerosos pesqueros anclados en el puerto de Toba. Los tres hombres saltaron a la cubierta, centelleante bajo el sol después de la lluvia. Las brillantes gotas de lluvia seguían deslizan-

La tripulación aún no había regresado del permiso en tierra. El capitán condujo a los dos muchachos a su alojamiento, una cabina de ocho *tatamis* junto a la del patrón y directamente encima de la cocina y el comedor. Aparte de las taquillas y un pequeño espacio central cubierto con delgadas esteras de paja, no había nada más que dos conjuntos de literas dobles a la derecha y, a la izquierda, un juego de literas y un camastro separado para el primer maquinista. En el techo, como si fuesen amuletos, estaban fijadas con chinchetas varias fotografías de actrices de cine.

A Shinji y Yasuo les correspondió el primer grupo de literas, a la derecha. El primer maquinista, el primer y segundo oficiales, el contramaestre, los marineros y los fogoneros dormían en aquel único y pequeño camarote, pero como alternaban las guardias, siempre había suficientes literas disponibles en cualquier momento.

Tras mostrarles el puente, el alojamiento del patrón, las bodegas y el comedor, el capitán los dejó en el camarote de la tripulación para que descansaran.

Al quedarse solos, los dos jóvenes se miraron. Yasuo se sentía desanimado y decidió hacer las paces.

-Bueno, aquí estamos por fin los dos solos, y hemos de ser compañeros. En la isla han pasado muchas cosas, pero olvidémoslas y, a partir de ahora, seamos buenos amigos.

Shinji no pronunció palabra. Se limitó a demostrar su aceptación con un sonido gutural y sonrió.

Hacia el anochecer la tripulación regresó al barco. La mayoría de los marineros eran de Utajima, y tanto Shinji

marón de los hábitos cotidianos a bordo y les asignaron sus diversas tareas.

El barco zarparía a las nueve de la mañana. Shinji recibió el encargo de quitar del mástil la luz de fondeo a la mañana siguiente en cuanto amaneciera. La luz de fondeo era muy parecida a los postigos de una casa en tierra: apagarla significaba que el barco estaba despierto, de la misma manera que abrir los postigos que han permanecido cerrados por la noche significa que una casa está despierta.

Shinji apenas pegó ojo en toda la noche, y a la mañana siguiente se levantó antes de que saliera el sol y retiró la luz de fondeo mientras el ambiente iba volviéndose gris. La mañana se iniciaba con una lluvia brumosa y las farolas de Toba trazaban dos líneas rectas desde el puerto hasta la estación del ferrocarril. En la estación sonó el silbato gangoso de un tren de carga.

El muchacho trepó por el mástil que sostenía las velas plegadas, utilizadas como propulsión auxiliar. La madera estaba mojada y fría, y el movimiento de balanceo de las pequeñas olas que rompían contra los costados del barco se transmitía directamente al mástil. Bajo los primeros rayos del sol matinal, y envuelta en la bruma, la luz de fondeo estaba difuminada y presentaba un aspecto lechoso. El muchacho tendió el brazo para desengancharla. Como si le disgustara que la bajaran, la luz de fondeo se balanceó de un lado a otro, la llama vaciló dentro del vidrio empapado y unas gotas de agua cayeron en el rostro alzado del joven.

Shinji se preguntó en qué puerto recalaría el barco la próxima vez que descolgara aquella luz.

gresaría a Kobe al cabo de unas seis semanas. Tras cruzar el canal de Kii y recalar en Kobe, el barco navegó hacia el oeste por el Mar Interior y pasó la inspección de cuarentena en Moji. Entonces prosiguió rumbo hacia el sur siguiendo la costa oriental de Kyushu, y recibió el permiso para zarpar en el puerto de Nichinan, en la prefectura de Miyazaki, donde había una oficina de aduanas.

En el lado este de la península de Osumi, en el extremo meridional de la isla de Kyushu, se encuentra la bahía de Shibushi, con el puerto de Fukushima situado al final de la prefectura de Miyazaki, de modo que los trenes entran en la prefectura de Kagoshima antes de llegar a la siguiente estación. Fue en el punto de Fukushima donde el barco cargó cuatrocientos metros cúbicos de madera.

Tras zarpar de Fukushima, el *Utajima-maru* se convirtió a todos los efectos en un barco de alta mar. Tardaría dos o dos días y medio en llegar a Okinawa. Cuando no tenían que ocuparse de la carga, o durante los periodos de descanso, los tripulantes se repantigaban en las delgadas esteras de paja que cubrían el espacio de tres *tatamis* en el centro de su alojamiento y escuchaban música en un fonógrafo portátil. Tenían pocos discos, y los que había estaban en tan mal estado que, al ser arañados por la aguja oxidada, convertían la música en chirridos. Todas las canciones sin excepción eran baladas sentimentales que hablaban de puertos o marineros, niebla o recuerdos de mujeres, la Cruz del Sur, el licor o los suspiros. El primer maquinista carecía de sentido musical y era incapaz de aprender siquiera una tonada a lo largo de una travesía, además de que siempre acababa olvidando

improviso la aguja se deslizaba por el disco y dejaba una raya más en su superficie.

A menudo permanecían levantados hasta altas horas de la noche, enzarzados en discusiones ridículas. Temas como el amor y el matrimonio, o si el cuerpo humano podía soportar que le inyectaran la misma cantidad de sal que de dextrosa, bastaban para hacerles hablar durante horas. La persona que mantenía su opinión con más testarudez era la que solía imponer al final su criterio, pero los razonamientos de Yasuo, que había sido presidente de la Asociación Juvenil de la isla, eran tan lógicos que incluso se ganaba el respeto de los mayores. En cuanto a Shinji, siempre guardaba silencio, abrazándose las rodillas, sonriente, mientras escuchaba las opiniones de sus compañeros.

-No hay duda de que el chico es tonto -le dijo cierta vez al capitán el primer maquinista.

La vida a bordo del barco era muy activa. Desde que los recién llegados subieron a bordo, siempre había cubiertas que limpiar o les esperaba cualquiera de las numerosas tareas de las que eran responsables.

Poco a poco la tripulación se fue percatando sin asomo de duda de lo perezoso que era Yasuo, quien consideraba suficiente aparentar que cumplía con sus deberes aunque en realidad no hiciera nada. En cambio, Shinji le encubría e incluso realizaba parte del trabajo de Yasuo, por lo que la actitud de éste no fue advertida de inmediato por sus superiores.

Pero una mañana, el contraмаestre, al encontrar a Yasuo haraganeando en el camarote tras haberse escaqueado de su tarea, consistente en limpiar la cubierta,

La réplica de Yasuo no pudo ser más irreflexiva.

-Bueno, en cualquier caso, cuando termine esta travesía me convertiré en el hijo del tío Teru. Entonces este barco me pertenecerá.

El conrmaestre estaba airado, pero tuvo la prudencia de retener la lengua, al considerar que las cosas muy bien podrían resultar tal como Yasuo decía. No volvió a regañar a Yasuo, pero por las palabras que había susurrado a un compañero los demás hombres pronto supieron lo que había dicho el insubordinado joven, y ello fió en detrimento más que en beneficio de Yasuo.

Shinji estaba muy ocupado, y la, única oportunidad que tenía de mirar la foto de Hatsue era un breve momento cada noche antes de acostarse o cuando estaba de guardia. Nunca permitía que los demás atisbasen siquiera de reojo la imagen. Un día, cuando Yasuo se jactaba de que Terukichi le había adoptado como marido de Hatsue, Shinji recurrió a un medio de venganza que en su caso era de lo más taimado. Le preguntó a Yasuo si tenía una foto de Hatsue.

-Pues claro que la tengo -replicó Yasuo de inmediato.

Shinji estaba convencido de que eso era mentira, y su corazón se llenó de júbilo.

Poco después Yasuo se dirigió a él en un tono despreocupado.

-¿También tú tienes una? -le preguntó.

-¿Una qué?

-Una foto de Hatsue.

-No, no tengo ninguna.

Probablemente era la primera vez en su vida que Shinji mentía a sabiendas.

Tuvo que estar anclado dos o tres días, esperando el permiso para entrar en el puerto cerrado de Unten, donde cargaría chatarra antes de iniciar la travesía de regreso a Japón⁸. Unten se encontraba en el extremo septentrional de Okinawa, donde las fuerzas norteamericanas efectuaron su primer desembarco durante la guerra.

Puesto que la tripulación no tenía permiso para desembarcar, se pasaban el tiempo contemplando desde la cubierta las islas desoladas y yermas. Cuando los norteamericanos desembarcaron, temerosos de que hubiera minas sin estallar, quemaron todos los árboles de las colinas.

Aunque había finalizado la guerra de Corea, en la que Okinawa tuvo importancia como base aérea de los norteamericanos, para los tripulantes del *Utajima-maru* el aspecto de la isla seguía siendo sumamente insólito. De la mañana a la noche se oía el estrépito de los cazas en vuelos de prácticas, e innumerables vehículos -turismos, camiones y diversos vehículos militares-, relucientes bajo el sol del verano tropical, se desplazaban constantemente de un lado a otro por la ancha carretera pavimentada que bordeaba el puerto. Al lado de la carretera brillaba el cemento nuevo de las casas prefabricadas para las familias del personal militar norteamericano, mientras que los tejados de hojalata, llenos de parches, de las maltrechas casas japonesas resaltaban como feas manchas en medio del paisaje.

La única persona que desembarcó, a fin de pedir al agente de la Compañía de Transportes Yamagawa que

8. En aquel entonces, los primeros años cincuenta del siglo xx, las islas

enviara a un comerciante de efectos navales, fue el primer oficial.

Llegó el esperado permiso para entrar en Unten. El *Utajima-maru* atracó en el puerto y cargaron la chatarra en sus bodegas. Acababan de hacerlo cuando se les informó de que un tifón amenazaba con abatirse sobre Okinawa. Confiando en librarse del tifón marchándose lo antes posible, zarparon a primera hora de la mañana siguiente. Todo lo que había que hacer entonces era poner rumbo directo a Japón.

Aquella mañana caía una lluvia ligera. Las olas eran altas y los vientos soplaban del sudoeste. Las colinas desaparecieron rápidamente de la vista ocultas tras el oleaje, y el *Utajima-maru* navegó guiándose por la brújula durante seis horas, con visibilidad muy escasa. La aguja del barómetro no dejaba de bajar y la altura de las olas aumentaba todavía más. El descenso de la presión atmosférica era alarmante.

El capitán decidió regresar a Unten. El viento convertía la lluvia en bruma, la visibilidad se redujo al cero absoluto y el regreso a puerto, prolongado durante seis horas, resultó extremadamente dificultoso.

Por fin avistaron las colinas de Unten. El contramaestre, muy familiarizado con aquellas aguas, estaba a la mira en la proa. Rodeaban el puerto una serie de arrecifes coralinos que se extendían a lo largo de unos tres kilómetros, y el canal que se abría entre ellos, que ni siquiera estaba señalizado con boyas, presentaba una gran dificultad a la navegación.

-¡Alto!... ¡Adelante!... ¡Alto!... ¡Adelante!...

nal entre los arrecifes coralinos. Cuando lo dejaron atrás, eran las seis de la tarde.

Un bonitero se había refugiado entre los arrecifes. Los dos barcos se amarraron con varios cabos y entraron en el puerto de Unten navegando uno al lado del otro.

En el puerto las olas eran bajas, pero la intensidad del viento iba en aumento. Mientras el *Utajima-maru* y el bonitero seguían uno al lado del otro, los tripulantes utilizaron cuatro cabos, dos cuerdas y dos cables metálicos para unir las proas a una boya del tamaño de una habitación pequeña y se dispusieron a aguantar al ancla la tormenta.

El *Utajima-maru* carecía de equipo de radio y dependía exclusivamente de la brújula. Así pues, el operador de radio del bonitero les pasaba los informes que recibía acerca de la intensidad y el rumbo del tifón.

Cuando llegó la noche, cuatro hombres montaron guardia en la cubierta del bonitero, mientras que en el *Utajima-maru* eran tres los hombres destinados a vigilar. Su tarea consistía en observar las cuerdas y los cables, pues podían romperse en cualquier momento.

También les inquietaba la posibilidad de que la boya no aguantara, pero el peligro de que los cabos se rompieran era mucho mayor. Los hombres que hacían la guardia luchaban con el viento y las olas, arriesgando a menudo la vida para mantener los cabos mojados, temerosos de que pudieran deshilaclarse si el viento los secaba demasiado.

A las nueve de la noche, un viento que soplaba a cien kilómetros por hora se abatió contra las dos embarcaciones.

ron a cubierta, gateando, el viento los arrojó contra la pared, y la lluvia agitada por el viento les azotó las mejillas, punzante como si estuviera hecha de agujas.

Era imposible permanecer erguido en la cubierta, que se alzaba como un muro ante sus ojos. Todos los maderos del barco crujían y retumbaban. En el puerto las olas no eran lo bastante altas como para barrer las cubiertas, pero el agua que levantaban, transportada por el viento, se había convertido en una bruma ondulante que les impedía ver. Arrastrándose por la cubierta, los tres llegaron finalmente a la proa y se aferraron a las bitas, a las que estaban atados las dos cuerdas y los dos cables que fijaban el barco a la boya.

Los marineros divisaban vagamente el contorno de la boya a veinticinco metros de distancia, una presencia revelada en la profunda oscuridad de la noche por la pintura blanca. Y cuando, acompañada por el chirrido de los cables, que parecían gritar, una enorme ráfaga de viento golpeaba el barco y lo alzaba a considerable altura, la boya se hundía muy por debajo de ellos en la negrura y parecía más pequeña.

Los tres intercambiaban miradas mientras se aferraban a las bitas, pero no hablaban. Y el agua salada que les golpeaba la cara incluso les impedía mantener los ojos abiertos. Era muy sorprendente, pero los silbidos del viento y el estrépito del mar conferían a la noche que los envolvía una extraña serenidad en medio del frenesí.

Su trabajo consistía en mirar fijamente los cabos que sujetaban al *Utajima-maru*. Cuerdas y cables, muy tensos, trazaban las únicas líneas rectas indómitas en una escena en la que todo lo demás traqueteaba y oscilaba

sación afín a la confianza, nacida de su misma concentración.

En ocasiones el viento parecía cesar de repente, pero tales momentos, en vez de tranquilizar a los tres jóvenes, les hacían temblar de terror. Al instante otra enorme ráfaga de viento se abatía de nuevo con un estrépito ensordecedor, haciendo matraquear los penóles de verga.

Los tres prosiguieron su silenciosa vigilancia de los cabos. Oían a intervalos, incluso imponiéndose al del viento, el sonido estridente y el chasquido de las cuerdas y los cables.

-¡Mirad! -dijo Yasuo con un hilo de voz.

Uno de los cables enrollados a las bitas chirriaba de una manera alarmante y parecía resbalar un poco. Las bitas estaban directamente ante sus ojos, y los marineros percibieron una alteración muy ligera pero siniestra en la manera en que los cabos estaban enrollados en aquellos postes.

En aquel instante un trozo de cable retrocedió en la oscuridad, restallando como un látigo, y golpeó las bitas con un sonido que parecía un gruñido.

Los jóvenes lo habían esquivado al instante, evitando por segundos que el cable cortado, que tenía la fuerza suficiente para darles un tajo hasta el hueso, los alcanzara. Como un ser vivo que tardara mucho tiempo en morir, el cable se retorció en la oscuridad con un sonido agudo, hasta que quedó inmóvil, formando un semicírculo.

Cuando por fin comprendieron la situación, los tres jóvenes palidecieron. Uno de los cuatro cables que sujetaban el buque a la boya había cedido, y nadie podía garantizar que el cable y las dos estachas que quedaban

rrrmiprem

El joven avanzó a paso de tortuga, buscando asideros, cayó al suelo varias veces y siguió adelante a tientas, hasta que llegó al puente e informó al capitán.

El fornido capitán no perdió la calma, o por lo menos aparentó no hacerlo.

-Bueno, entonces usaremos una cuerda salvavidas. El tifón ha llegado a su apogeo a la una, así que ahora no hay peligro alguno si empleamos una cuerda. Alguien puede nadar hasta la boya y atar la cuerda salvavidas.

Dejando al segundo oficial en el puente de mando, el capitán y el primer oficial siguieron a Yasuo. Como ratones que tirasen de un pastelillo de arroz, enrollaron y cargaron, arrastrándolos paso a paso, una cuerda salvavidas y un merlín nuevo, desde el puente hasta las bitas de la proa.

Shinji y el marinero los miraron con expresión inquisitiva.

El capitán se inclinó por encima de ellos y gritó a los tres jóvenes:

-¿Quién de vosotros va a llevar esta cuerda para atarla a la boya?

El rugido del viento cubrió el silencio de los muchachos.

-¿Es que ninguno de vosotros tiene redaños? -gritó de nuevo el capitán.

A Yasuo le temblaban los labios. Hundió el cuello en los hombros.

Entonces Shinji gritó algo en un tono alegre, y al hacerlo la blancura de sus dientes brilló en la negrura y reveló su sonrisa.

-Yo lo haré -dijo con claridad.

-¡Muy bien! ¡Adelante!

cogido de miedo. De las negras profundidades de la noche surgió el viento y le golpeó de lleno, mas para Shinji, acostumbrado al mal tiempo en un pequeño barco de pesca, la oscilante cubierta sobre la que sus pies estaban bien afianzados no se diferenciaba de un trozo de tierra, aunque, desde luego, un poco desquiciado.

El muchacho prestó atención a los ruidos de la tormenta. El tifón se encontraba directamente encima de la hermosa cabeza del muchacho. Para Shinji era tan razonable que le invitaran a participar de aquel banquete de locura como que le hubieran invitado a una siesta tranquila y natural por la tarde.

El sudor le corría tan copiosamente bajo el impermeable que tenía empapados la espalda y el pecho. Se quitó el impermeable y lo arrojó a un lado. Su figura descalza, vestida con camiseta blanca, se hizo visible en la negrura de la tormenta.

Siguiendo las instrucciones del capitán, los hombres ataron a las bitas un extremo de la cuerda salvavidas y el otro al merlín. La operación, obstaculizada por el viento, avanzaba lentamente.

Cuando por fin las cuerdas estuvieron atadas, el capitán tendió a Shinji el extremo libre del merlín y le gritó al oído:

—¡Átate esto a la cintura y nada con todas tus fuerzas!
¡Cuando llegues a la boya, tiras del cabo y lo amarras bien!

Shinji se rodeó la cintura con el merlín, por encima del cinturón, dándole dos vueltas. Entonces, de pie en la proa, contempló el mar. Bajo la espuma, bajo las cabrillas que se desintegraban al romper contra la proa, estaban

fos, ocultando sus caprichos incoherentes y peligrosos. Apenas una de ellas parecía a punto de erguirse y hacerse visible a los marineros cuando se desplomaba y volvía a ser un abismo remolineante e insondable.

En aquel momento Shinji pensó en la fotografía de Hatsue que guardaba en el bolsillo interior de la chaqueta colgada en la cabina de la tripulación. Pero el viento se llevó los fragmentos de ese pensamiento ocioso, y el muchacho se zambulló desde la proa del barco.

La boya se encontraba a unos veinticinco metros de distancia. A pesar de su gran fortaleza física y de su confianza en que no iba a abandonarle, y también a pesar de su capacidad para nadar alrededor de su isla natal cinco veces seguidas, seguía pareciendo imposible que todo ello bastara para cruzar la inmensidad de aquellos veinticinco metros.

Una fuerza terrible atenazaba los brazos del muchacho; algo parecido a una cachiporra invisible los apaleaba mientras intentaban abrirse paso a través de las olas. Sin poder evitarlo, las olas le zarandeaban, y cuando intentaba oponerles su fuerza y luchar a brazo partido con ellas, sus movimientos eran tan inútiles como si tratara de correr por una superficie cubierta de grasa.

Tenía la seguridad de que por fin la boya estaba al alcance de su brazo, pero cuando emergía del seno de la siguiente ola la buscaba con la mirada y constataba que seguía a la misma distancia que antes.

El muchacho nadaba con todas sus fuerzas. Y centímetro a centímetro, paso a paso, la enorme masa del enemigo retrocedió, despejándole el camino. Era como si un taladro atravesara lo más duro de una roca maciza.

la fortuna de que otra ola le empujara hacia delante y, cuando parecía que su pecho iba a chocar con el borde de hierro, lo alzó y con un solo movimiento lo depositó sobre la boya.

Shinji aspiró hondo, y el viento que penetraba por su boca y sus fosas nasales casi pareció asfixiarle. En aquel instante le pareció que jamás podría respirar de nuevo, y durante un rato incluso se olvidó de la tarea que debía realizar.

La boya giraba y oscilaba, entregando generosamente su cuerpo al negro mar. Las olas inundaban sin cesar la mitad de su superficie, derramándose de una manera tumultuosa.

Tendido de bruces para que el viento no le derribara, Shinji empezó a desatarse la cuerda enrollada a la cintura. El nudo estaba mojado y era difícil aflojarlo. Cuando por fin consiguió desatarlo, empezó a tirar del merlín.

Entonces, por primera vez, miró hacia el barco y distinguió las formas de los cuatro hombres agrupados junto a las bitas de la proa. Los marineros que estaban de guardia en la proa del bonitero también miraban fijamente en su dirección. Aunque sólo estaba a veinticinco metros de distancia, todo parecía sumamente alejado. Las negras sombras de los dos barcos amarrados se alzaban juntas, una al lado de la otra, a una altura considerable, y volvían a sumergirse en las olas.

El delgado merlín ofrecía poca resistencia al viento y era relativamente fácil tirar de él, pero pronto se añadió un notable peso a su extremo. Ahora el muchacho tiraba de la cuerda salvavidas, con un grosor que superaba los diez centímetros, y poco le faltó para que su movimiento lo arrojara al mar.

un extremo. Era tan gruesa que incluso una de sus grandes manos no conseguía rodearla por completo.

Shinji no sabía cómo aplicar su fuerza. Quería afirmar bien los pies para tirar de la cuerda, pero el viento no le permitía mantener esa postura. Y cuando se olvidó de eso y aplicó toda su fuerza a la cuerda, estuvo en un tris de ser arrastrado al mar. Su cuerpo empapado desprendía un calor febril, la cara le ardía y las sienas le latían con violencia.

Finalmente consiguió enrollar la cuerda una vez más a la boya, y entonces la maniobra resultó más fácil. La cuerda le proporcionó un punto de apoyo para su fuerza, y por fin pudo sostenerse con la gruesa cuerda.

Dio otra vuelta a la boya con la cuerda y procedió a atarla metódicamente. Agitó los brazos para anunciar que había concluido con éxito la tarea.

Vio con claridad que los cuatro hombres del barco le respondían agitando también los brazos. El muchacho se olvidó de lo cansado que estaba. Su tendencia al buen humor se reafirmó y recuperó la energía que casi le había abandonado. De cara a la tormenta, aspiró hondo y entonces se zambulló para regresar al barco.

Bajaron una red desde la cubierta y alzaron a Shinji a bordo. Una vez el muchacho estuvo de nuevo en la cubierta, el capitán le dio unas palmadas en la espalda con su enorme mano. Aunque Shinji estaba a punto de desmayarse de fatiga, su energía masculina aún le sostenía. El capitán y Yasuo le ayudaron a trasladarse a su alojamiento, y los hombres que no estaban de guardia le secaron. En cuanto estuvo tendido en su litera, Shinji se

A la mañana siguiente, cuando Shinji abrió los ojos el sol se derramaba en su almohada. A través del redondo portillo contempló el cielo azul y nítido como el cristal tras el paso del tifón, el panorama de colinas desnudas bajo un sol tropical, el brillo de un mar plácido y en calma.

Capítulo 15

E *Utajima-maru* regresó al puerto de Kobe varios días después de lo previsto. Así pues, cuando el capitán, Shinji y Yasuo llegaron a la isla, adonde tenían que haber regresado antes de mediados de agosto, a tiempo para asistir al festival del *0-bon*, las festividades ya habían terminado.

Se enteraron de las noticias sobre la isla a bordo del transbordador *Kamikaze-maru*. Pocos días antes del festival) una enorme tortuga había quedado varada en la playa, y la mataron en seguida. Contenía más de un cesto de huevos, que fueron vendidos a dos yenes cada uno.

Shinji fue a rezar al santuario de Yashiro, para agradecer su regreso sano y salvo, y entonces se dirigió a la casa de Jukichi, que le había invitado a una celebración. A pesar de las protestas del muchacho, que nunca bebía, le llenaron varias veces la taza de sake.

Dos días después salió de nuevo a pescar en el barco
- - i • i • ou—; ^ Uokía rnntaHo nada acerca de su

-Tengo entendido que has hecho algo extraordinario.

-Qué va.

El muchacho se ruborizó un poco, pero no tenía nada más que decir. Cualquiera que no estuviese familiarizado con su personalidad podría haber llegado fácilmente a la conclusión de que se había pasado el último mes y medio durmiendo en alguna parte.

Jukichi permaneció un rato en silencio, y entonces le habló con un aire de naturalidad.

-¿Tienes alguna noticia del tío Teru?

-No.

-Ah.

Nadie mencionó a Hatsue, y Shinji, a quien la soledad no afectaba demasiado, se entregó por completo a la actividad cotidiana, mientras el barco se mecía en las aguas encrespadas durante la canícula. El trabajo armonizaba a la perfección con su cuerpo y su alma, como un traje bien cortado, y no dejaba espacio para que aparecieran otras preocupaciones.

La extraña sensación de confianza en sí mismo no le abandonó en todo el día. Cuando oscureció vio la silueta de un carguero blanco que navegaba muy lejos mar adentro, y era diferente del que viera aquel día, tanto tiempo atrás, pero una vez más Shinji experimentó una nueva emoción.

«Sé a donde se dirige ese barco -pensó-. Sé qué clase de vida llevan los tripulantes a bordo, qué clase de penalidades soportan. Lo sé todo de ese barco.»

Por lo menos, aquel barco blanco no era ya una sombra de lo desconocido. Ahora había algo en el lejano carguero blanco que iba dejando una estela de

en su día el buque desconocido. El muchacho volvió a sentir en sus manos el peso de aquella cuerda salvavidas de la que tiró con todas sus fuerzas. Ciertamente, con sus fuertes manos había tocado una vez ese algo «desconocido» que antes había contemplado desde una gran distancia. Tenía la sensación de que ahora le bastaría con alargar la mano para tocar aquel barco blanco que se adentraba en alta mar.

Obedeciendo a un impulso infantil, tendió sus cinco dedos de grandes nudillos hacia el mar, en dirección este, donde ya era muy densa la oscuridad del crepúsculo.

Ya había quedado atrás la mitad de las vacaciones estivales y Chiyoko no volvía a casa. El farero y su esposa aguardaban un día tras otro el regreso de su hija a la isla. La madre le escribió una carta apremiante, pero no recibió respuesta. Volvió a escribir, y al cabo de diez días le llegó una respuesta malhumorada. Chiyoko no le daba ningún motivo y se limitaba a decirle que no le era posible volver a la isla durante aquellas vacaciones.

Finalmente la madre decidió probar con el sentimentalismo como medio de persuasión y envió a su hija por correo urgente una carta de más de diez páginas en la que le expresaba sus sentimientos y le rogaba que volviera a casa. Recibió la respuesta cuando sólo quedaban unos pocos días de vacaciones y una semana después del regreso de Shinji a la isla. Era una réplica que jamás habría pasado por la cabeza de la sorprendida madre.

En su carta Chiyoko confesaba que había visto a Shinji y Hatsue bajar por la escalera de piedra cogidos del bra-

sentimientos de culpa, y siguió diciendo que, a menos que Shinji y Hatsue hallaran por fin la felicidad, ella seguiría sintiéndose demasiado avergonzada para regresar a la isla. Si su madre actuaba como intermediaria y persuadía a Terukichi de que les permitiera casarse... Ésa era la condición que ella ponía para regresar a la isla.

Esta carta trágica, exigente e inoportuna hizo estremecerse a la bondadosa madre. Cruzó por su mente la idea de que, si no emprendía las acciones apropiadas, su hija, incapaz de soportar el remordimiento de conciencia, podría incluso suicidarse. Sus amplias lecturas hicieron recordar a la señora del faro diversos casos aterradores de adolescentes que se habían quitado la vida por alguna cuestión igualmente trivial.

Decidió no mostrar la carta a su marido, el farero, y pensó que cada día contaba, que debería encargarse de todo por sí sola, a fin de lograr que su hija regresara a casa lo antes posible.

Mientras se ponía sus mejores prendas de vestir, un traje de batista blanco, renació en ella la briosa sensación que experimentó años atrás, cuando era maestra en una escuela de niñas y en una ocasión fue a quejarse a unos padres acerca de una alumna problemática.

Delante de las casas, a lo largo de la carretera que conducía al pueblo, habían extendido esteras de paja sobre las que se secaban al sol semillas de sésamo, alubias rojas y granos de soja. Las minúsculas y verdes semillas de sésamo, bañadas por el sol del verano tardío, arrojaban, una tras otra, sus diminutas sombras ahusadas sobre la asnera Daia de las esteras recién teidas.

Cuando la esposa del farero bajaba la pendiente escalonada que constituía la calle principal del pueblo, sus zapatos blancos producían un sonido ligero contra el cemento armado. Entonces empezó a oír unas voces animadas y risueñas, y el sonido elástico de ropa mojada y golpeada.

Se acercó al lugar de donde procedían aquellos sonidos y vio a media docena de amas de casa que lavaban la ropa junto al arroyo al borde de la calzada. La madre de Shinji era una de ellas.

Después del festival *O-bon* las buceadoras tenían más tiempo libre, y sólo en ocasiones se zambullían en busca de algas. Así pues, dedicaban sus energías a lavar la ropa sucia acumulada. Apenas empleaban jabón; extendían las prendas sobre piedras planas y las pisoteaban.

-¿Qué tal, señora? ¿Adonde va?

Todas las mujeres inclinaron la cabeza y saludaron a la esposa del farero. Bajo sus faldas remangadas, los reflejos del agua ondulaban en sus muslos tostados.

-Voy un momento a visitar la casa de Terukichi Miyata-san.

Mientras decía esto, pensó que resultaba extraño encontrarse con la madre de Shinji y, sin decirle una sola palabra del asunto, seguir adelante por su cuenta y arreglar el compromiso de su hijo. Así pues, se dio la vuelta y empezó a bajar el empinado tramo de escalones, cubiertos de musgo y resbaladizos, que comunicaban la calle con la orilla del arroyo. El tipo de zapatos que calzaba hacía el descenso arriesgado, por lo que, de espaldas al agua, pero mirando continuamente por encima del hombro, bajó a gatas y lentamente los escalones. Una

Cuando llegó a la orilla, la esposa del farero se quitó los zapatos y empezó a vadear. Las mujeres que estaban en la otra orilla observaron su arriesgado avance con disimulado regocijo.

La mujer tomó de la manga a la madre de Shinji e hizo un torpe intento de conversar en privado con ella, susurrándole al oído unas palabras que todas las demás podían oír claramente.

-Tal vez no sea éste el lugar apropiado, pero quería preguntarle cómo está últimamente la situación de Shinji-san y Hatsue-san.

La brusquedad de la pregunta sorprendió a la madre, y miró a su interlocutora con los ojos muy abiertos y sin decir nada.

-A Shinji-san le gusta Hatsue-san, ¿no es cierto?

-Bueno...

-Y Terukichi todavía se interpone, ¿verdad?

-Sí, ése es el problema, pero...

-¿Y cuál es la postura de Hatsue?

A esas alturas las demás buceadoras, que no podían haber dejado de oír la conversación, se pusieron a hablar entre ellas. Desde el día en que el buhonero organizó el concurso, cada vez que se hablaba de Hatsue todas las buceadoras sin excepción se revelaban como firmes defensoras de la muchacha. Por otro lado, la misma Hatsue les había contado la verdad de lo ocurrido y todas estaban como una sola mujer contra Terukichi.

-Hatsue también bebe los vientos por Shinji. Ésa es la pura verdad, señora. ¡Y, sin embargo, por increíble que parezca, el tío Teru tiene la intención de casarla con ese

-Bien, eso es todo -dijo la señora del faro, como si se dirigiera a los alumnos de una clase-. Hoy he recibido una carta amenazadora de mi hija, que está en Tokyo, y me dice que no responde de sus actos si no ayudo a consumir ese matrimonio. Por eso voy a hablar con Terukichi-san, pero he pensado que primero debía ver a la madre de Shinji-san y pedirle su parecer.

La madre de Shinji se agachó para recoger el kimono de su hijo, que había lavado pisoteándolo sobre una piedra. Procedió lentamente a escurrirlo, para ganar algún tiempo que le permitiera pensar. Finalmente, se volvió hacia la señora del faro e inclinó la cabeza.

-Le agradeceré muchísimo cualquier cosa que pueda usted hacer -le dijo.

Las demás mujeres, deseosas de ser útiles, hablaban ruidosamente entre sí, como una bandada de aves acuáticas a orillas de un río, y decidieron que si ellas iban también, como representantes de las mujeres del pueblo, la exhibición de fuerza podría infundir respeto a Terukichi. La señora del faro se mostró de acuerdo, y las cinco mujeres, entre las que no figuraba la madre de Shinji, se apresuraron a escurrir la colada y la llevaron corriendo a sus casas, tras convenir que se encontrarían en el recodo de la carretera que conducía a la casa de Terukichi.

La señora del faro entró en la penumbrosa estancia con suelo de tierra en casa de los Miyata. Se detuvo en el centro.

-¡Buenos días! -gritó con una voz todavía juvenil y firme.

No hubo respuesta.

tas hojas de cactus y los ojos brillantes de entusiasmo mientras atisbaban el oscuro interior.

La señora del faro llamó de nuevo, y su voz resonó en la casa como si ésta se hallara vacía.

Entonces crujió la escalera y apareció el mismo Terukichi, enfundado en una bata de baño. Al parecer, Hatsue no estaba en casa.

-Vaya, si es la señora del farero -gruñó Terukichi, imponente al pie de la escalera que partía del suelo de tierra.

La mayoría de las personas que visitaban aquella casa sentían el impulso de echar a correr cuando los recibía aquel hombre de cara poco amistosa y erizada cabellera blanca. La dama se sintió intimidada, pero hizo acopio de valor para proseguir.

-Hay cierto asunto del que quisiera hablar con usted un momento.

-¿Ah, sí? De acuerdo, pase.

Terukichi se dio la vuelta y subió por la escalera. Ella le siguió, y las otras cinco mujeres entraron de puntillas tras ella. Terukichi la precedió a la sala de estar en el piso superior y, sin más ceremonia, tomó asiento ante el *tokonoma*⁹. No pareció sorprenderse gran cosa al observar que el número de visitantes en la sala había pasado a ser de seis. Haciéndoles caso omiso, dirigió su mirada hacia las ventanas abiertas. Jugeteaba con un abanico decorado con la imagen de una bella mujer que anunciaba un comercio de Toba.

Las ventanas daban directamente al puerto de la isla. En la parte interior del espigón había un solo barco, perteneciente a la Cooperativa. A lo lejos, unas nubes veraniegas flotaban sobre la bahía de Ise.

9. El *tokonoma* f»

El soleado exterior era tan brillante que, en contraste, la sala parecía oscura. De la pared del *tokonoma* pendía un cuadro caligráfico enrollable, pintado por el penúltimo gobernador de la prefectura de Mié, y debajo, relucientes como si fuesen de cera, estaban las figuras de un gallo y su gallina, talladas en una raíz de árbol nudosa y retorcida, mientras que las colas y crestas estaban formadas con los delgados renuevos naturales que brotaban de la raíz.

La señora del faro se sentó a un lado de la mesa de palisandro. Las otras cinco mujeres, que habían perdido el valor que un poco antes las animaba, se sentaron en actitud muy formal delante de la cortina de varillas de bambú en la entrada de la sala, como si hicieran una exhibición de batas de casa.

Terukichi seguía mirando a través de la ventana sin abrir la boca.

Se hizo en la sala el silencio de una bochornosa tarde de verano, roto tan sólo por los zumbidos de varios moscones azules que revoloteaban en la estancia.

La señora del faro se enjugó el sudor de la cara varias veces. Por fin, empezó a hablar.

-Verá, deseaba hablar con usted acerca de Hatsue-san y Shinji, de la familia Kubo, y...

Terukichi seguía mirando a través de la ventana. Tras una larga pausa habló, y lo hizo de tal manera que parecía como si escupiera las palabras.

-¿Hatsue y Shinji?

-Sí...

Por primera vez Terukichi volvió el rostro hacia ella, y entonces habló, sin el más ligero atisbo de una sonrisa.

-Si eso es todo lo que quería decirme, ya está arre-

Hubo revuelo entre las mujeres, como si se hubiera roto un dique, pero Terukichi prosiguió, sin prestar la menor atención a las reacciones de las visitantes.

-Pero en cualquier caso aún son demasiado jóvenes, por lo que he decidido que de momento estén comprometidos, y entonces, cuando Shinji sea mayor de edad¹⁰, celebraremos una ceremonia como es debido. He oído decir que su madre tiene dificultades económicas, por lo que estaré dispuesto a aceptarla en esta casa junto con el hermano menor, o, según lo que finalmente se decida, ayudarles con una aportación mensual de dinero. Pero todavía no he dicho a nadie nada de esto.

»Al principio estaba enojado, pero entonces, cuando les obligué a dejar de verse, Hatsue estaba tan afectada que llegué a la conclusión de que las cosas no podían seguir así. Por ello ideé un plan. Les ofrecí a Shinji y Yasuo puestos de trabajo en mi barco y le dije al capitán que observase cuál de ellos actuaba mejor. Permití que el capitán le contara todo esto a Jukichi confidencialmente, y no creo que Jukichi se lo haya dicho a Shinji todavía. En fin, para abreviar, el capitán quedó encantado con Shinji y me dijo que nunca podría encontrar un marido mejor para Hatsue. Y entonces, cuando Shinji llevó a cabo aquella hazaña en Okinawa... bueno, cambié de idea y decidí que él era el marido adecuado para mi hija. Lo único que cuenta de veras... -Al llegar aquí Terukichi alzó la voz y recalcó sus palabras-. Lo único que cuenta de veras en un hombre es su empuje. Si tiene empuje es un hombre auténtico, y ésa es la clase de hombres que necesitamos aquí, en Utajima. La familia y el dinero son secundarios. ¿No le parece, señora del farero? Y eso es lo típico ^Viinií pmnñp

Capítulo 16

Shinji no podía visitar abiertamente la casa de los Miyata. Una noche, cuando volvió de la jornada de pesca, llamó a Hatsue desde la puerta principal. Vestía unos pantalones recién lavados y una camisa deportiva blanca y limpia, y en cada mano llevaba un gran besugo.

Hatsue estaba preparada y le esperaba. Se habían citado para ir al santuario de Yashiro y al faro, donde anunciarían su compromiso y expresarían su agradecimiento.

La penumbra en la estancia con suelo de tierra se disipó un poco cuando bajó Hatsue. Llevaba un ligero kimono de verano con grandes dondiegos de día estampados sobre fondo blanco, la misma tela que le comprara en aquella ocasión al buhonero, y su blancura destacaba incluso de noche.

Shinji había permanecido apoyado en la puerta, esperando; pero cuando salió Hatsue, él bajó la vista de improviso, sacudió un pie enfundado en *l&geta*, como para alejar a unos insectos, y musitó:

Subieron los escalones que conducían al santuario de Yashiro. Podrían haberlo hecho corriendo y sin detenerse para recobrar el aliento, pero subieron despacio, como si saboreasen el placer de cada escalón independiente. Cuando llegaron al centesimo, se detuvieron, como reacios a que la feliz ascensión terminara cuando llegasen a lo alto. El muchacho quería cogerle la mano, pero se lo impedían los besugos que colgaban de cada una de ellas.

También la naturaleza les sonreía. Cuando llegaron al último escalón, se volvieron y contemplaron la bahía de Ise. El cielo nocturno estaba lleno de estrellas y sólo unas nubes bajas se extendían por el horizonte en dirección a la península de Chita, iluminadas de vez en cuando por silenciosos relámpagos que surcaban el cielo. Tampoco el rumor del oleaje era intenso, sino regular y apacible, como si el mar respirase sumido en un sueño saludable. Atravesaron el pinar y se detuvieron en el modesto santuario para orar. El muchacho se sintió orgulloso del fuerte y claro sonido que produjo al dar la palmada ritual. El sonido se expandió a una distancia considerable, y le gustó tanto que dio otra palmada.

Hatsue había inclinado la cabeza y rezaba. En contraste con el fondo blanco del cuello *del yukata*, su cuello bronceado no poseía una blancura especial, y sin embargo a Shinji le gustaba más de lo que podría gustarle el más blanco de los cuellos.

El muchacho reflexionó de nuevo sobre su felicidad. Realmente los dioses le habían concedido todo aquello por lo que había rezado.

Ambos oraron durante largo rato. Y precisamente porque nunca se les había ocurrido dudar de la provi-

El despacho del santuario estaba iluminado. Shinji llamó a la puerta, y el monje se asomó a la ventana.

Las palabras de Shinji resultaron bastante imprecisas, y durante un rato el monje no comprendió qué motivo había llevado allí a los dos jóvenes. Pero por fin cayó en la cuenta, y Shinji le entregó uno de los dos pescados como ofrenda a los dioses. Al recibir el espléndido regalo del mar, el sacerdote recordó que él sería el oficiante en su ceremonia matrimonial, y los felicitó efusivamente.

Al subir por el sendero que atravesaba el pinar detrás del santuario saborearon de nuevo el frescor nocturno. Aunque el sol se había puesto por completo, las cigarras cantaban todavía. El sendero que conducía al faro era empinado. Ahora Shinji tenía libre una mano y aferró la de la muchacha.

-Estoy pensando en examinarme para sacar la licencia de primer oficial -le dijo-. Puedes hacerlo al cumplir los veinte años, ¿sabes?

-Oh, eso sería estupendo.

-Creo que una vez consiga la licencia será el momento de celebrar la boda.

Hatsue no replicó y se limitó a sonreír tímidamente.

Rodearon la Cuesta de la Mujer y se acercaron a la residencia del farero. Como de costumbre, el muchacho alzó la voz para saludar desde la puerta de vidrio, donde una vez más vieron la sombra de la señora de la casa que iba de acá para allá mientras preparaba la cena.

La señora abrió la puerta, y allí, en la oscuridad, vio al muchacho y a su prometida, vacilantes.

-¡Vaya, aquí estáis los dos, bienvenidos! -exclamó la

el interior de la casa:- Padre, Shinji-san nos ha traído un espléndido besugo.

El farero, que descansaba en una de las habitaciones interiores, respondió sin levantarse.

-Gracias como siempre. Y esta vez, también felicidades. Pasad, pasad.

-Pasad, por favor -añadió la mujer-. Mañana también regresará Chiyoko.

El muchacho no era en absoluto consciente de las emociones que había despertado en Chiyoko ni de la angustia mental que la joven había padecido por su causa, y oyó la brusca observación de la madre sin darle la menor importancia.

El farero y su esposa prácticamente les obligaron a cenar con ellos, por lo que se quedaron en la casa casi una hora. Entonces el farero les dijo que les mostraría el faro antes de que regresaran a casa. Hatsue, que llevaba aún poco tiempo en la isla, nunca había visto el interior del faro.

En primer lugar, el farero les enseñó la caseta de vigilancia. Para acceder a ella desde la residencia caminaron por el borde del pequeño huerto, donde el día anterior habían plantado nabos, y subieron un tramo de escalones de cemento armado. En lo alto se alzaba el faro, algo apartado y erguido contra el fondo del monte, mientras que la caseta de vigilancia estaba situada en el borde del acantilado a cuyo pie rompían las olas.

La luz del faro, como una reluciente columna de niebla, se deslizaba de derecha a izquierda sobre el tejado de la caseta, en el lado que daba al mar. El farero abrió la puerta de la caseta y, precediéndoles, encendió la luz.

descansaba el cuaderno para anotar los movimientos de los barcos, y, en un trípode ante la ventana, el telescopio.

El farero abrió una ventana, ajustó el telescopio y lo situó a la altura de Hatsue.

La muchacha aplicó el ojo al visor, lo apartó y limpió la lente con la manga de su kimono, miró de nuevo y lanzó un grito de alegría.

-¡Qué bonito!

Entonces, mientras Hatsue señalaba las luces en diversas direcciones, Shinji las identificaba gracias a su excepcional vista y le iba diciendo a qué correspondían.

Sin apartar el ojo del telescopio, Hatsue señaló primero las docenas de luces que salpicaban el mar al sudeste.

-¿Ésas? Son las luces de los barcos de arrastre. Vienen desde la prefectura de Aichi.

Parecía como si cada una de las innumerables luces diseminadas por el mar tuvieran su contrapartida en algún lugar entre las innumerables estrellas del cielo. Directamente enfrente de ellos veían el haz luminoso del faro que se alzaba en el cabo Irako. Detrás estaban esparcidas las luces del pueblo de cabo Irako y a la izquierda resplandecían débilmente las de la isla de Shino.

En el extremo de la izquierda se distinguía el faro del cabo Noma en la península de Chita. A la derecha destacaban las luces arracimadas del puerto de Toyohama. Aquella luz roja en el medio... era la luz del espigón del puerto. Y allá lejos, a la derecha, en lo alto del monte Oyama, parpadeaba el faro aéreo que guiaba a los aviones.

Hatsue lanzó un segundo grito de admiración. Un eran transatlántico acababa de entrar en el campo de

campo visual del telescopio, su delicado reflejo era tan espléndido y nítido que los dos jóvenes se turnaron para contemplarlo a través del telescopio.

Parecía ser un buque de carga y pasaje combinado, y desplazaba entre dos y tres mil toneladas. En una sala que daba a la cubierta de paseo distinguieron claramente varias mesas con manteles blancos y sillas. No se veía una sola persona. Al parecer, la sala era el comedor, y de improviso, mientras examinaban las paredes de asfalto bituminoso blanqueado, un camarero de uniforme blanco entró por la derecha y pasó por delante de las ventanas.

Poco después el buque, con luces verdes en la proa y la popa, rebasó el alcance del telescopio y siguió navegando por el canal de Irako, rumbo al Pacífico.

Luego el farero los llevó a la torre faro. En la planta baja el generador eléctrico producía un ruido sordo, y la atmósfera estaba impregnada de olor a petróleo. Había allí latas, bidones y lámparas de petróleo. Subieron por la estrecha escalera de caracol y en lo alto, situada en una habitación redonda, pequeña y solitaria, descubrieron la fuente de luz del faro, que proseguía allí su existencia silenciosa.

A través de la ventana, contemplaron el haz luminoso que barría el paisaje de derecha a izquierda, sobre las negras y ruidosas olas del canal de Irako. El farero tuvo el tacto de bajar por la escalera de caracol y dejar a la pareja allí a solas.

La pequeña habitación redonda en lo alto de la torre es-

pausadamente alrededor de la bombilla eléctrica de quinientos vatios, agrandando su potencia luminosa hasta sesenta y cinco mil bujías, y mantenía una velocidad que producía una serie constante de destellos. Los reflejos de la lente se desplazaban alrededor de la pared circular de madera y, con el acompañamiento del chirriante sonido que producía el mecanismo de giro, característico de los faros construidos antes del siglo xx, aquellos mismos reflejos se deslizaban por las espaldas del muchacho y su prometida, que apoyaban las caras en el cristal de la ventana.

Sus mejillas estaban tan juntas que podían tocarse en cualquier momento, y percibían el calor de sus epidermis... Delante de ellos se extendía la oscuridad insondable, atravesada con regularidad por el vasto haz luminoso del faro. Y los reflejos de la lente seguían girando en el interior de la pequeña habitación, tan sólo distorsionados cuando atravesaban la camisa blanca y el kimono con flores estampadas.

Una vez más resultó que Shinji, pese a lo poco dado que era a reflexionar, estaba sumido en sus pensamientos. Pensaba en que, a pesar de todo lo que habían padecido, al final estaban allí, libres dentro del código moral imperante en el lugar donde habían nacido, sin que una sola vez la providencia de los dioses les hubiese abandonado... que, en una palabra, aquella islita, envuelta en la oscuridad, era la que había protegido su felicidad y permitido la plenitud de su amor.

De repente Hatsue se volvió hacia Shinji y se echó a reír. Sacó de la manga de su kimono una pequeña concha rosada y se la mostró.

El muchacho sonrió, revelando sus hermosos dientes. Entonces, del bolsillo de la camisa extrajo la foto de Hatsue y se la enseñó.

Hatsue tocó ligeramente la foto y se la devolvió. Sus ojos estaban llenos de orgullo. Pensaba que era su foto lo que había protegido a Shinji.

Pero en aquel momento el muchacho enarcó las cejas. Sabía que era su propia fortaleza la que le había ayudado a superar el peligro de aquella noche.

índice

Capítulo 1	9
Capítulo 2.....	17
Capítulo 3.....	27
Capítulo 4.....	34
Capítulo 5.....	41
Capítulo 6.....	52
Capítulo 7.....	63
Capítulo 8.....	72
Capítulo 9.....	90
Capítulo 10.....*	104
Capítulo 11.....	119
Capítulo 12.....	130
Capítulo 13.....	146
Capítulo 14.....	158
Capítulo 15.....	179
Capítulo 16.....	189